



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Sociología

Respuestas frente a la crisis: La emergencia de nuevos actores de derecha en Chile (2011-2020)

Memoria para optar al Título de Sociólogo

Autor: Gabriel Rojas Roa

Profesor Guía: Manuel Antonio Garretón

Santiago de Chile

2021

“Ah, nosotros que vivimos en una sola
generación cada generación
viviendo aquí, en estas tierras ahora
humilladas, no tenemos noción
verdadera de quién participa en la historia”

Pier Paolo Pasolini

Agradecimientos

El largo camino para dar a luz esta tesis está atravesado por tantas historias y cariños que siempre se corre el riesgo de olvidar a alguien. De antemano mis disculpas por los olvidos. Por supuesto, agradezco a mis padres, Iris y Gabriel, y a mis hermanas, Gladys e Isidora, por su cariño y apoyo incondicional en este viaje para convertirme en sociólogo. Sin su amor, su respeto y su respaldo nada de esto habría sido posible. También aprovecho de agradecer a mis tías, tíos, primas y primos que me recibieron primero en Puente Alto y luego en Padre Hurtado, donde me acogieron y refugiaron.

Agradezco también a mis amigos, amigas y a mi compañera. En esta vida nómada, su compañía ha sido un privilegio, un aporte y un desafío. A Claudio, Gabriel, Rodrigo, Enrique, Paulina, Catalina y Matías por ser los mejores cómplices. Especialmente agradecido estoy de Alena por sus comentarios, su cariño y por todas las batallas que hemos decidido enfrentar.

No puedo dejar de agradecer a todas y todos los compañeros de militancia, de la izquierda y de los movimientos sociales que luchamos por abrir horizontes de época para construir un país democrático, justo e igualitario.

Por último, agradecer al profesor Garretón por ser una fuente constante de inspiración, construyendo una rica sociología política, donde historia, política y sociología se funden en una sola para entender nuestras sociedades. También agradezco al CISJU, a su director, Víctor Muñoz Tamayo y a Carlos Durán Migliardi, con quienes he tenido el honor de trabajar. Sin su insistencia y colaboración, es probable que esta tesis jamás hubiera visto la luz. No puedo dejar de mencionar a Isidro Parraguez, quien contribuyó a la revisión y edición de esta tesis.

Tabla de contenido

Introducción.	5
Capítulo I. La caja de herramientas. Un esquema para comprender la emergencia de nuevas derechas.....	15
a. Algunas consideraciones previas: La política y sus dimensiones	16
b. Una mirada sociohistórica para comprender el cambio político.	18
c. Enfoques para los nuevos actores: Clivajes, oportunidades y proyectos	20
d. Una definición de derecha para Chile	25
Capítulo II. Estrategia metodológica para comprender la emergencia de nuevas derechas.....	31
a. Hacia un análisis cualitativo de la emergencia de nuevas derechas.	32
b. Las variables y su definición operativa.	34
c. El desarrollo del trabajo de campo.	35
Capítulo III. La trayectoria histórica de las derechas en Chile.....	39
A. Los comienzos del periodo nacional-popular.....	40
B. La crisis del periodo nacional-popular: el caldo de cultivo para la “nueva derecha”.....	43
C. El autoritarismo y la “nueva derecha”: un proyecto refundacional.....	48
D. Entre la adaptación y la defensa del legado: las derechas frente al nuevo periodo democrático.	52
Capítulo IV. El orgullo de ser de derecha: Evópoli como respuesta ofensiva.	58
A. Las “nuevas preguntas”.....	59
B. Un partido unificado y ligado al <i>core constituencies</i> derechista.	64
C. El <i>aggiornamento</i> proyectual de Evópoli.....	68
Capítulo V. La respuesta adaptativa: La emergencia de la “derecha social” en Renovación Nacional.	72
A. La debacle electoral de 2012-2013.....	72
B. La relación con el Estado y la sociedad.	77
C. Las tendencias al fraccionalismo en Renovación Nacional.	82
D. La inconclusa formación de un proyecto	85
Conclusiones	89
Bibliografía	95

Introducción.

El origen de este trabajo se remonta a las elecciones presidenciales y parlamentarias de 2017. Mientras la primera vuelta y los resultados parlamentarios daban el triunfo porcentual a los partidos identificados con el centro y la izquierda, en un crisol de partidos y pequeñas coaliciones fragmentadas, la segunda vuelta presidencial marcó un sólido triunfo para la coalición de derecha Chile Vamos, encabezada por Sebastián Piñera, un empresario cuyo primer periodo presidencial había estado marcado por una serie de movilizaciones sociales, entre las que destaca el movimiento estudiantil de 2011, caracterizado por una fuerte crítica a las políticas neoliberales originadas en dictadura y mantenidas -aunque con relevantes modificaciones (Garretón, 2012)- por los gobiernos democráticos, especialmente en el área educativa. Además, dichas movilizaciones cuestionaron el diseño político institucional que, pese a todas las modificaciones en sentido democrático impulsadas por la Concertación, mantenía un núcleo autoritario, capaz de sustraer de la deliberación democrática importantes aspectos de la vida social.

Pese a la fuerte impugnación de la desigualdad, representada icónicamente por Sebastián Piñera y su gobierno entre 2010 y 2014, seis años después de las -hasta ese entonces- más importantes movilizaciones desde la recuperación democrática, el mismo personaje volvía a asumir la primera magistratura del país, esta vez apoyado en una nueva coalición, integrada por los dos partidos tradicionales de la derecha chilena, la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN), junto a un partido nuevo, Evolución Política (Evópoli), autodefinido como liberal. Además, integraba la coalición el Partido Regionalista de los Independientes (PRI), una agrupación de menor tamaño desprendido el año 2009 del centrista partido Democracia Cristiana (DC).

Por supuesto, la situación no dejaba de tener algo de paradójica, pues Sebastián Piñera ganaba por segunda vez justo en el momento en que las franjas dirigentes del movimiento estudiantil de 2011 lograban institucionalizarse, transformándose en la alianza de pequeños partidos y organizaciones políticas llamada “Frente Amplio”, que obtuvo un nada despreciable 20% en la elección presidencial y cerca del 15% en las elecciones parlamentarias. Además, tal como ha señalado Rovira (2020), la derecha que asume en 2017 se basa en afirmar el fracaso de la agenda reformista del segundo gobierno de

Michelle Bachelet, quien intentó recoger las demandas planteadas por las movilizaciones sociales que impugnaron el neoliberalismo en Chile.

De allí que el programa de gobierno presentado por la derecha en 2017 tendiera a polarizarse, afirmando las banderas propias y deteniendo un progresivo proceso de moderación programática, el cual ha sido considerado parte importante de la estrategia que le permitió alcanzar el primer triunfo a Sebastián Piñera (Siavelis, 2014; Rovira, 2019). Sin embargo, conviene recordar que la derecha se presentó con divisiones a las elecciones y entre la primera y la segunda vuelta el candidato derechista tuvo que ser capaz de congregar a distintas voces del sector, incluso a aquellas críticas con el atrincheramiento programático y el afán velado de revertir la agenda reformista del gobierno de Michelle Bachelet. Así, pese a la contundencia del triunfo final, el camino estuvo indudablemente plagado de divisiones. Comprenderlas tal vez podría aportar a entender dónde estribaba la fortaleza de la coalición y las claves que les permitieron sobreponerse a un intenso proceso de politización de la desigualdad.

Desde ese entonces el ritmo de los hechos se ha precipitado con una velocidad inusitada. Si algunos analistas leyeron la elección de 2017 como un “plebiscito” entre la reforma estructural y el crecimiento económico (Bunker, 2018), lo cierto es que las movilizaciones de 2019, conocidas como estallido social y caracterizadas por la irrupción heterogénea de actores, una amplia convocatoria que se tradujo en la marcha más grande desde el retorno a la democracia y un repertorio de protesta que incluyó, entre otros, la evasión del transporte público, barricadas y saqueos que fueron respondidos movilizándolo a los militares para la contención de conflictos civiles (Garcés, 2019; Somma, Bargsted, Disi Pavlic, & Medel, 2020), mostraron que la derecha gobernante, lejos de ser un bloque sólido en el gobierno, era más bien un tigre de papel, atravesada por divisiones que de un modo u otro le permitieron sobrevivir a la mayor movilización de la historia reciente, no sin tener que retroceder en su agenda programática, al punto de acordar un inédito proceso constituyente, abriéndose a la transformación de una institucionalidad diseñada en dictadura y percibida por importantes sectores de la coalición como una obra propia (Muñoz Tamayo, 2016).

Por lo mismo, este trabajo es un intento por profundizar en aquellas divisiones, distinguiendo entre elementos de continuidad y ruptura al interior de la derecha en Chile. Con ello, no solo se espera contribuir a la reflexión nacional sobre el proceso político y los cambios en los actores derechistas, sino también hacer eco de una discusión que atraviesa al continente, especialmente en momentos de posprogresismos (Svampa, 2019), producto de un desplazamiento problemático de los gobiernos progresistas, seguidos por variopintos e inestables gobiernos de derecha.

Así, en la última década la derecha en Chile ha llegado dos veces al ejecutivo, enfrentando en ambos gobiernos fuertes movilizaciones sociales que alteraron las agendas, estrategias y discursos de la arena política en su conjunto. A lo largo de esta década, la derecha en Chile -al igual que en el conjunto de la región- ha sufrido importantes modificaciones, de forma que diversos actores se definen a sí mismos como distintos de la derecha predominante desde su reorganización en la década de 1980, periodo en que el parto de una nueva derecha iniciado en la década de 1960 alcanza su perfilamiento orgánico en los dos principales partidos del sector: la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional. El objetivo de este trabajo es construir una explicación sobre la emergencia de nuevos actores de derecha, analizando en perspectiva sociohistórica los procesos sociopolíticos y condicionantes institucionales que operan como condición de posibilidad para su emergencia. En ese camino, esta investigación espera contribuir a caracterizar los elementos proyectuales que distinguen o aproximan a estos actores con aquellos que componen el campo tradicional de la derecha.

El debate y la investigación sobre la emergencia de nuevos actores de derecha debe considerar como punto de partida la existencia relativamente estable de partidos de derecha, parcialmente institucionalizados y competitivos en el sistema de partidos. Ellos han ocupado un lugar definido desde la crisis del periodo oligárquico en el primer tercio del siglo XX, cuando los partidos representantes de la oligarquía -liberales y conservadores- devienen en derechas producto de la emergencia de los partidos populares y de clases medias, que inauguran un sistema de partidos ordenado en términos de izquierda, centro y derecha.

Como ya han destacado algunos autores (Garretón, 2000; Siavelis, 2014), la presencia organizada en partidos políticos de actores de derecha es una particularidad del caso chileno respecto a la mayor parte de los países de América Latina, donde a lo largo del siglo XX predominan formas corporativas o cesaristas de intervención política de las clases dominantes (Moulian & Bravo, 1981). También, en las primeras décadas del siglo XXI esta característica lo convierte en un caso atípico, en tanto tienden a predominar los vehículos electorales de corte personalista o la intervención tecnocrática, con partidos usualmente débiles y poco institucionalizados (Luna & Rovira Kaltwasser, 2014), pese a que nuevas organizaciones políticas como el PRO argentino comienzan a desafiar esta excepcionalidad del caso chileno (Vommaro, 2014).

Aunque en términos comparativos existe poca investigación reciente sobre los nuevos actores de derecha en América Latina, Maristella Svampa ha distinguido entre, por una parte, una derecha ligada a la élites neoliberales de los años 1990, cuyo énfasis estaría puesto en la neutralización de las luchas contra la desigualdad, en un intento de despolitizar las sociedades latinoamericanas luego de las experiencias progresistas y populistas de las primeras décadas del siglo XXI y, por otra parte, una derecha radical, vinculada a los procesos de radicalización de las derechas a nivel mundial, con un fuerte contenido excluyente, anti igualitario, anti democrático y polarizante (Svampa, 2019). Mientras el principal referente del primer tipo de derechas es el expresidente argentino Mauricio Macri, el segundo tipo de derecha se encuentra nítidamente representando por el presidente brasileño Jair Bolsonaro.

Más allá de la validez de esta distinción para el caso chileno, que indudablemente debe ser ponderada a la luz de la ya señalada particularidad de las derechas chilenas, de la propuesta de Svampa es importante concluir otra particularidad del caso chileno, para la cual hay antes que hacer algunas referencias teóricas. En términos gruesos, el planteamiento de Svampa distingue entre dos tipos de respuestas frente a los gobiernos progresistas que predominaron en las primeras décadas del siglo XXI en América Latina, en lo que ha sido denominado el “ciclo progresista”. Estos distintos tipos de derechas se vinculan con las debilidades de cada uno de los procesos. Así, mientras en Argentina los nuevos actores buscan neutralizar el conflicto en el marco de una sociedad “agotada” ante

la hiper politización populista, en Brasil el agotamiento de políticas progresistas sin transformaciones productivas sustantivas en el marco del fin del ciclo de los *commodities*, frente a lo cual se produce una reacción de los sectores dominantes, encabezados por Bolsonaro. Más allá del caso concreto, lo que subyace en ambos procesos es el carácter eminentemente relacional de las izquierdas y las derechas.

Precisamente por este carácter relacional es que el caso chileno posee otra particularidad relevante. A diferencia de los países del denominado “giro progresista”, donde emergieron actores y agendas gubernamentales como respuesta a las políticas neoliberales implementadas durante la década de 1990, en Chile la centroizquierda gobernó durante 20 años sin transformar las bases del modelo de desarrollo. De allí que las primeras respuestas contra el neoliberalismo se produzcan desde una variedad de movimientos sociales que emergen a inicios de la década de 2010. Por lo mismo, la reconfiguración de las derechas no se da luego de un largo proceso de marginación política ni después de un largo gobierno con políticas redistributivas.

Al contrario, la hipótesis central de este trabajo se basa en identificar ese momento de amenaza para las derechas en las movilizaciones sociales de los años 2011-2012, específicamente en el proyecto refundacional que impulsan los distintos movimientos sociales del periodo, especialmente el movimiento estudiantil. En ese sentido, seguimos el análisis propuesto por Manuel Antonio Garretón, quien identifica en dichas movilizaciones una impugnación al modelo socioeconómico e institucional heredado de la dictadura (Garretón, 2014). Dicha impugnación, en términos generales, puede interpretarse como una crisis de legitimidad valórica que amenaza los cimientos de la dominación (Fleet, 2011; Garretón, 2016).

Como han señalado diversos estudiosos de las derechas desde la historia y la sociología, las crisis de legitimidad de la dominación son un factor clave para entender las transformaciones en los partidos de derecha, en la medida que dichos partidos se comprenden como la “expresión política” de las clases dominantes, sin por ello limitarse a ser expresión corporativa de dichas clases (Correa Sutil, 2005; Moulian, 2006; Valdivia, 2008; Fernández & Rumie, 2020). Aunque esta formulación posee algunas limitaciones, ha estado a la base de la mayor parte de los estudios de caso y trabajos comparativos sobre

derechas a nivel nacional y latinoamericano. En términos formales, siguiendo lo planteado por autores como Gibson y Middlebrook, se define a los a los partidos de derecha como aquellos cuyo *core of constituencies* son los estratos sociales y económicos superiores pero que movilizan bases electorales pluriclasistas en un proyecto político común (Gibson, 1996; Middlebrook, 2000).

Esta característica de los partidos de derecha es fundamental para los objetivos de esta investigación, pues constituye el sustrato sociohistórico para construir la explicación sobre las transformaciones de la derecha en Chile. Concretamente, la hipótesis central es que la crisis de legitimidad de la dominación pone en jaque al núcleo hegemónico de la derecha en Chile -el denominado Chicago-gremialismo-, convirtiéndose en condición de posibilidad para el desarrollo de distintas estrategias. Sin embargo, como el análisis empírico sugiere, esta condición de posibilidad no opera del mismo modo en todo el campo derechista, de forma que las estrategias difieren en su carácter -adaptativas u ofensivas-, en su proyecto, en su identidad y en su forma orgánica. Los distintos derroteros obedecen a distintas variables políticas, sociológicas e históricas que el presente trabajo intenta analizar.

La reconfiguración del mapa político de la derecha sigue, en líneas gruesas, tres grandes derroteros. El primero de ellos es el partido “Evolución Política”, surgido el año 2012 como movimiento y legalizado el año 2016. Este partido ha sido descrito como liberal en las temáticas post-materiales, con la pretensión de modernizar a la derecha, teniendo como referente la renovación del partido conservador inglés (Alenda, Le Foulon, & Del Hoyo, 2020). En su detallada tesis de doctorado, con gran fundamento empírico, Andrea Gartenlaub ha asociado la emergencia de este partido con dos factores. Por una parte, el vacío existente en el cuadro derechista de un partido liberal en términos culturales. Por otra, lo asocia con el recambio de las élites y los conflictos generacionales al interior de la derecha, en diálogo con lo propuesto por autores como Cristóbal Bellolio (Gartenlaub, 2018; Bellolio, 2019).

El segundo derrotero es el encarnado por el Partido Republicano, cuyo principal líder es el exdiputado y exsecretario general de la UDI José Antonio Kast. Como también documentara Gartenlaub, Kast era uno de los principales referentes del conflicto

generacional al interior de su anterior colectividad. La formación de esta colectividad ha sido estudiada a la luz de la progresiva moderación de la derecha y el vacío que aquello representó en el extremo derecho de la arena política (Rovira, 2019). A pesar de que se trata indudablemente de una transformación importante en términos orgánicos, este derrotero no será abordado en este trabajo. La principal razón para no abordarlo radica en el hecho de que se trata ante todo de un partido “purificador”, es decir, un partido cuya oferta política se centra en recuperar un programa que sus defensores habrían abandonado parcialmente (Sikk, 2011). Este juicio se funda en la consideración de las trayectorias militantes de sus principales dirigentes, donde figuran liderazgos que participaron en la fundación del movimiento gremial. También es el resultado de una entrevista en profundidad realizada a Gonzalo Rojas Sánchez, miembro del tribunal supremo de dicho partido, quien afirma que “si la UDI y RN defendieran sus principios, nosotros (los republicanos) no tendríamos nada que hacer”.

El tercer derrotero se encuentra alojado en un partido tradicional de la derecha: Renovación Nacional. Se trata de la denominada “derecha social” que ha adquirido mayor fisonomía durante el segundo gobierno de Sebastián Piñera, especialmente durante las elecciones presidenciales de 2017, donde uno de sus principales liderazgos, Manuel José Ossandón, participó en las primarias del sector, y durante las movilizaciones del año 2019, donde este sector jugó un papel relevante en la respuesta política a las movilizaciones, lo que se tradujo en el inicio de un inédito proceso constituyente. A diferencia de los otros dos derroteros, este sector ha sido escasamente abordado, salvo por algunas referencias generales en los distintos trabajos de Stéphanie Alenda, quien ha identificado una sensibilidad “solidaria” en los distintos partidos del sector.

Este trabajo analizará el primer y el tercer derrotero. Para ello, recurre a material de prensa y entrevistas en profundidad con dirigentes de los partidos Evolución Política y Renovación Nacional, analizándolo en perspectiva sociohistórica a partir del método de rastreo de proceso o “*process tracing*”, estrategia de investigación ecléctica, orientada a construir inferencias causales a partir de la reconstitución de narrativas plausibles y persuasivas para explicar resultados (Bril-Mascarenhas, Maillet, & Mayaux, 2017). El

periodo de tiempo analizado va desde las elecciones presidenciales de 2013 hasta el año 2020, revisando las principales coyunturas del periodo.

En término de estructura, el presente documento se ordena del siguiente modo. Seguido de esta introducción, el primer capítulo consiste en una discusión teórica sobre las principales categorías utilizadas en el análisis. En ella se intenta construir un marco interpretativo para el cambio político en perspectiva sociohistórica. Lejos de inscribirse en una teoría general, la propuesta conceptual utiliza distintas referencias para construir la caja de herramientas que permita organizar una explicación sobre la emergencia de nuevos actores de derecha. En ese sentido, este trabajo reconoce la influencia decisiva de las obras de Tomás Moulian para el análisis de las derechas. Por lo mismo, tanto en los análisis como en la perspectiva teórica adoptada se recurre a diferentes disciplinas, dialogando entre la ciencia política, la historia y la sociología política, reivindicando un análisis que ponga en el centro la especificidad de la política por sobre las disciplinas. Es probable que aquello limite los aportes de este trabajo a algo así como una ciencia universalizable, pero indudablemente fortalece su capacidad de referirse al fenómeno mismo y aportar a las discusiones sobre la política nacional. En ese sentido, también hay una innegable influencia del institucionalismo histórico y su preocupación por objetos de estudio que contribuyan a la discusión política, buscando alcanzar públicos más amplios que solo aquellos especializados.

El segundo capítulo es una discusión metodológica donde se plantean los principales lineamientos de la estrategia de investigación, definiendo el caso de estudio y operacionalizando las principales variables. Como se señaló anteriormente, la estrategia a seguir es el denominado “*process tracing*” o rastreo de proceso. Originada en la ciencia política, busca fortalecer las inferencias cualitativas en los estudios de caso, recurriendo para ello a la historia. En ese sentido, dadas las pretensiones de este trabajo, es una estrategia de gran utilidad, al poner en relieve los procesos.

El tercer capítulo es un recorrido por las transformaciones de la derecha chilena desde la elección de 1938, donde los viejos partidos del clivaje laico-clerical terminan por convertirse en partidos de derecha, en una reestructuración clasista del paisaje político chileno, hasta la actualidad. Lejos de ser un dato anterior a los resultados, este apartado es

fundamental para el desarrollo de varios argumentos planteados en los capítulos siguientes, puesto que en la trayectoria histórica de la derecha anidan importantes claves interpretativas. En ese sentido, se reivindica el papel fundamental de la historia para comprender los procesos políticos.

El cuarto capítulo se adentra en la formación del Partido Evolución Política (Evópoli) analizando la formación del partido como una respuesta ofensiva desde el *core constituencies* de la derecha. Para ello, estudia el impacto de la coyuntura crítica de 2011 sobre la derecha gobernante, identifica los cambios en la estructura de oportunidades políticas que favorecen la emergencia del partido y caracteriza en términos proyectuales a Evópoli.

El quinto capítulo emprende el mismo viaje con la denominada “derecha social” que se configura en Renovación Nacional como respuesta adaptativa. Para ello, analiza el impacto de las coyunturas críticas sobre el partido, especialmente en su interacción con las características de la vida interna y en su relación con la sociedad civil y el Estado. Del mismo modo, caracteriza los nuevos componentes proyectuales de esta sensibilidad.

Finalmente, el séptimo capítulo recapitula las principales ideas y ejes que dan forma a este trabajo. Asimismo, discute con la literatura existente sobre el cambio en las derechas, especialmente con las visiones que tienden a atribuir al cambio generacional el carácter de variable explicativa. Sin duda las teorías de recambio de las élites aportan a la comprensión de las dinámicas internas de los partidos. Sin embargo, su capacidad explicativa frente a fenómenos como la “derecha social” en Renovación Nacional es escaso. De igual manera, la densidad política de Evópoli y sus pretensiones ideológicas lo hacen irreductible a un problema de recambio elitario, sin por ello ser un partido con grandes diferencias ideológicas con su conglomerado. Por lo mismo, a partir de esta discusión se sugieren algunas preguntas de investigación futuras, especialmente en un contexto de fuertes cambios políticos.

Antes de terminar esta introducción y dejar que las y los lectores se sumerjan en la maraña de discusiones y datos empíricos, conviene aclarar dos cosas. En primer lugar, el interés por estudiar a la derecha, aunque ya se ha esbozado en la narración que inicia esta introducción, nace de la escasa literatura que existe sobre el sector. Este vacío ha ido

disminuyendo, pero sigue existiendo. También influyó en ello el reclamo de novedad que los propios actores hacen de sí mismos respecto al conjunto de los actores de derecha en el periodo post dictatorial. De igual manera, comprender las formas en que se adaptan los partidos a contextos adversos, especialmente cuando sus legados se encuentran amenazados, puede ser un aporte relevante al conjunto de las disciplinas que estudian la política.

La segunda cuestión que aclarar es la relación del escribiente con la derecha. Aunque el aséptico tono impersonal de la escritura lo pase por alto, lo cierto es que ningún análisis político es desinteresado. Por el contrario, se inserta en medio de debates y pasiones atadas a la contingencia. Aunque este trabajo se encuentra lejos de ser un artefacto o dispositivo para la lucha política, en él se traslucen las visiones normativas de un militante izquierdista comprometido en las anacrónicas vidas partidarias. El esfuerzo de este trabajo ha sido intentar dejar a un lado aquellas pasiones, reconociendo siempre las limitaciones propias que presenta investigar al adversario, sobre todo en tiempos convulsos como los que corren. De todas formas, este trabajo espera ser un aporte para comprender a los actores que participan de nuestra vida democrática.

Capítulo I. La caja de herramientas. Un esquema para comprender la emergencia de nuevas derechas

Este capítulo es un intento de construir un esquema conceptual sobre la emergencia de actores políticos de derecha. Es ante todo un esfuerzo por construir categorías y relaciones entre ellas para aproximarse a la especificidad del fenómeno, aun si aquello implica traicionar fidelidades y parcelas teóricas. Por lo mismo, no es parte de una teoría general, sino una caja de herramientas flexible, aunque pretende ser coherente. Pese a esta limitación, se espera contribuir a la discusión conceptual sobre las derechas y sus transformaciones, especialmente en lo referido a la relación entre núcleo constitutivo y periferia, un elemento central en la definición de derecha que organiza este trabajo.

Aunque se trata de una investigación sociológica, un punto central, en términos teóricos y metodológicos, es comprender la especificidad de la política, es decir, concebirla como un ámbito específico y relativamente autónomo, pero relacionado con otros ámbitos de la vida social, donde los actores se apropian, se constituyen y redefinen sus propias condiciones a partir de los conflictos en los que se inmiscuyen.

Por lo mismo, los procesos sociohistóricos son centrales en la construcción de este marco conceptual. De allí que este capítulo se estructure de la siguiente forma: en el primer apartado, se construirá una breve explicación sobre qué es la política y en qué consiste su especificidad, aportando de este modo una definición que estructura el conjunto del trabajo. El segundo apartado aborda las explicaciones de corte sociohistórico sobre el cambio

político, presentando el concepto de coyuntura crítica, central en la comprensión de la crisis que da origen a los nuevos actores de derecha. El tercer apartado revisa y discute las principales perspectivas sobre el cambio, la emergencia y las características de los actores políticos, intentando generar un diálogo fructífero entre las teorías estructurales y accionistas, a la vez que construye un aparato conceptual capaz de distinguir entre actores, de forma tal que se pueda responder simultáneamente qué y por qué cambian y emergen. El apartado final discute las definiciones de derecha utilizadas en los principales estudios sobre el tema en Latinoamérica y Chile, proponiendo una aproximación a las derechas basada en la relación de su “*core constituencies*” o núcleo de constitución y su electorado periférico. Finalmente se presenta un esquema gráfico de relación entre las distintas dimensiones de análisis.

a. Algunas consideraciones previas: La política y sus dimensiones

Para comprender la especificidad de la política, ella debe distinguirse de otros ámbitos de la sociedad, del mismo modo que debe tener teóricamente algún tipo de relación con ella. En las reflexiones desde el contexto chileno, Norbert Lechner ofrece una interesante perspectiva, al afirmar que la política se encuentra íntimamente ligada a la noción de orden, no como un producto monolítico, sino como una construcción inacabada. Es un espacio donde la pluralidad característica de lo social deviene en la construcción de un orden (Lechner, 1985). Esta aproximación es ante todo una definición filosófica de la política, que, a pesar de su utilidad analítica, no resulta del todo pertinente para este trabajo, en la medida que no provee criterios para dilucidar la relación entre lo social y lo político en términos empíricos.

Desde una perspectiva similar, pero que se abre a la posibilidad de que la posición de la política cambie dentro de una determinada sociedad, Manuel Antonio Garretón plantea que la política sería aquel ámbito¹ donde se configuran las relaciones de poder referidas a la conducción general de la sociedad. En esta perspectiva, la política no tiene una correspondencia inmediata con la economía, la cultura o la sociedad. La relación entre

¹ Aunque el texto original utiliza las palabras “esfera” y “ámbito” indistintamente, por recomendación del propio autor aquí se utiliza el concepto ámbito para evitar dar la impresión de espacios cerrados que implica la palabra esfera.

estos ámbitos se da precisamente en la política, toda vez que esta se concibe como una especie de instancia de “totalidad”, pues sería el lugar donde se encuentran e intentan articular los otros ámbitos. Se trata del lugar donde se confrontan e intentan materializar proyectos y contra proyectos (2001).

De este modo, Garretón distingue cuatro ámbitos relacionados entre sí, pero sin correspondencia inmediata, y tres niveles o dimensiones. Los cuatro ámbitos son la economía, la estructura social, la cultura y la política. A su vez, los niveles o dimensiones

“son los comportamientos individuales e intersubjetivos que definen los llamados ‘mundos de la vida’, el nivel organizacional e institucional que corresponde al mundo de las instrumentalidades y la dimensión histórico-estructural, de proyectos y contra proyectos, que definen lo que algunos llaman ‘historicidad’”. (2001, pág. 12)

A pesar del uso del concepto de historicidad en diversas tradiciones, para privilegiar la coherencia aquí se sigue la perspectiva de Touraine. Por lo mismo, será definida como “un elemento que va más allá de la demanda particular o la búsqueda de identidad como sujeto y apunta a la transformación de la sociedad o una dimensión de ella” (Touraine citado en Garretón M. , 2014, pág. 215)

Lo particular de esta perspectiva, que la ha vuelto influyente en los análisis posteriores a las movilizaciones de 2011, es que afirma la exigencia de “sociedad” para la existencia de política, una sociedad estatal-nacional que “clásicamente se llamó la *polis*. Se trata del lugar donde la gente, el pueblo, los actores sociales, los ciudadanos, las clases, como se les quiera llamar, toman las decisiones” (Garretón, 2001, pág. 13). Se privilegiará esta perspectiva tanto por su influencia en los análisis actuales como por su capacidad de definir la política y establecer relaciones teóricas con otros ámbitos, aunque abierta a la contingencia.

Ahora bien, conviene destacar dos elementos. Por una parte, tal como este autor y una vasta bibliografía han señalado, la política y su papel en las sociedades contemporáneas han sufrido importantes transformaciones, producto principalmente de la pérdida de peso relativo de los Estados frente a la globalización (Garretón, 2014; Fraser, 2006; Merkel,

2014; Streeck, 2015). Por otra parte, a pesar de la capacidad de apertura a la contingencia que tiene esta definición, siempre es útil recordar que la definición de la política es parte de las luchas políticas mismas (Lechner, 2014)

b. Una mirada sociohistórica para comprender el cambio político.

Pensar el cambio político como proceso exige construir relaciones entre eventos, estructuras y actores. En términos generales, desde una perspectiva sociohistórica, es posible afirmar que existen dos perspectivas sobre el cambio. Por una parte, aquel que se produce de forma “normal”, es decir, a partir de la interacción de las principales tendencias de un contexto. Por otra, mediante el análisis de eventos o acontecimientos que irrumpen y alteran el transcurso normal de la política. Aunque la distinción es puramente analítica e impugnabile dependiendo las unidades de tiempo que se consideren, permite ilustrar una cierta tensión entre las explicaciones “contextualistas” y aquellas que ponen su foco en las coyunturas (Falleti & Lynch, 2009).

Aunque ambas aproximaciones comparten elementos, como la importancia de la historia o la identificación de mecanismos causales en las explicaciones, difieren en tanto otorgan distinto peso a las tendencias estructurales. Asimismo, tienen aplicaciones a objetos de estudios diferentes. Usualmente, los estudios que ponen su atención en las rupturas y la agencia de los actores en momentos decisivos se inclinan por el segundo tipo de explicaciones.

En ese sentido, ya que la pretensión de este trabajo es analizar los momentos donde los caminos de los actores se bifurcan, el concepto “coyuntura crítica” resulta crucial en dos sentidos. Primero, en un sentido teórico, porque permite comprender cómo un acontecimiento se vuelve crucial en el perfilamiento de un sector político, permitiendo una reconstrucción de su trayectoria. Segundo, en un sentido práctico, porque el periodo a analizar se encuentra atravesado –ya sea por el legado, ya sea por la irrupción– por dos coyunturas críticas, a saber, las movilizaciones de 2011-2012 y el estallido social de 2020.

En términos generales, las coyunturas críticas son eventos donde los actores y sus decisiones pueden ser cruciales para los desarrollos posteriores. Es una forma de aproximación al cambio político que identifica puntos clave a partir de los cuales se desarrollan nuevas tendencias, las que se tienden a reforzar en el tiempo. Como proponen

Collier y Munck, es como encontrarse frente a dos caminos en apariencia idénticos y tomar uno, de forma que a medida que se avanza, cada vez será más difícil volver atrás y tomar el otro camino (Collier & Munck, 2019).

De manera más precisa, siguiendo a Capoccia y Kelemen, una coyuntura crítica es una situación caracterizada por el hecho de que la influencia estructural sobre la política se relaja por un periodo. Ello genera dos consecuencias. En primer lugar, se amplía sustantivamente el rango de opciones posibles para los actores. En segundo lugar, las consecuencias de sus decisiones son potencialmente más determinantes (Capoccia & Kelemen, 2007).

Aunque Capoccia y Kelemen sugieren que el periodo de “relajo” es más bien breve, la formulación de Collier y Collier señala que pueden ser periodos breves o prolongados de reorientación (Collier & Collier, 2002), de forma que la duración de una coyuntura crítica y sus legados es algo que se debe explorar en términos empíricos.

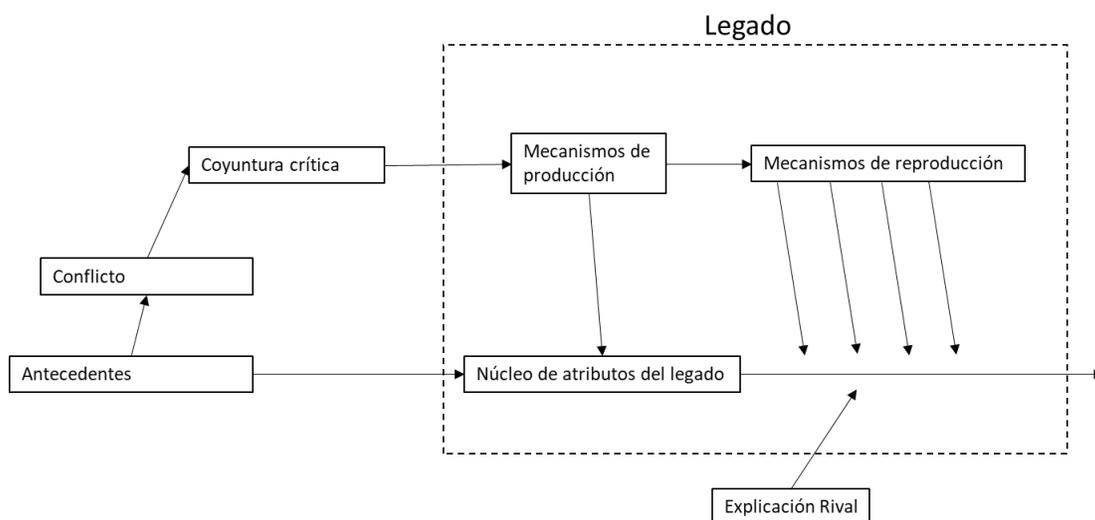
Para un estudio preciso de sus efectos, siguiendo a Collier y Collier, se pueden distinguir cinco elementos a considerar, aunque la atención puesta a unos u otros puede configurar objetos de estudios distintos. En primer lugar, se encuentran las condiciones antecedentes, las que operan como línea base sobre la cual una coyuntura crítica y su legado se asientan. Luego se debe identificar el conflicto o crisis, es decir, aquellos elementos que emergen fuera de las condiciones antecedentes.

El tercer elemento refiere a los componentes del legado de la coyuntura crítica. Dentro de él, es posible identificar los mecanismos de producción, los mecanismos de reproducción y luego la estabilidad del núcleo de atributos del legado. Como cuarto elemento, se deben considerar las explicaciones rivales implicadas en las causas constantes. Por último, se puede considerar el fin eventual de un legado.

En síntesis, las coyunturas críticas son eventos que abren las posibilidades de los actores a la contingencia, generando trayectorias o senderos distintos a los que el desarrollo normal de la política permite, los que pueden ser analizados atendiendo a una serie de etapas o mecanismos. Son momentos donde las características y orientaciones de los actores pueden sufrir modificaciones. En ese sentido, el concepto de coyuntura crítica aquí

opera como principal mecanismo explicativo de las rupturas de la derecha en Chile, tanto en términos de proyecto como de composición.

Cuadro 1: Marco de análisis de coyunturas críticas (Collier & Collier, 2002, pág. 30)



Fuente: Collier & Collier (2002, pág. 30), traducción propia

c. Enfoques para los nuevos actores: Clivajes, oportunidades y proyectos

Antes de entrar en la discusión sobre el origen de los actores políticos, conviene hacer algunas precisiones conceptuales importantes. Este trabajo ha insistido en la especificidad de la política como una cuestión central, a la vez que se insiste en la importancia de los actores y sus posicionamientos en las luchas concretas para entender sus transformaciones. De allí que sea necesaria una definición mínima de partidos políticos.

Una de las primeras y más influyentes definiciones es la formulada por Max Weber. El sociólogo alemán distingue entre las clases sociales, definidas por su situación económica, los estamentos, definidos por una situación de honor, y los partidos. Estos últimos se organizan de manera estable dentro de la esfera del poder político, teniendo como finalidad influir sobre el Estado, más allá de los contenidos específicos de cada partido, desarrollando capacidad de liderazgo y otorgando beneficios materiales y/o simbólicos a sus afiliados (1987).

Ampliando el planteamiento Weberiano, Offerlé considera a los partidos como organizaciones donde concurren diferentes “empresarios” políticos, siendo dependientes de la existencia de un mercado de bienes propiamente políticos. En ese sentido, los partidos serían un tipo de empresa caracterizada por la búsqueda del poder político, donde agentes no cohesionados compiten entre sí y con agentes externos al partido por el poder. En esta definición, lo fundamental se da en las relaciones entre los partidos y sus facciones internas, puesto que los partidos tampoco serían espacios homogéneos o cohesionados (2004).

Ahora bien, esta aproximación posee tres limitaciones. En primer lugar, omite la importancia integradora y expresiva de los partidos (Sartori, 2005). En segundo lugar, ignora la relevancia de lo que Antonio Gramsci denomina la “voluntad colectiva” o los elementos proyectuales que dan forma y sentido a la acción de los partidos, para lo cual los partidos se encargan de la generación de cuadros dirigenciales (1980). La tercera debilidad es que omiten una cuestión clásica de las definiciones mínimas de partidos, pues, así como existen partidos que, pese a participar en la acción política, tienden a privilegiar las dimensiones expresivas por sobre alcanzar el poder político, también hay partidos cuyo principal incentivo es la mantención del poder político (White, 2005).

Por lo mismo, recogiendo los planteamientos de Weber, Offerlé y Gramsci, se entenderá por partido político una organización orientada a la búsqueda y mantención del poder político, compuesta por actores que compiten y colaboran entre sí y con otros agentes externos al partido, construyendo relaciones con una base electoral, mediando entre ella y el Estado. En dicho proceso, los partidos construyen identidades y expresan sectores sociales, los que pueden articularse en torno a una voluntad colectiva orientada a la conducción de la sociedad y la producción de cuadros para ello. En concreto, ello significa que los partidos son a) una organización orientada a la búsqueda y conservación del poder político que b) puede contener en su interior diversos competidores, c) se relaciona en algún modo con otros ámbitos de la vida social y d) puede ejercer funciones “dirigentes” de la sociedad en la medida que articula un proyecto político para aquello.

Las distintas dimensiones identificadas son importantes pues permiten distinguir entre tipos de partidos, diferenciando en sus modos de organizarse internamente, sus relaciones con la sociedad civil y el Estado o los tipos de proyectos que articulan. Aunque

no necesariamente asociado con la emergencia de los actores políticos, la apuesta conceptual de este trabajo se basa en afirmar que no es posible explicar a los nuevos actores sin hacer referencia estas tres dimensiones, cuestión que será retomada al final de este apartado.

Con esta definición de los principales actores políticos en las sociedades modernas, es posible adentrarse en la discusión respecto de su origen. En términos gruesos, se pueden identificar dos grandes polos explicativos. Uno de los polos es el estructuralista, donde el origen de los partidos es el reflejo de estructuras sociales. El otro polo concibe a los partidos como el resultado de la acción de los actores y las interacciones entre ellos. Pese a las diferencias, ambos tipos de explicaciones ponen énfasis en las relaciones entre partidos.

La teoría estructuralista por antonomasia es la de clivajes, propuesta por Lipset y Rokkan (1967). Estos autores afirman que los partidos surgen a partir de “fisuras generativas” en las que se posicionan para interpelar a sus electorados. Dichas fisuras serían las diferencias estructurales que dan origen a los conflictos sociales. En las democracias europeas occidentales, esos conflictos serían el territorial entre centro-periferia, el urbano-rural, el propietarios-trabajadores y, aunque añadido posteriormente, el conflicto iglesia-estado.

El principal problema de esta perspectiva es que termina por anular la especificidad de la política, toda vez que los sistemas de partidos serían solo el reflejo de estructuras sociales, con poca capacidad de identificar el modo en que los conflictos se constituyen en la arena política o la relevancia de los partidos en la constitución misma de esos conflictos, cuestión importante en el caso chileno, dada la histórica imbricación entre partidos y sociedad. Otra dificultad es la transformación de la relación de los partidos con sus bases sociales, lo que ha hecho perder los alineamientos a partir de divisiones estructurales.

En el otro extremo se encuentra la denominada “teoría de la estructura de oportunidades políticas”. Este planteamiento se basa en la teoría de la elección racional, señalando que los nuevos partidos dependen de la decisión de las élites por entrar como nuevos competidores en la arena política cuya decisión está condicionada por “los costos de entrada, los beneficios del cargo y la probabilidad de recibir apoyo electoral” (Tavits, 2006). De este modo, los nuevos partidos surgirían cuando las élites identifican una

“oportunidad” para que el costo de entrada sea menor a los beneficios. En línea con estos planteamientos, pero recogiendo la importancia de otras dimensiones como las identidades y los programas, Sikk (2011) ha clasificado a los partidos como “purificadores”, “profetizadores” y “de lo nuevo”. Los primeros serían partidos que vienen a recuperar ciertos valores perdidos por la oferta existente en su espectro, los segundos incluirían nuevos horizontes programáticos y los terceros serían actores que apuestan por la renovación política.

Un problema de este tipo de planteamientos es de corte epistemológico. Aunque resulta indudable que los actores se comportan en algunos aspectos maximizando beneficios, no es la única orientación de su acción e incluso puede no ser privilegiada en determinados momentos. De igual forma, resulta una explicación débil señalar que el origen de los partidos se encuentra en el cálculo de una determinada élite pues primero debe responder cómo y de dónde surgió dicha élite. Finalmente, se trata de explicaciones a-históricas que sustraen a la política de los conflictos sociales, cuestión crítica para el estudio de la emergencia de nuevos actores en Chile, pues pese a la ruptura entre política y sociedad, no es posible entender el proceso político chileno reciente al margen de los movimientos sociales de la última década.

Aunque la teoría de la acción racional no sea la única aproximación centrada en la acción para explicar el origen de nuevos partidos, pues otra opción sería realizarlo a partir de las teorías de la identidad, el contrapunto entre ambos polos permite graficar un problema típico de las ciencias sociales: el debate entre agencia y estructura. Sin pretender clausurar dicha discusión, aquí se sigue el planteamiento de Garretón y Selamé (2020), quienes recogen la idea de Archer sobre los niveles ontológicos diferenciados, para plantear que el vínculo entre la acción y la estructura en la política está mediado por la variable tiempo, cuestión que vuelve a poner de manifiesto la relevancia de una mirada sociohistórica.

Ahora bien, el desafío central en la construcción de una perspectiva de este tipo es identificar los mecanismos de interacción entre la estructura y la agencia. En ese sentido, recuperar las dimensiones señaladas puede ofrecer algunas claves productivas.

Una primera cuestión indicada al inicio es la posición de los partidos entre el Estado y la sociedad civil. Como bien han señalado Katz y Mair (1995), la imagen usual de los partidos tiende a concebirlos como partidos de masas. En este esquema, los partidos son un vehículo que canaliza, agrega y expresa preferencias desde la sociedad civil hacia el Estado. El declive de los partidos de masas ha inaugurado una nueva forma de relación entre los partidos, el Estado y la sociedad civil. Esta nueva relación se caracteriza por partidos más competitivos, menos enfocados en mantener o expresar una base social específica y más enfocados en reproducirse en el Estado. Las dirigencias y candidatos se tornan centrales en la vida y la acción partidaria, desarrollando crecientes capacidades profesionales para el desempeño en campañas electorales y la participación en medios, debilitando la relevancia de los militantes respecto del entorno de adherentes. Este tipo de relación es lo que se conoce como “partidos carteles”.

Lo importante de este esquema es que mientras más próximos a los actores de la sociedad civil que pretenden representar, los partidos tenderán en mayor medida a ser el resultado de conflictos estructurales, mientras que al encontrarse incrustados en el Estado tienden a depender en mayor medida de los cambios generales del electorado, lo que hace más relevante la estructura de oportunidades. También tiende a generar cierto abandono de electorados en aras de crecer hacia segmentos más amplios.

Otro elemento relevante es la vida interna de los partidos. Como ya se señaló, los partidos en tanto organizaciones pueden contener en su interior diversos competidores. De este modo, siguiendo el planteamiento clásico de Sartori, según su grado de cohesión interna y de las formas de interacción de los partidos, es posible identificar fracciones, facciones o tendencias. Mientras las primeras describen divisiones generales, la facción refiere a grupos específicos de poder al interior de un partido. Por su parte, la tendencia es un conjunto establecido de actitudes con una organización más débil. Estos distintos subconjuntos pueden surgir por conveniencia, por diferencias ideológicas o por gradientes de posicionamiento entre izquierda y derecha (Sartori, 2005). Dentro de estas distinciones, existe mayor probabilidad de que emerjan nuevos actores políticos en los partidos que tienden a mayores grados de división interna, pues permiten la proliferación de actores en su interior.

Un último elemento importante es lo que se entiende por “proyecto”. Se trata de una categoría difusa, pero de uso habitual en la política contingente. Manuel Antonio Garretón (1983) ofrece una definición operativa al señalar que un proyecto es un esfuerzo de articulación de la sociedad en un horizonte de sentido o dirección general. Concretamente, un proyecto político busca fundar nuevos principios de legitimidad mediante la institucionalización de un modelo político, un modelo económico y un modelo cultural. Dichos principios surgen a partir de una problemática histórica específica, de modo que la producción de un determinado proyecto es el resultado de la investigación empírica y no de preconcepciones teóricas.

Finalmente, todo proyecto se da en torno a actores concretos. De allí que sea relevante identificar al núcleo social de constitución que lo impulsa, es decir, el sector capaz de universalizar intereses en el interior de un determinado bloque político e imprimir una dirección o contenido específico a su proyecto histórico. En torno a él se producen mecanismos y procesos de compromiso, cooptaciones y exclusiones, las que a la vez van dando forma a esos núcleos. Los distintos partidos se distinguen entre sí por el tipo de proyectos históricos que representan.

d. Una definición de derecha para Chile

Es casi un lugar común en los textos sobre derechas en América Latina comenzar señalando la escasez de trabajos sobre este sector político en la región (Luna & Rovira Kaltwasser, 2014), especialmente si se compara con la atención prestada a la izquierda en sus distintas expresiones políticas y sociales. Pese a lo anterior, es posible distinguir entre distintas definiciones teóricas y agendas de investigación que permiten afirmar la existencia de un debate chileno y latinoamericano sobre las derechas.

Dentro de este debate, es posible identificar dos grandes aproximaciones, vinculadas a agendas investigativas y momentos políticos específicos. La primera de ellas es la “ideológica”, que a su vez puede dividirse en otras dos aproximaciones, la esencialista, cuyo énfasis se encuentra en el carácter “reaccionario” de las derechas, y la relacional, donde se pone el acento en las relaciones entre derecha e izquierda o entre grupos de derecha. La segunda aproximación es de corte sociológico y centra su atención en la relación entre los actores políticos de derecha y sus diversas bases electorales.

En términos históricos, uno de los primeros trabajos sobre las derechas a nivel regional corresponde a José Luis Romero, quien relaciona a estos actores con el pensamiento conservador y tradicionalista, opuesto a la transformación del orden social (Romero, 1970), articulada ante todo por criterios culturales y socioeconómicos, más que sociológicos o políticos en sentido estricto, pues en su seno es posible encontrar distintos actores y posiciones. Aunque el trabajo de Romero se centra en el pensamiento político de las derechas, su definición se encuentra anclada a la reacción de este sector frente al ascenso de los movimientos populares en la década de 1960, de allí el énfasis especial en esta caracterización.

La principal limitación de esta aproximación es la incapacidad de describir derechas con proyectos modernizadores, de allí que esta definición ideológica se pueda catalogar como esencialista. Esta debilidad es particularmente relevante en el caso chileno, donde el carácter refundacional del proyecto implementado por el Chicago-gremialismo es una de las principales variables para comprender el compromiso de la derecha con la obra de la dictadura militar.

A partir de las transiciones a la democracia, la pregunta por las derechas se transformó. Si Romero las caracterizaba a partir de la reacción, el debate en torno a la consolidación de las democracias en la región resitió la problemática, esta vez interrogando sobre el compromiso de estos actores con la democracia. En ese sentido, la nueva problemática utiliza una definición sociológica, en tanto se interroga por la participación política de las clases altas o dominantes de la sociedad. Por lo mismo, un texto seminal en esta perspectiva es el de Edward L. Gibson, quien define a las derechas a partir de su núcleo de constitución, determinado este último por las clases altas. Ahora bien, el desafío de estos actores es movilizar una base electoral pluriclasista, distinta del núcleo de constitución, que les permita ser competitivos, de allí que usualmente sean actores que apelan a la unidad nacional, alejándose de las retóricas clasistas (Gibson, 1996).

Inspirado en esta definición, Kevin Middlebrook (2000) realizará un trabajo compilatorio, recogiendo estudios de caso en la región, a partir de la pregunta explícita sobre las élites –representadas por las derechas– y las condiciones para su acomodación a la democracia. Por lo mismo, los distintos trabajos allí reunidos exploran las identidades

sociopolíticas, los niveles de institucionalización, las agendas de políticas públicas, los distintos sectores que componen las clases altas y los distintos vehículos de acción política de los que disponen.

Respecto a esta última dimensión, el texto identifica a los partidos políticos como una de las formas de acción de los grupos de derecha, sin ser en muchos casos ni la principal ni la única. En ese sentido, señala la relevancia de la “sociedad civil” como espacio de construcción de hegemonía, donde los medios de comunicación, las universidades, las iglesias o los centros de pensamiento juegan un rol crucial. En el extremo de estos vehículos no partisanos, es posible identificar los golpes militares como vehículo de las agendas de las clases altas.

Otro elemento importante que subraya este trabajo es el papel crucial que juega la iglesia católica para las clases altas, más allá de la construcción de hegemonía en la sociedad civil. Los distintos aportes señalan, aunque con diferencias entre cada país, que dicha iglesia contribuyó a la movilización electoral de sectores sociales distintos del núcleo. Por lo mismo, su relativo declive plantea una dificultad adicional para el éxito de las derechas al interior del sistema democrático.

La principal fortaleza de esta aproximación es su capacidad explicativa para comprender la relación de las derechas con su electorado, en tanto la constitución política de las clases dominantes, para ser competitiva en democracia, requiere construir alguna forma de relación con otras clases sociales. Por lo mismo, explica la necesidad de adaptación frente a las transformaciones societales.

El tercer momento, en términos de agenda investigativa, es a partir del “giro a la izquierda”. Juan Pablo Luna y Cristóbal Rovira (2014) proponen interrogar por la capacidad de “resiliencia” de las derechas en un contexto doblemente adverso. Por una parte, coyunturalmente se enfrentan a una ola relativamente exitosa de gobiernos de izquierda y/o progresistas a inicios de siglo. Por otra parte, en términos estructurales se encuentran en una posición adversa dados los altos niveles de desigualdad de la región.

Esta última característica sociológica es relevante en este planteamiento porque Luna y Rovira recogen la definición ideológica de derechas desarrollada por Norberto

Bobbio, pues reconocen en ella un importante instrumento conceptual para el trabajo comparativo. El politólogo italiano plantea que izquierda y derecha son conceptos relacionales e históricamente mutables. Se trata de una forma exhaustiva y excluyente de ordenar el espacio político. La diferencia entre una y otra se basa en valoraciones diferenciadas de la igualdad. Mientras las izquierdas consideran la desigualdad un resultado social y, por lo mismo, posible de transformar, las derechas tienden a considerar la desigualdad como natural (Bobbio, 1996). De allí que los altos niveles de desigualdad en el continente tiendan a dificultar a las derechas su éxito político en la región, lo que no obsta que ciertos tópicos como la corrupción, la delincuencia o el estancamiento económico le permitan triunfar (Luna & Rovira Kaltwasser, 2014).

Esta aproximación posee algunas dificultades. En primer lugar, tiende a distorsionar el valor que algunas ideologías derechistas como el neoliberalismo le confieren a la desigualdad, pues lejos de ser una condición “natural”, la desigualdad es promovida activamente por esta visión (Hayek, 2007). En segundo lugar, al desdeñar la dimensión “sociológica” de las derechas, omite una de las variables centrales para entender los cambios en las derechas, a saber, su relación con los electorados periféricos. Existe una tercera debilidad de orden empírico en el caso chileno pues, tal como han señalado autores como Manuel Antonio Garretón, las derechas poseen un lugar claro y definido en el sistema de partidos, asociado estrechamente a las clases dominantes (Garretón, 2000).

En los estudios sobre las derechas en Chile la perspectiva dominante es la que se ha catalogada de “sociológica”. Los trabajos clásicos de Moulian y otros otros (Moulian & Bravo, 1981; Moulian & Torres, 1989; Moulian, 2006) recogen de forma implícita esta definición. Entendiendo la autonomía de la política, Moulian y sus colaboradores analizan las distintas formas en que la dominación se adapta y transforma en un contexto de debilidad hegemónica, es decir, cuando las derechas son incapaces de ampliar su electorado –y, sobre todo, sus alianzas– para liderar un proyecto de modernización capitalista.

El otro trabajo influyente en esta perspectiva es el de Sofía Correa (2005), aunque su aproximación conceptual combina elementos de Romero, Bobbio y Gibson. A diferencia de Moulian, afirma que las clases dominantes tuvieron claridad respecto de sus intereses y orientaciones a largo plazo, donde el libre mercado siempre fue el eje principal, tomando

carácter como proyecto modernizador a partir de la comisión Klein-Saks, especialmente en torno al debate ideológico suscitado en El Mercurio

De manera similar, Verónica Valdivia ha combinado las definiciones de Gibson y Bobbio en su trabajo sobre el surgimiento de la “nueva derecha” a fines de la década de 1960 y comienzos de la década de 1970. Lejos de ser puramente reaccionaria ante el avance de la izquierda, en este periodo se vive un verdadero “parto”, producto de una ruptura con los contenidos y formas de hacer política de la derecha tradicional, lo que se manifiesta en la formación de una derecha con proyecto, que revaloriza la acción política y aspira a construir partidos de masa, cuestiones particularmente presentes en el Chicago-gremialismo (Valdivia, 2008).

En los últimos años una aproximación ideológica distinta ha cobrado fuerza, especialmente a partir de la publicación en 2020 de una exhaustiva investigación liderada por Stephanie Alenda. A diferencia de la perspectiva de Bobbio, este trabajo define las derechas mediante los “parecidos de familia” entre distintas tendencias que reclaman para sí dicha identificación. A partir de esta perspectiva y con una amplia base empírica, especialmente de corte cuantitativo, identifica tres sectores dentro de la derecha – ultraliberales, subsidiarios y solidarios– los que se distribuyen al interior de los partidos de la coalición, contribuyendo a su cohesión ideológica (Alenda, Le Foulon, & Del Hoyo, 2019). El problema de esta aproximación es su carácter tautológico, pues finalmente la derecha es aquello que se define como derecha, lo que tiene gran utilidad para trabajos centrados en identidades políticas o en descripciones ideológicas, pero poco para comprender la transformación de los actores.

En perspectiva, el enfoque “sociológico” posee indudablemente mayores fortalezas frente al conjunto de aproximaciones aquí descritas. Ahora bien, debe ser complementado con un elemento importante presente en la definición de Bobbio: su carácter relacional. Si hasta aquí se ha enfatizado en la importancia de la relación con el electorado, Bobbio aporta una cuestión central al plantear que no es posible entender a la derecha sin considerar su relación con la izquierda.

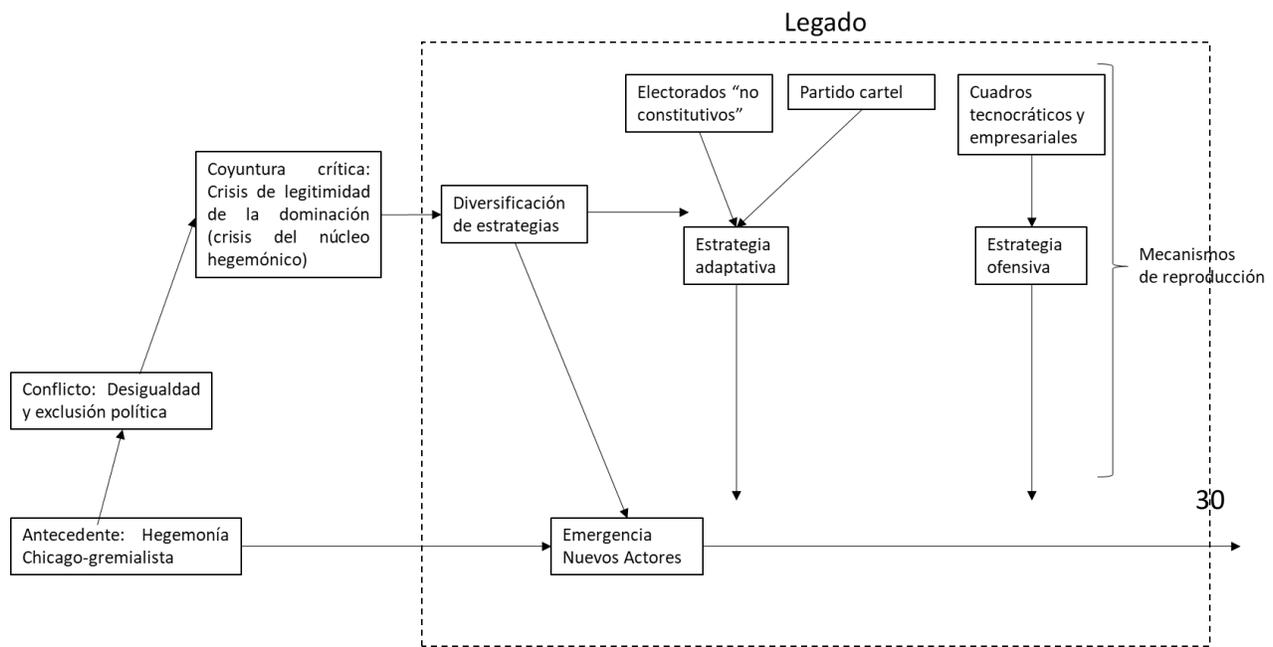
Por lo mismo, en este trabajo se entenderá que derecha es un concepto relacional, que adquiere históricamente su sentido tanto a partir de su relación con los conflictos y

condiciones sociales, como en su relación con la izquierda. Del mismo modo, se entenderá a las derechas como aquellos actores políticos cuyo núcleo de constitución son las clases dominantes, pero que aspiran a movilizar electorados pluriclasistas.

Aunque ambos elementos –relación con otros actores y necesidad de movilización pluriclasista– entregan algunas pistas para entender su transformación, conviene poner énfasis en su relación con las clases dominantes para poder terminar de construir el esquema. En su análisis de la derecha durante el periodo nacional-popular, Moulian plantea con nitidez el problema de las clases dominantes, pues requieren legitimidad democrática para impulsar su agenda. Al no lograr esa dirección política, las clases dominantes se transforman en función de distintas estrategias de contención que, precisamente, permiten contener el avance de agendas que amenacen la dominación, lo que tiende a variar según los recursos que disponen y el nivel de amenaza a la dominación (Moulian, 2006).

El problema de este análisis es que no incluye categorías para analizar derechas proyectuales. Sin embargo, plantea la variable central para entender los cambios en la derecha: la amenaza a la dominación. En ese sentido un trabajo reciente de los historiadores Joaquín Fernández y Sebastián Rumié ha reformulado el análisis de Moulian, planteando, en términos similares a los de este trabajo, que las derechas se transforman a partir de coyunturas críticas que amenazan la dominación y/o las ideas hegemónicas. A partir de ellas, las derechas desarrollan estrategias adaptativas u ofensivas, dependiendo de los recursos y del desarrollo de contenidos proyectuales que posean (Fernández & Rumie, 2020).

Cuadro 2: Esquema explicativo



Fuente: Elaboración propia.

Capítulo II. Estrategia metodológica para comprender la emergencia de nuevas derechas

“La narración pura es protagonista en una novela que logra triturar personajes, tiempo, espacio, psicología y sociología en una sola marea”

José Donoso

Aunque José Donoso en *Casa de Campo* habla de una época particularmente intensa -de allí que la narración termine triturando todas las dimensiones-, los trabajos que intentan incorporar una dimensión narrativa y conciliarla con las pretensiones analíticas de las ciencias sociales se enfrentan usualmente con la fuerza trituradora de la narración. Desde la perspectiva teórica que se intentó construir en el capítulo anterior, el sentido de los actores y su propia definición emerge cuando se apropian, transforman y adaptan sus propias condiciones, insertos en luchas políticas. Por lo mismo, para este trabajo es ineludible construir una estrategia metodológica capaz de incorporar la narración y el análisis para el caso de las nuevas derechas en Chile.

El presente capítulo busca argumentar la estrategia metodológica de la investigación, definiendo el caso de estudio, el tipo de aproximación, los objetivos que se persiguen, la unidad de análisis y de información, así como las herramientas específicas que se utilizarán para la producción de información. Para ello, se divide en tres acápites. El primero de ellos justifica la elección de caso, define la población y justifica un estudio de caso cualitativo como aproximación, además de presentar las ventajas de una estrategia como el *process tracing* para un estudio de este tipo. El segundo acápite presenta una

operacionalización de las principales variables y las definiciones operativas. El tercero describe las condiciones del trabajo de campo y el análisis.

a. **Hacia un análisis cualitativo de la emergencia de nuevas derechas.**

Sin aspirar a agotar el campo de explicaciones, este trabajo tiene una pretensión analítica en tanto busca construir una narrativa que permita comprender la emergencia de nuevos actores de derecha. Para ello, aspira a identificar los principales procesos sociopolíticos, condicionantes institucionales y transformaciones en la estructura de oportunidades que operan como condición de posibilidad para la emergencia de nuevos actores de derecha. Del mismo modo, espera contribuir a caracterizar a estos actores a partir de su relación con sus condiciones de emergencia, distinguiendo los elementos proyectuales e identitarios de cada grupo a la luz de sus propias trayectorias, de modo que sea posible identificar las transformaciones y explicar por qué se producen. Estos objetivos requieren, por una parte, ser capaces de construir una narrativa que identifique los distintos procesos en que los actores adquieren su significación y, por otra parte, generar inferencias consistentes que entreguen mayor validez al caso.

Dentro de la amplia literatura sobre los estudios de caso, su utilidad y sus problemas, Gerring ha sentado una posición relevante al señalar que dicho tipo de estudios posee grandes fortalezas para entregar análisis detallados sobre el fenómeno de estudio, contribuyendo a explicaciones complejas sobre los procesos (Gerring, 2004). Pese a estas virtudes, un problema clásico es la validez de las inferencias basadas en ellos.

En el marco del problema de la validez, una serie de investigadores cualitativos, interesados en aportar evidencia con capacidad explicativa robusta en los estudios de caso, especialmente en el análisis de las transformaciones políticas, han venido produciendo trabajos y discusiones para fortalecer la validez de la investigación de caso, mediante la construcción de narrativas plausibles y convincentes, basada en la exclusión de explicaciones alternativas a partir de la sistematización de la evidencia y el rastreo de los procesos que dan origen al resultado explicado.

El resultado de esta iniciativa es lo que se conoce como “*process tracing*”, una estrategia metodológica que combina distintas técnicas de producción de información y combina distintas fuentes para producir una narrativa analítica de los procesos, recurriendo

a entradas inductivas y/o deductivas, siempre guiadas por preguntas e hipótesis de investigación (Collier D. , 2011).

Aunque esta estrategia goza de bastante popularidad en los estudios cualitativos sobre fenómenos políticos a nivel mundial, puesto que recoge y formaliza prácticas que tradicionalmente se han utilizado en trabajos clásicos de sociología y ciencia política, en Chile se encuentra poco desarrollada como tal, con excepción de las investigaciones recientes de Maillet. Pese a lo anterior, existen importantes trabajos como el clásico libro de Garretón y Moulian “La unidad popular y el conflicto político en Chile” (1993) que utilizan una perspectiva similar. En ese sentido, recurrir a esta estrategia es simultáneamente una innovación y una forma de recuperar trabajos clásicos de la sociología política chilena, aplicándolo de forma novedosa para el análisis de la emergencia de nuevos actores de derecha en Chile.

Dada la pretensión de este estudio de construir una explicación sobre la emergencia de nuevos actores en la derecha y caracterizarlos, el *process tracing* como estrategia de investigación tiene grandes virtudes en tanto permite identificar los procesos de manera transversal, sin limitarse en aproximaciones sincrónicas que poseen grandes dificultades para identificar tendencias de cambio, tal como predomina en la mayoría de las investigaciones, tanto cualitativas como cuantitativas.

Asimismo, a partir de las particularidades del caso chileno que fueron señaladas en la introducción, a saber, el carácter tardío de una respuesta a las políticas neoliberales y la presencia permanente y relativamente institucionalizada de actores de derecha en el sistema de partidos, el *process tracing* resulta útil para explorar un caso a todas luces atípico respecto de las transformaciones de la derecha en el conjunto de la región, de forma que una aproximación cualitativa de este tipo puede ser provechosa para comprender las transformaciones de los actores de derecha en interacción o desde partidos con mayores niveles de institucionalización. Por lo mismo, este caso resulta particularmente relevante para el aporte teórico sobre la emergencia de actores de derecha y para la discusión actual sobre las transformaciones de las derechas en América Latina en el contexto del “pospogresismo”.

Una cuestión metodológica clave es definir las unidades de análisis y de información. Como los nuevos actores de derecha tienen diferencias evidentes de conformación, pues uno de los grupos se desarrolla dentro de un partido tradicional y el otro surge como partido aparte, definir estas unidades requiere una mirada flexible.

b. Las variables y su definición operativa.

El **objetivo general** de esta investigación es explicar la emergencia de nuevos actores de derecha en Chile entre 2011 y 2020. Para ello, sus **objetivos específicos** son caracterizar al núcleo dirigente de los actores emergentes, analizar la relación de los actores con el Estado y la sociedad civil y caracterizar en términos proyectuales a los actores emergentes.

La **hipótesis central** que articula este trabajo, siguiendo a Fernández y Rumié, es que *la emergencia de nuevos actores de derecha se explica como respuestas diferenciadas frente a la crisis de legitimidad del esquema de dominación que se produce en la coyuntura crítica de 2011 y se agudiza en la de 2019*. La variación entre tipos de respuestas, en este análisis, se debe principalmente a relaciones diferenciales con el *core constituencies* de la derecha, lo que se explora en el análisis de la relación de los actores con el Estado y la sociedad civil. Las diferencias entre tipos de respuestas no obedecen a elementos tácticos, sino a la relevancia que adquieren los componentes proyectuales en cada una de ellas.

En cuanto a las variables independientes, al margen de las coyunturas críticas y la relación estado-sociedad civil, es importante el papel que juega la estructura de oportunidades como variable secundaria.

Cuadro 3: Definición de variables.

Variable	Tipo de variable	Indicadores
Coyuntura crítica	Independiente	Legado: crisis del núcleo chicago-gremialista
Relación Estado-Sociedad Civil	Independiente	Representación de un <i>core constituencies</i> estable
		Cohesión ideológica
Estructura de oportunidades	Independiente	Cambios en los alineamientos políticos

		Cambios en las agendas electorales
		Cambios en la legislación electoral
Emergencia de nuevos actores	Dependiente	Identidad
		Organización
Tipo de respuesta	Dependiente	Presencia de proyecto (dimensión política, cultural y/o económica)

Fuente: Elaboración propia

c. El desarrollo del trabajo de campo.

La primera aproximación al campo estaba diseñada a partir de la revisión exclusiva de prensa, particularmente los dos diarios más relevantes de circulación nacional, El Mercurio y La Tercera, a partir de lo cual se esperaba reconstruir el proceso de formación de los nuevos actores de derecha. La producción de datos comenzaba con las elecciones presidenciales de 2013 y recogía las principales intervenciones en prensa de los actores fundamentales de los distintos partidos de derecha, es decir, entrevistas y columnas de dirigentes partidarios, exministros y parlamentarios.

Este diseño contaba con dos limitaciones importantes. La primera de ellas es que, al no considerar el relato de los actores, la información perdía contenidos relevantes sobre el modo en que se concatenan los procesos y las interpretaciones que construyen de los hechos. En ese sentido, contrario a lo que plantea Verónica Valdivia, pese a que los actores de derecha poseen una gran presencia en los medios, siendo voces privilegiadas en los registros oficiales, en la indagación por los mecanismos que posibilitan la emergencia de nuevos actores de derecha se hace evidente que dimensiones importantes de los procesos sociopolíticos escapan de estos registros, especialmente en lo referido a los sentidos de la acción. Esta intuición se fortaleció en la medida en que la investigación se fue desarrollando, especialmente por la propensión de los entrevistados a la conversación en *off*, en la medida que se rompen los marcos formales de la entrevista, entregando información difícilmente asequible en los registros públicos. Una subdimensión relacionada con esta primera limitación es que muchas veces los discursos se encuentran condicionados

por los soportes y líneas editoriales de los medios que hace circular con intención determinados énfasis discursivos. Aunque la cercanía de los actores de derecha con los periódicos reduce los sesgos, es importante recordar que en muchos casos los medios poseen agendas propias, autónomas de los partidos.

La segunda limitación es de orden práctico. El acceso a El Mercurio por internet se encuentra limitado exclusivamente a los suscriptores. De allí que el principal medio de la derecha en Chile no fuese posible de revisar. Dado el contexto social y sanitario del país – estallido social y coronavirus– la Biblioteca Nacional se ha encontrado cerrada la mayor parte del tiempo, por lo que resultó imposible resolver este problema de forma convencional.

A partir de estas dos dificultades, se produjo una redefinición en el proceso de producción de información. En primer lugar, la construcción de la línea de tiempo se realizó exclusivamente sobre la base de los materiales disponibles en La Tercera. Dadas las evidentes limitaciones de una estrategia como esta, se incorporaron entrevistas en profundidad con actores relevantes de Evópoli y la derecha social de Renovación Nacional. Dichas entrevistas fueron de carácter semi–estructuradas, permitiendo a los actores profundizar en los aspectos que consideran relevantes y permitiendo flexibilidad en las preguntas para cada entrevistado o entrevistada. Un tercer cambio que introdujo esta innovación metodológica es una mayor preponderancia de los análisis de contenido y de discurso.

El criterio para elegir a los entrevistados y las entrevistadas obedeció a sus posiciones de influencia dentro de cada uno de los sectores de derecha. Las entrevistas fueron realizadas de manera telemática entre julio y diciembre de 2020, de modo que se desarrollaron con posterioridad al denominado “estallido social”, en medio de la campaña electoral por el plebiscito constitucional y mientras el país se encontraba afectado por el coronavirus. Es importante señalar este periodo, pues se trata de un tiempo particularmente crítico para la derecha en Chile, especialmente por sus funciones de gobierno y su baja popularidad. Esto se evidencia constantemente en los relatos de los actores y en su propio devenir público, que en cierto modo va redefiniendo las identidades de cada uno. En los cuadros 3 y 4 se identifica y caracteriza a cada entrevistado. Dado que el valor de las

entrevistas se encuentra en las posiciones de influencia que ocupan los entrevistados, se pidió autorización explícita para utilizar la información identificando a cada entrevistado.

Cuadro 3: Caracterización entrevistas “derecha social RN”.

Nombre	Cargo	Edad	Región de residencia	Actividad o profesión
Ximena Ossandón	Diputada, comisión política RN	57 años	Metropolitana	Profesora
Paulina Núñez	Diputada, vicepresidenta RN	38 años	Antofagasta	Abogada
Camilo Morán	Diputado, ex jefe de gabinete presidente RN	30 años	Metropolitana	Administrador Público
Érika Olivera	Diputada RN	44 años	Metropolitana	Deportista
Andrés Celis	Diputado RN	45 años	Valparaíso	Abogado
Hugo Rey	Diputado RN	47 años	Maule	Profesor
Andrés Longton	Diputado RN	38 años	Valparaíso	Abogado

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 4: Caracterización entrevistas Evópoli, elaboración propia.

Nombre	Cargo	Edad	Región de residencia	Actividad o profesión
Felipe Kast.	Senador, ex presidente de Evópoli	43 años	Metropolitana	Economista
Gonzalo Blumel	Ex ministro de interior	42 años	Metropolitana	Ingeniero ambiental
Luz Poblete	Secretaria general Evópoli	43 años	Metropolitana	Psicóloga
Jorge Saint-Jean	Ex presidente de Evópoli	66 años	Metropolitana	Empresario
María Ignacia Galilea	Presidenta Juventud Evópoli	25 años	Aysén	Estudiante
Sebastián Álvarez	Diputado Evópoli	50 años	Araucanía	Empresario
Hernán Larraín Matte	Ex presidente de Evópoli	46 años	Metropolitana	Abogado
Francisco	Diputado, ex presidente	55 años	Metropolitana	Empresario

Undurraga	de Evópoli			
Pedro Pablo Errázuriz	Ex ministro de transportes	59 años	Metropolitana	Empresario
Sebastián Izquierdo	Director centro de estudios Horizontal	36 años	Metropolitana	Economista
Ítalo Zunino	Vicepresidente Evópoli	53 años	Bio-Bio	Empresario
Valentina Verbal	Excandidata a diputada, activista trans	50 años	Estados Unidos	Historiadora

Fuente: Elaboración propia.

Capítulo III. La trayectoria histórica de las derechas en Chile.

La trayectoria histórica de los estratos y clases altas en Chile va mucho más allá de las derechas. En el periodo oligárquico, la división del paisaje político entre liberales y conservadores, más allá de sus diferencias, se da precisamente entre estos sectores. Sin embargo, no será hasta la irrupción de los sectores populares y medios en la política, mediante los partidos de centro e izquierda, que la categoría derecha adquirirá su significado actual, para referirse principal -aunque no únicamente- a la acción política de los estratos y clases altas (Fernández & Rumie, 2020). De este modo, durante el primer tercio del siglo XX, la oligarquía chilena que dominó casi sin contrapeso la arena política en Chile se convierte en derecha (Correa Sutil, 2005)

A diferencia de otros países de Latinoamérica, donde la acción política fue considerablemente menos institucionalizada, en Chile se desarrollaron partidos con un marcado perfil clasista -más allá de las distribuciones efectivas del voto (Lechner, 2014)-, incluyendo la formación de partidos de derecha que lograban vehicular, en mayor o menor medida, las aspiraciones políticas de las clases altas (Garretón, 2000). En ese sentido, como bien señala Peter Siavellis, la derecha chilena ha sido, en perspectiva comparada e histórica, un “*outliers*” (Siavelis, 2014).

Esta sección traza a grandes rasgos la trayectoria histórica de la derecha desde los inicios del periodo nacional-popular hasta la actualidad, pasando por su crisis y resurgimiento a partir de la década de 1960, su evolución bajo la dictadura militar y durante la post transición, cerrando con algunas de las discusiones actuales sobre derechas en América Latina y Chile.

A. Los comienzos del periodo nacional-popular.

Siguiendo la perspectiva de Tomás Moulian y otros, las clases dominantes en Latinoamérica tienen grandes dificultades para constituirse como actores hegemónicos, de forma que se vuelven dominantes en torno a la reproducción del orden social, pero con grandes dificultades para constituirse en dirección política. De allí que emerge una particular forma de dominación política el denominado “Estado de compromiso”. La particularidad del caso chileno para este autor es la ausencia de soluciones bonapartistas, participando de la política y sus conflictos mediante estrategias adaptativas, las cuales buscaron contener el avance de los sectores populares, morigerando las amenazas e impulsando su agenda a través de una guerra de posiciones al interior del Estado. Se trata de estrategias de carácter principalmente defensivo (Moulian & Bravo, 1981; Moulian & Torres, 1989).

En sus diversos trabajos, Moulian entrega al menos tres elementos para comprender esta debilidad. En primer lugar, el carácter dependiente de las clases dominantes, especialmente con el efecto de las economías de enclave en su conformación y relación con el Estado. En segundo lugar, por la propia dinámica del sistema de partidos, caracterizada por la existencia de un centro pendular y centrípeto, que generaba acuerdos con ambos lados del espectro político, tendiendo a mediar el conflicto entre los polos (Valenzuela, 1978). Finalmente, por la carencia de un proyecto político de modernización capitalista, el que en el caso chileno se encuentra impulsado por la izquierda y el centro, contribuyendo de ese modo a la estabilidad del sistema político. Esta debilidad se expresa en el predominio de estrategias adaptativas que ante todo buscan defender los intereses de los sectores terratenientes, acomodando la transformación económica a la preservación de las dinámicas hacendales (Moulian & Torres, 1989). De este modo, se trataría ante todo de una derecha carente de proyecto político e incapaz de hegemonizar la dirección política.

Una visión relativamente alternativa es presentada por Sofía Correa. La autora reconoce estas tendencias adaptativas en la derecha chilena, pero enfatiza en sus objetivos de largo plazo, siendo la defensa del libre mercado su principal eje proyectual, dejando en un lugar secundario a las tendencias “social cristianas” o “populistas”, adquiriendo mayor consistencia como proyecto hacia el fin del gobierno de Ibáñez y con fuerza en la figura de Alessandri, especialmente a partir de la intervención de la comisión Klein-Sacks, el mundo tecnocrático formado en torno al convenio de la Universidad Católica con la Universidad de Chicago y El Mercurio, principal portavoz de los intereses de largo plazo de las clases dominantes, en general, y las derechas en particular. Para esta autora, la defensa del libre mercado es un elemento proyectual persistente en la derecha, confiriéndole un proyecto propio (Correa Sutil, 2005).

En esta controversia también participa Verónica Valdivia, quien afirma que si bien el gobierno de Alessandri Rodríguez presenta algunas críticas al modelo ISI y la forma del capitalismo chileno, no alcanza a articular una propuesta alternativa, acercándose de este modo al planteamiento de Moulian. Además, Valdivia añade que desde el seno de la propia oligarquía comienzan a surgir nuevos segmentos, caracterizados por la valoración de las habilidades y el saber técnico y una relación incipiente pero creciente con el capital financiero, que será determinante en el curso de la transformación de la derecha en Chile a partir de la crisis del periodo nacional-popular.

Ahora bien, pese a esta controversia, existe amplio consenso entre los autores mencionados en identificar el núcleo hegemónico de la derecha tradicional con los sectores oligárquicos, especialmente agrarios y vinculados a la tierra. Aunque existen grupos empresariales de otros rubros como la minería o la banca que también juegan un rol importante en la derecha, estos no alcanzan a configurarse como sectores distintos, dada la capacidad de integración y adaptación de los grupos terratenientes y la persistencia del orden de prestigio asociado al campo, de forma que estos grupos se encuentran fusionados con los sectores agrarios. Este periodo está fuertemente marcado por el papel de la iglesia católica en el campo, principal vehículo electoral del sector que permite su expansión fuera del *core constituencies* del sector. A diferencia de periodos posteriores, la relación con los militares no juega un papel gravitante. Verónica Valdivia ha señalado que la relación con

Carlos Ibáñez del Campo y los sectores de corte socialista en el ejército dificultaron la relación entre el mundo castrense y las derechas en un primer periodo, guardando cierto desdén hacia el mundo militar, salvo por algunos grupos marginales como los estancieros, en general subordinados a los grupos que hegemonizaban el campo derechista (Valdivia, 2008).

En términos orgánicos, a diferencia de los dos partidos de izquierda que emergen en el periodo (comunista y socialista) o del partido de centro (Partido Radical), tanto el Partido Conservador como el Partido Liberal se mantienen como partidos de “notables” parlamentarios, una herencia del periodo “parlamentarista” donde la diversificación de los grupos dominantes tendió a generar divisiones entre distintos grupos, facciones y liderazgos, a diferencia de los primeros años de la república portaliana, caracterizados por una autoridad central fuerte y escasa división entre los grupos dominantes (Moulian, 2006). Más allá de su origen, esta fisonomía orgánica se vuelve una característica relevante que distingue a la derecha de los partidos de masa que se constituyen en el resto del espectro político, especialmente porque aquello marca la importancia que tiene la iglesia católica como vehículo electoral y la importancia que prácticas como el cohecho tienen en las posibilidades de éxito del sector.

Pese a su carencia relativa de proyecto y las características orgánicas que posee, la derecha fue un actor relevante en el periodo, especialmente por su poder de veto en el congreso, que llevó a los gobiernos del Frente Popular –compuesto por los partidos de centro e izquierda– a negociar constantemente con ella e incluso incorporarla en los gabinetes ministeriales. Esta dinámica es lo que Moulian denomina la “contención defensiva”, en tanto la derecha busca forzar la negociación y el compromiso (Moulian, 2006).

El final de la segunda guerra mundial y el comienzo de la guerra fría marcará un hito relevante en la trayectoria de la derecha. En primer lugar, por la transformación que sufre la alianza entre el centro y la izquierda con la ilegalización del Partido Comunista y su expulsión de la coalición gobernante, lo que cambiará el signo del gobierno, incluyendo a la derecha en él. Por lo mismo, Moulian llama a esta etapa de “contención coactiva”, en tanto para la protección de sus intereses, frente a los buenos resultados del PC, busca limitar el

pluralismo sin necesariamente erradicarlo (Moulian, 2006). En segundo lugar, porque a partir de este momento la derecha se comprometerá de forma más clara y decidida con el capitalismo y el libre comercio, alineándose ideológicamente con Estados Unidos. Esto llevará a la salida de los sectores socialcristianos del Partido Conservador, quienes después confluirán con los jóvenes conservadores de la Falange Nacional. La confluencia entre la Falange y los socialcristianos dará origen a la Democracia Cristiana, partido que tendrá una influencia decisiva en la reconfiguración del sistema de partidos y las transformaciones de la derecha en Chile.

B. La crisis del periodo nacional-popular: el caldo de cultivo para la “nueva derecha”.

Los cambios sociopolíticos que comienzan desde la segunda mitad de la década de 1950 y especialmente durante los años 60 son decisivos para comprender la trayectoria de la derecha en Chile. El desenlace de los distintos conflictos que se gestan y agudizan en este periodo está marcado por la inclinación golpista y la ruptura democrática propiciada por la derecha. Sus huellas, así como algunos de los actores involucrados en el proceso persisten hasta el presente, siendo determinantes dentro de este campo.

El gobierno de Ibáñez del Campo, que prometió barrer con los partidos políticos, tuvo dos efectos importantes a largo plazo sobre la derecha. Una de ellas se relaciona con las leyes de saneamiento democrático, que terminó con el cohecho y otras prácticas que permitían a la derecha mayor control sobre el electorado campesino. Si bien triunfaría en la elección siguiente, a mediano plazo contribuiría a disminuir su fuerza electoral. Además, estas reformas permiten una mayor integración electoral de las masas populares, tanto del campo como de la ciudad, permitiendo su expresión parcial mediante vías electorales que enarbolarán proyectos de transformación sustantiva.

El otro efecto se relaciona con la visita de la misión Klein-Saks y el debate económico que suscitó, el cual encontró eco en la derecha, especialmente entre los sectores empresariales y tecnocráticos, donde se comenzó a articular las primeras críticas al papel del Estado en la economía. Los primeros atisbos de una visión propia sobre el capitalismo, que más adelante se formularían de forma coherente y sistemática en lo que se conoce

como neoliberalismo, surgen en este periodo, donde El Mercurio jugará un papel relevante en la conformación de esta visión propia (Correa Sutil, 2005).

Terminado el gobierno de Ibáñez, la derecha logra ganar por primera vez una elección desde Arturo Alessandri Palma. Justamente, su triunfo se produce encabezado por el hijo del expresidente, Jorge Alessandri Rodríguez. La denominada “revolución de los gerentes” que encabeza este empresario, guarda ciertas líneas de continuidad con la crítica a los partidos políticos enarbolada por Carlos Ibáñez del Campo. Empero, conviene aclarar que la naturaleza de esta crítica no es a las formas de la democracia liberal, como si lo será más adelante. Pese a ello, esta distancia con las formas partidarias es un elemento relativamente constante al interior de la derecha. Aunque la administración de Alessandri buscó mantener distancia de los partidos tradicionales de la derecha, incorporando principalmente a gente del mundo empresarial en las labores de gobierno, el fracaso de sus políticas lo llevó a recurrir tanto a los partidos de su sector como al vilipendiado Partido Radical, dejando en evidencia las dificultades de la derecha para constituirse en actor con capacidad de hegemonizar el campo político.

En las siguientes elecciones se producirán transformaciones importantes en el sistema de partidos que afectarán de forma decisiva a la derecha en Chile. Por supuesto, estos cambios se producen en un contexto más amplio, de crecientes convulsiones a nivel mundial, regional y nacional, imposibles de reducir a variables de tipo politológicas o nacionales, pero que con fines analíticos se incorporarán de forma secundaria.

La elección de Frei Montalva es decisiva porque marca el fin de la derecha tradicional y la reconfiguración del esquema tripartito del sistema de partidos. En lo referido a las elecciones, frente a la posibilidad real del triunfo de la izquierda y las dificultades para conseguir una candidatura presidencial propia, dada tanto por el escaso apoyo que concitó el candidato radical que levantaba la derecha como por una serie de desavenencias entre los partidos, la derecha opta por apoyar a Eduardo Frei Montalva, en medio de una campaña del terror contra Salvador Allende y los partidos de izquierda. De esta manera, se produce un inédito fenómeno, pues un partido sin generar ninguna alianza alcanza la mayoría absoluta, sin necesidad de recurrir a la ratificación del congreso.

Para la derecha, el apoyo a Frei Montalva implica desaparecer de la competencia presidencial. Ahora bien, el punto crítico vendrá en las elecciones parlamentarias de 1965, año donde los dos partidos tradicionales de la derecha, herederos del clivaje clerical, tendrán su peor resultado histórico. A partir de entonces, el sector vive un proceso de redefinición en el que nuevos sectores comenzarán a tomar mayor relevancia, particularmente los grupos nacionalistas, con orientaciones corporativas, fuertemente críticos de la democracia liberal. Junto al mal resultado en las elecciones parlamentarias, será decisivo en la redefinición del sector el impulso de la reforma agraria, política que amenaza de forma directa las bases del poder de las clases dominantes y de la reproducción electoral del sector, en tanto politiza el campo y amenaza el dominio de la derecha en él.

Es en este sentido que el sistema de partidos vive su principal transformación pues si hasta ese momento el centro se había caracterizado por su capacidad de concertación, en prácticas de negociación con ambos sectores del espectro político, contribuyendo a la formación de mayorías, el proyecto demócratacristiano se caracteriza por adquirir una fisonomía propia, con una visión alternativa de la modernización, que tiende a rechazar las alianzas. De esa forma, se pasa de un centro centrípeto a uno centrífugo, tendiente competir en términos excluyentes con las otras opciones del espectro (Valenzuela, 1978).

Siguiendo a Verónica Valdivia (2008), este proceso dará origen a la fusión entre el partido Liberal y el Conservador, en la que participan grupos nacionalistas, quienes adquirirán mayor relevancia en la conducción del naciente Partido Nacional (PN). A diferencia de los partidos anteriores, el PN intentará ser un partido de masas, buscando desarrollar una estructura organizativa más sólida y amplia, intentando integrar sectores de clase media en el partido, que coexistirán con las dinámicas organizativas heredadas de los partidos liberales y conservadores. Asimismo, incorporará elementos militaristas, como la reivindicación de las Fuerzas Armadas como sostén de la nación. Como novedades “proyectuales”, incorpora una visión antiliberal de la democracia, especialmente crítica con los partidos y una perspectiva del capitalismo con intervención estatal y conciliación de intereses, bajo una visión armónica de la relación entre capital y trabajo.

Una característica relevante de esta derecha emergente es lo que Valdivia ha denominado un estilo “ariete”, es decir, agresivo y proclive a la confrontación,

especialmente en sus cuadros dirigentes partidarios (Valdivia, 2008, pág. 34). Parte de este estilo ariete incluye los esfuerzos por generar movilizaciones sociales, las que serán particularmente relevante en el periodo de la Unidad Popular.

Un elemento que destaca de esta derecha en formación es su marcado carácter anticomunista. Aunque este proceso es anterior al surgimiento del Partido Nacional, en dicho partido se construirá una particular interpretación de la libertad, asociada primordialmente al derecho de propiedad, que a su vez es concebido como la base para una sociedad democrática. De esta forma, el Partido Nacional, por una parte, concibe a la izquierda como una amenaza para la democracia, estableciendo un antagonismo entre democracia y comunismo y, por otra parte, se aleja del conjunto de los actores del sistema político que conciben la democracia como procesos crecientes de integración social.

Ahora bien, el Partido Nacional y la derecha emergente en el periodo se encuentran lejos de ser un cuerpo homogéneo. Al interior de ella es posible encontrar distintos proyectos en pugna. En ese sentido y nuevamente siguiendo a Valdivia, es posible distinguir entre un sector de corte más liberal autoritario, el neoliberal y el nacionalista antes descrito.

Respecto del proyecto neoliberal, es importante señalar que este se gesta principalmente en torno al movimiento gremial. Aunque el denominado gremialismo no necesariamente posee una orientación neoliberal, lo cierto es que la confluencia en la lucha contra la izquierda y la Democracia Cristiana al interior de la Pontificia Universidad Católica generará una convergencia entre ambos sectores, lo que posteriormente será crucial en las orientaciones que la dictadura militar adquirirá. El gremialismo es uno de los principales sectores de lo que la literatura denomina como la “nueva derecha” que surge en el periodo. Con una importante influencia del franquismo y el integrismo de corte español, este grupo propone una concepción fuerte de la autoridad política, se relaciona de forma instrumental con la democracia y reivindica la noción de subsidiariedad como elemento doctrinal fundamental (Cristi, 2011). En ese sentido, el gremialismo aboga por la despolitización de la sociedad, en una reflexión que convierte en sinónimos la política con la intervención estatal, a la vez que se inspira en un supuesto orden natural y funcional

donde cada parte de la sociedad cumple una función o tarea específica (Muñoz Tamayo, 2016).

Al fin del gobierno de Frei Montalva, la derecha ha sufrido un rápido proceso de mutación. Gran parte de su diversidad se encuentra contenida en el Partido Nacional, mientras otro sector importante de ella se despliega en el ámbito universitario, pero con resonancias nacionales.

Las elecciones presidenciales de 1970 encontrarán a la derecha en una mejor posición que las anteriores, en la medida que recuperan una importante porción de los votos que tradicionalmente obtenía. Representados nuevamente por Jorge Alessandri, el distanciamiento de los partidos volverá a jugar un papel relevante en la campaña, aunque en esta oportunidad esta tendencia introducirá un matiz pues permite a los sectores neoliberales jugar un rol preponderante en las definiciones programáticas del candidato, desarrollando una crítica a la intervención del Estado en economía que, sin tener todavía la fisonomía que adquirirá en dictadura, da cuenta de una importante reflexión proyectual y una ruptura respecto del orden anterior. Sin embargo, resultaron derrotados por la Unidad Popular, la alianza de los partidos de izquierda.

A partir de la elección de Salvador Allende, la derecha vivirá un progresivo proceso de radicalización. Dicho proceso se caracterizará por el desarrollo de una estrategia golpista que cuestiona la legitimidad de la democracia en tanto permitió la elección de un gobierno que socava el fundamento de la libertad: la propiedad privada. En ese proceso concurren los diversos sectores de la derecha. Aunque por su relevancia política en el periodo se suele destacar más al mundo nacionalista de corte corporativista, lo cierto es que los sectores gremialistas y neoliberales, así como los grupos herederos del partido conservador y liberal confluyen en una estrategia que busca socavar la legitimidad del gobierno constitucional y propiciar el golpe.

De esta forma, durante la crisis del periodo nacional-popular la derecha sufre un conjunto importante de transformaciones. En términos orgánicos, se consolida en un solo partido que posee una vocación de masas, más allá de los niveles de logro que alcance en dicha vocación. En términos proyectuales, genera una transformación sustantiva en tanto emergen distintos proyectos políticos en pugna, donde es posible distinguir entre uno de

corte nacionalista-corporativista y otro de inspiración gremialista-neoliberal, más allá de su coexistencia en torno al Partido Nacional y el liderazgo de Jorge Alessandri. Un elemento proyectual común entre las distintas facciones de derecha, pero distinto del periodo anterior, es el cuestionamiento y ataque a la democracia liberal, convirtiéndose en un sector abiertamente golpista, algo que rompe con la derecha “histórica” y su particularidad respecto a otras expresiones de las clases dominantes en América Latina. En términos identitarios, las distintas expresiones de derecha se constituyen a partir de un fuerte anticomunismo. De forma general, se trata de un periodo de intensa creatividad política en el campo de la derecha, en tanto por primera vez le otorgan primacía a lo político por sobre la dominación puramente económica. Esta particular y contradictoria revalorización de la política se da en el marco de una creciente amenaza a las bases de sustentación de la dominación, expresada parcialmente en el gobierno demócratacristiano y de forma frontal en el gobierno de la Unidad Popular.

Todos estos elementos son decisivos para comprender el desarrollo de la derecha posterior al golpe militar y sus distintas facciones que extienden su vida hasta el periodo democrático que se inaugura en 1990 y persiste hasta la actualidad.

C. El autoritarismo y la “nueva derecha”: un proyecto refundacional.

La dictadura civil militar buscó eliminar la política de la sociedad, reprimiendo con fuerza a los actores políticos y sociales vinculados a la izquierda, aunque también extendió la represión hacia los sectores de centro. Esto es lo que se conoce como la dimensión reactiva o represiva de la dictadura (Garretón, 1983). Junto a la declaración en receso y autodisolución de los partidos de derecha, se configura una desaparición relativa del sistema de partidos, puesto que se quedan sin una escena para su expresión.

Sin embargo, a diferencia de otras dictaduras latinoamericanas, en Chile existió un proyecto refundacional, que buscó generar nuevos principios de legitimidad y transformaciones en las relaciones entre política y sociedad, buscando instalar un nuevo modelo económico, político y cultural.

En términos económicos, el proyecto consistió en la implementación de políticas de matriz neoliberal, transformando el rol del Estado en la economía, mediante la privatización de empresas y servicios públicos, la reducción del gasto e inversión social. Asimismo,

permitió el fortalecimiento del papel del capital financiero en la economía y buscó debilitar el poder negociador de los trabajadores (Garretón, 2014). En este ámbito, la dictadura logró importantes legados.

En términos políticos, el régimen intentó institucionalizar una variante del autoritarismo con participación restringida, mecanismos de exclusión explícitos y poder tutelar de las fuerzas armadas, lo que se concibió como una “democracia autoritaria”, cuya principal expresión se haya contenida en la constitución de 1980, promulgada por la dictadura (Garretón, 1983). Ella buscaba generar un esquema de pluralismo limitado, con restricciones importantes a la soberanía popular mediante mecanismos de “corrección” contramayoritarios y la exclusión de los partidos marxistas, particularmente el Partido Comunista. En esta dimensión, la dictadura tuvo un grado de éxito menor, aunque sus herencias persisten en el sistema político chileno.

A pesar de no existir una arena política estable, se produjo lo que Lechner denomina una continuidad “problemática” en el sistema de partidos, pues se mantienen las identidades políticas del periodo anterior a las reformas refundacionales de la dictadura (Lechner, 2014).

Ahora bien, la afirmación de Lechner debe ser matizada por un cambio radical que se gesta al interior de la dictadura. Si bien la mayoría de los partidos dejan de operar, ya sea por ser ilegalizados, ya sea por declararse en receso, los sectores civiles que respaldan a la dictadura, es decir la tecnocracia ligada al capital financiero que junto a los militares constituye el núcleo hegemónico del régimen (Garretón, 1983), se encuentra encabezando una ofensiva que transformará sustantivamente el panorama político de la derecha y el paisaje en su conjunto. Como señalan diversos autores (Muñoz Tamayo, 2016; Fernández & Rumie, 2020), el denominado “Chicago-gremialismo” se convirtió en el núcleo conductor de las políticas de la dictadura. Al no venir de los núcleos partidistas tradicionales y ofrecer orientaciones económicas y políticas, el Chicago-gremialismo se tornó un puntal fundamental de lo que Fernández y Rumié denominan la estrategia

“ofensiva” de la derecha (2020, pág. 62), en un proceso que no estuvo exento de tensiones con las distintas facciones del mundo castrense².

Este grupo es fundamental para el desarrollo de la derecha en tanto a partir de él se generan las bases doctrinales que orientan la nueva institucionalidad y el modelo socioeconómico. Como se comentó en la sección anterior, los “Chicago” pertenecen al ala neoliberal de la derecha. Fueron formados en la Universidad de Chicago gracias al convenio establecido con la Universidad Católica desde mediados de la década de 1950. Su cercanía con el Movimiento Gremial -liderado principalmente por Jaime Guzmán y un núcleo de la Facultad de Derecho de la misma universidad- se debe tanto a vínculos familiares, pues ambos grupos se encuentran ligados a la oligarquía chilena tradicional y a los nuevos grupos especuladores emergentes, así como a vínculos políticos, forjados especialmente durante la lucha con la Democracia Cristiana al interior de la universidad. Sin embargo, esta alianza adquirirá consistencia en el ejercicio mismo del poder político durante la dictadura, en tanto los gremialistas reconocen la importancia de los “Chicago Boys” para su propia inserción en el gobierno (Muñoz Tamayo, 2016).

Más allá de la forma en que ambos grupos terminan por convertirse en un núcleo común, el Chicago-gremialismo desarrollará una importante labor política en el periodo, al punto de llegar a ser señalado por González Cangas (2020) como “una especie de partido único” (pág. 92), especialmente por su trabajo en la Secretaría Nacional de la Juventud y el Frente Juvenil de Unidad Nacional. Siguiendo lo planteado por Valdivia y Muñoz Tamayo, esta labor se encuentra asociada a una reflexión profunda que se inicia en los tiempos de la reforma universitaria, donde el movimiento gremial identifica la fortaleza de la izquierda en su amplia capacidad de inserción en distintos ámbitos sociales, con una alta capacidad de politizar dichos espacios. Asimismo, esa reflexión identifica en la Democracia Cristiana un importante riesgo para los grupos de derecha, en tanto su particular interpretación del cristianismo es potencialmente amenazadora del orden y las estructuras de dominación.

En ese sentido, el Chicago-gremialismo, junto con ser el grupo ideólogo de buena parte de las reformas que constituyen el proyecto refundacional de la derecha, aspiró a

² Un detallado análisis de dichas tensiones se encuentra en Valdivia (2003)

construir una organización política distinta para la derecha. Concretamente, aspiraron a constituir una derecha de masas y con fuerte orientación ideológica, consistente en términos doctrinarios y menos personalista que las estructuras anteriores, con un perfil sociológico que cortara transversalmente el clivaje clasista que constituía al sistema de partidos chileno, aunque buscando la despolitización de sus espacios de inserción, inspirados en el principio de subsidiariedad que, en última instancia, aspira a restringir el lugar de la política en las sociedades (Valdivia, 2008; Muñoz Tamayo, 2016). Pese al intento de expansión y reclutamiento por fuera del *core constituencies* tradicional de la derecha, conviene aclarar que los principales liderazgos del Chicago-gremialismo seguirán siendo reclutados entre las clases dominantes.

La reflexión sobre el cristianismo y la amenaza que representan algunas políticas impulsadas por la Democracia Cristiana representa uno de los esfuerzos intelectuales más importantes de Jaime Guzmán, pues es precisamente a partir de ella que intenta construir una nueva doctrina de inspiración católica que entregara a la solidaridad un lugar importante sin por ello amenazar las bases sociales de sustentación de la dominación. En ese sentido, como bien señala Renato Cristi al describir la evolución intelectual del principal líder del gremialismo, Guzmán abraza las ideas neoliberales, pero introduce una interpretación de la subsidiariedad que, sin abandonar las ideas de económicas de los Chicago Boys, introduce una dimensión solidaria, en la medida que defiende la focalización del gasto, orientada hacia la pobreza extrema (Cristi, 2011), de forma que todos los problemas sociales se reducen a la pobreza, excluyendo temáticas como la desigualdad o la relación conflictiva entre capital y trabajo.

A partir de la crisis económica de 1982-83 y las protestas que se iniciaron en 1983, la arena política comenzó a tomar forma nuevamente, aunque sin un ámbito institucional de expresión. De esa forma, el intento de la dictadura por erradicar la política fracasa. En ese contexto, se produce la reorganización de partidos de derecha. Vuelven a aparecer dirigentes tradicionales del Partido Nacional, como Sergio Onofre Jarpa, exsenador y expresidente de dicho partido, quien asume como ministro del interior de la dictadura. Asimismo, surgen liderazgos más abiertos al diálogo con la oposición, como una facción juvenil del Partido Nacional liderada por Andrés Allamand. De igual modo, el núcleo

hegemónico del régimen comienza a organizarse, formando la Unión Demócrata Independiente. Además, varios otros grupos como los nacionalistas se organizan, pero su rol es secundario (Moulian & Torres Dujisin, 1988b).

La novedad en esta reorganización radica, en primer lugar, en la generación de dos grandes partidos la derecha, sustantivamente distintos del partido Liberal y Conservador del periodo nacional-popular. En segundo lugar, la diferencia entre estos grupos con los partidos anteriores consiste en una actitud ofensiva, proclive al cambio. En tercer lugar, se forma un cierto consenso en torno a las políticas neoliberales, convirtiéndose en el factor diferenciador entre los partidos el nivel de adhesión al autoritarismo en general y a Pinochet en particular. De ahí saldrán dos partidos. Por una parte, Renovación Nacional, donde concurren sectores como el de Andrés Allamand y Sergio Onofre Jarpa, con mayores niveles de apertura política y, por otra, la Unión Demócrata Independiente. Estos son los principales partidos políticos de derecha hasta la actualidad.

D. Entre la adaptación y la defensa del legado: las derechas frente al nuevo periodo democrático.

La dictadura y sus políticas marcarán de forma determinante a la sociedad y la política chilena. Junto a la transformación neoliberal, el sistema político en general y el sistema político en particular sufren modificaciones considerables respecto del periodo nacional-popular. Entre los principales cambios que introdujo la dictadura se encuentran una serie de mecanismos de control contramayoritarios, tales como los senadores designados que en la práctica permitían la sobrerrepresentación de la derecha en el congreso. Otro cambio relevante –aunque sigue la tendencia a la concentración del poder generada en el gobierno de Eduardo Frei Montalva– fue la concentración de funciones y tareas en el ejecutivo, entregándole iniciativa exclusiva en varias materias. De igual forma, se incorporaron una serie de leyes orgánicas con rango constitucional, las cuales contaban con altos quórum para su modificación, por lo que, combinados con la sobrerrepresentación de la derecha en el congreso, sustraían temas relevantes de la discusión política democrática (Atria, 2013; Bassa, 2014).

Asimismo, se modifica el sistema electoral, generando el denominado “sistema binominal” que en la práctica permitió la exclusión permanente del Partido Comunista en el

congreso. El efecto más relevante del sistema binominal para este trabajo es que asegura y fortalece la representación política de las derechas en el congreso, al convertir los votos en escaños favoreciendo a las dos primeras listas.

En términos de las transformaciones del sistema de partidos, además de la exclusión del Partido Comunista, es importante señalar dos transformaciones de corte sociológico relevantes. Por una parte, sobre el tradicional clivaje clasista que ordenó el paisaje político chileno durante el periodo nacional-popular, se superpone el clivaje autoritarismo-democracia. Del lado del autoritarismo se concentran los partidos de derecha, mientras del lado de la democracia se encuentra una particular alianza entre la izquierda socialista, representada por el Partido Socialista (PS) y una parte del Partido Por la Democracia (PPD), el centro radical (PRSD) y el centro demócratacristiano (PDC).

En los comienzos del periodo democrático, la derecha se posicionó con claridad como defensora del legado dictatorial, particularmente el partido Unión Demócrata Independiente, mientras Renovación Nacional tuvo mayor disposición a la generación de acuerdos con el gobierno democrático, parapetados sobre la serie de mecanismos antes descritos. De allí que durante la década de 1990 sea posible identificar al sector como un atavismo autoritario, con una actitud ambigua frente a la democracia, de la que participan principalmente en términos instrumentales (Garretón, 2000). Su vinculación con el autoritarismo llevó a que analistas como Manuel y Roberto Garretón calificaran a la UDI como un enclave autoritario de tipo actoral (Garretón & Garretón, 2010). Más allá de las distintas disposiciones frente a los gobiernos de la concertación a lo largo de las dos décadas que dicha coalición gobernó, los partidos de derecha compartieron a) la defensa del núcleo institucional de la dictadura, expresado en la constitución de 1980, b) la defensa del modelo y las políticas de corte neoliberales y c) la oposición a políticas de corte redistributivo impulsadas por la coalición de centroizquierda, cuestión particularmente crítica en ámbitos como salud, educación o trabajo.

Durante la década de 1990, el peso de cada partido sufrió una importante transformación. Si al comenzar el periodo democrático RN concentraba la mayor parte de la votación de derecha, la UDI se consagra a fines de esa década como la principal fuerza política de derecha, al punto de ser el partido más votado del país. Para lograrlo, la UDI

utilizó la red construida durante la dictadura por fuera del *core constituencies* tradicional, en un partido que, a diferencia de Renovación Nacional, contaba con un importante número de militantes de distintas extracciones sociales, una cúpula partidaria fuertemente cohesionada en términos ideológicos, formada en universidades católicas y pertenecientes a las clases dominantes, lo que llevó a Joignant y Navia a catalogar a este partido como una organización de tipo “leninista”, al ser un partido de masas en sus bases pero dirigido por un núcleo duro de cuadros (Joignant & Navia, 2003). Además, la UDI contó con la mística gremialista, su particular mesianismo que, como señala el historiador Víctor Muñoz Tamayo (2016), da forma a la cultura política del partido. De este modo, pese a no tener el gobierno, la derecha contó con una fuerte capacidad de veto en el congreso, defendiendo las transformaciones e ideas impulsadas durante la dictadura por el núcleo Chicago-gremialista.

Mientras la UDI se fortalecía electoralmente, al punto que su candidato presidencial en 1999 estuvo a pocos votos de ganarle al candidato de la centroizquierda, Renovación Nacional vivía una serie de ásperas disputas internas, con el declive del liderazgo de Andrés Allamand y la salida del partido de uno de sus líderes históricos, Sergio Onofre Jarpa. Estos conflictos se insertan en una estructura orgánica que contrasta de forma nítida con la UDI. Como señalan Barozet y Aubry (2005), Renovación Nacional se caracteriza por tener una amplia estructura territorial, pero con baja institucionalización, donde predominan los liderazgos personalistas, la baja profesionalización y un débil anclaje social. Además, se trata de un partido de corte instrumental, profesional-electoral y pragmático, donde los conflictos obedecen a problemas contingentes y no a diferencias ideológicas y/o programáticas. Aquello se relaciona sobre todo con una construcción identitaria e ideológica “negativa”.

En la década del 2000, la derecha vivirá una progresiva moderación programática, en un proceso de creciente convergencia con la coalición de centroizquierda (Gamboa, López, & Baeza, 2013). Además, irrumpe Sebastián Piñera como principal liderazgo del sector, quien se aproximará a temáticas de corte liberal como la adopción homoparental. Asimismo, este liderazgo intentará marcar algunas distancias simbólicas -no ideológicas- respecto de la dictadura, especialmente en lo referido a las violaciones sistemáticas de los

Derechos Humanos (Siavelis, 2014). Dicha irrupción culminará con el triunfo de Sebastián Piñera en las elecciones presidenciales de 2009, permitiendo a la derecha acceder al ejecutivo luego de dos décadas de gobiernos de centroizquierda. Además, este triunfo representa el retorno al gobierno por la vía democrática desde la elección de Jorge Alessandri, en una de las pocas elecciones que la derecha logró ganar durante el periodo nacional-popular.

Los cuatro años de gobierno de Sebastián Piñera estarán marcados por un predominio de la UDI en el gobierno, pese a que el presidente viniera de Renovación Nacional, en los últimos estertores del núcleo hegemónico Chicago-gremialista que, en términos gruesos, entregó las orientaciones ideológicas que orientaron al conjunto de la derecha en las dos primeras décadas de democracia. Este predominio se asoció con las enormes dificultades que encontró la “nueva forma de gobernar” en la gestión política del gobierno, las que se agravaron cuando el conflicto estudiantil irrumpió (Varas, 2013).

Como ha señalado Manuel Antonio Garretón, las movilizaciones estudiantiles del año 2011 marcan un hito relevante en la relación entre política y sociedad, en tanto por primera vez un proyecto refundacional emerge desde la sociedad civil, sin una expresión o instrumento político (Garretón, 2016). La fuerte y exitosa politización de la desigualdad que producen un conjunto de movimientos y movilizaciones sociales (Donoso & von Bülow, 2017) en los dos primeros años del gobierno de Sebastián Piñera serán difíciles de procesar para la derecha. En concreto, el proyecto refundacional que emerge de las movilizaciones implica un cuestionamiento directo no solo a la desigualdad (y por lo tanto a las bases de sustentación de la reproducción de las clases dominantes), sino al conjunto de la herencia de la dictadura en términos institucionales y socioeconómicos (Garretón, 2014), afectando su identidad política e ideológica, abriendo una importante crisis de legitimidad del orden político y social.

De este modo, la coyuntura crítica de 2011 amenaza al núcleo hegemónico de la derecha. Parte de aquello se refleja en un proceso de reflexión ideológica y proyectual que se desarrolla al interior tanto de los partidos como en los *Think tanks*, espacios que autoras como Stéphanie Alenda (2016) identifican como cada vez más relevantes en el entorno partidario de las derechas. Concluido el primer mandato de Sebastián Piñera, durante el

segundo gobierno de Michelle Bachelet, estos centros de pensamiento, así como los partidos, intentarán elaborar un diagnóstico tanto sobre el país como sobre el estado de la coalición, lo que se manifiesta en un aumento de la producción editorial durante el periodo, tal como lo han documentado de manera prolífica Alenda, Gartenlaub y Fischer (2020).

Asimismo, durante este periodo surgirá un nuevo partido, Evópoli, el cuál ha sido caracterizado como un partido de centroderecha situado dentro de los denominados “temas postmateriales” con posiciones más liberales y solidarias, abordando temas con escaso espacio dentro de la coalición, pero sin amenazar el núcleo de creencias del resto de los partidos, por lo que Alenda, Le Foulon y Del Hoyo (2020) lo han caracterizado parcialmente como un partido “de lo nuevo” (pág. 185). En línea con esta caracterización, la tesis doctoral de Andrea Gartenlaub, sustentada en un importante trabajo empírico, reconoce en la confrontación generacional una importante variable explicativa de las principales mutaciones políticas del sector (Gartenlaub, 2018). Este diagnóstico “generacional” ha sido utilizado para explicar la emergencia de nuevos grupos políticos a ambos lados del espectro por el cientista político Cristóbal Bellolio, en una tesis que recupera las teorías tradicionales de renovación de las élites (Bellolio, 2019). Como ya se ha señalado, pese a reconocer la importancia de estas variables, este trabajo busca proponer un marco explicativo alternativo.

Otra transformación importante es la emergencia desde 2016 de otro movimiento de derecha que posteriormente se transformará en partido, el grupo denominado “Acción republicana” (actual Partido Republicano). Este movimiento surge a partir de una doble crítica a la UDI. Por una parte, la falta de disciplina y proactividad frente a los escándalos de financiamiento a la política que afectaron particularmente al partido. Por otra, a la pérdida de coherencia ideológica en el partido. Algunos autores como Cristóbal Rovira han puesto especial atención en este grupo, analizando el impacto que tendrá la emergencia de este sector sobre la estructura de oportunidades de la derecha, recurriendo para ello a literatura sobre la extrema derecha radical europea (Rovira, 2019). Más allá de estas características, se trata de un grupo surgido desde el núcleo tradicional del gremialismo, contando con dirigentes históricos de este grupo como Ignacio Astete, Gonzalo Rojas

Sánchez o Javier Leturia, de forma que se trata ante todo de un partido “purificador” (Lucardie, 2000).

En grandes líneas, este era el mapa en que se estructuraba la derecha al comenzar el segundo gobierno de Sebastián Piñera. Este gobierno, a diferencia del anterior, partía de una crítica profunda a las reformas impulsadas por Bachelet, las cuáles intentaron hacer eco de las demandas por transformaciones en el modelo socioeconómico y la herencia institucional de la dictadura, aunque con grandes dificultades producto de la resistencia articulada por parte de la derecha y sectores del oficialismo. Como ha señalado Rovira (2020), la derecha asumió su triunfo como una crítica al programa reformista, por lo que buena parte del primer momento de su gestión estuvo orientada a morigerar los efectos redistributivos y reguladores de los mercados que introdujo el gobierno de la presidenta Bachelet, pese a no contar con mayoría en el congreso, situación especialmente problemática si se considera la irrupción de nuevas fuerzas políticas (en parte gracias a modificaciones en el sistema electoral) que contribuyen a una mayor fragmentación y polarización ideológica del sistema de partidos (Bunker, 2018).

En este marco se insertaba la derecha cuando las protestas de octubre de 2019 modificaron nuevamente los términos del debate político, instalando una vez más el problema de la desigualdad y la legitimidad del sistema político. Particularmente relevante fue la crítica a dos de las principales obras del Chicago-gremialismo: el sistema de AFP y la constitución de 1980. Esta nueva coyuntura crítica acentuará algunos elementos que ya se venían incubando con anterioridad al interior de la derecha, especialmente desde la coyuntura crítica de 2011, agudizando las tensiones y diferencias internas, particularmente en lo referido a las estrategias de adaptación, resistencia y/u ofensiva frente al contexto de politización de la desigualdad y la crisis de legitimidad del sistema político chileno. Especialmente relevantes son las posiciones de “nuevos grupos” que parecen intentar dar respuestas a la crisis que enfrenta la derecha, siendo gatilladores de buena parte de las tensiones que atraviesan al sector. *Grosso modo*, dichos grupos se pueden identificar en la denominada “derecha social” de Renovación Nacional y en el Partido Evolución Política (Evópoli).

Capítulo IV. El orgullo de ser de derecha: Evópoli como respuesta ofensiva.

*“No hay razón para suicidarse (...)
Nadie nos va a arrebatar lo que es nuestro
¿No están, en este cuarto, el poder político de bahía,
la administración de bahía, la justicia de bahía,
el periodismo de bahía? ¿No están aquí la mayoría de las tierras,
de los bienes, de los rebaños de bahía?”*
Mario Vargas Llosa

Luego de veinte años en la oposición, la derecha chilena retornaba al poder ejecutivo el año 2010, de la mano de Sebastián Piñera. Con una campaña electoral marcada por la eficiencia en la gestión, pese a las protestas de los partidos políticos, no resultó extraño que el personal reclutado para la administración de las diferentes reparticiones del Estado, partiendo por los ministerios, viniera principalmente del mundo empresarial, con un sello tecnocrático. Así, entre empresarios, gerentes y miembros de los *Think tanks* de derecha, la administración del Estado recayó principalmente entre independientes.

Entre los nuevos ministros, destacó Felipe Kast. Hijo de Miguel Kast, exministro de planificación de la dictadura, asumió el mismo cargo que su padre en un contexto marcado por el terremoto de 2010 y la necesidad de reconstrucción. Dos años después, junto a un grupo de funcionarios de gobierno, fundaría el movimiento Evolución Política. De ahí en adelante, la organización crecería, llegando a convertirse en partido político el año 2016 e integrando la nueva alianza derechista Chile Vamos, compuesta por los partidos tradicionales del sector y renombrada por la incorporación de un nuevo socio. La nueva alianza triunfará en las elecciones presidenciales de 2017 y, con ella, varios de los dirigentes de Evópoli volverían al ejecutivo, esta vez como militantes de un partido y asumiendo cargos relevantes dentro del gabinete ministerial.

¿Cómo se forjó este nuevo actor de derecha? Este capítulo entrega una respuesta posible para la emergencia de este actor y su particular configuración. Para ello, en primer lugar, un elemento central es la búsqueda por responder a lo que los actores denominan las “nuevas preguntas” que se abren a partir de las movilizaciones estudiantiles de 2011. En segundo lugar, la disponibilidad de cuadros técnicos y un núcleo social fuertemente

identificado con la derecha proveniente de las clases altas que viven un rápido proceso de politización. En tercer término, la fuerte cohesión de los cuadros que dan origen al partido y lo sostienen. Finalmente, se describen sus principales características proyectuales.

A. Las “nuevas preguntas”.

La búsqueda por construir nuevos referentes era un fantasma que rondaba entre los círculos derechistas desde mediados de la década de 2000. Como ha planteado Peter Siavellis, el sector fue paulatinamente tomando distancia de la dictadura militar, con el objetivo de volverse electoralmente competitivo, generando cambios tácticos en sus posicionamientos que le permitieron apartarse en temas especialmente críticos como el reconocimiento de las violaciones a los Derechos Humanos o la propia caracterización de la dictadura como tal. Pese a dicho desplazamiento táctico, las credenciales democrático-liberales de la derecha no tenían una clara expresión política, más allá de ciertos liderazgos –como el propio Sebastián Piñera–, puesto que los principales cuadros de los partidos del sector tenían trayectorias vinculadas con la dictadura, además de haber surgidos como herencias dictatoriales, con los matices propios de cada trayectoria particular. Un elemento particularmente gráfico al respecto son las referencias al golpe militar inscritas en las declaraciones de principios tanto de Renovación Nacional como de la Unión Demócrata Independiente.

El interés por organizar un referente político desvinculado de la dictadura –pero comprometido con las políticas neoliberales de la misma– no logró cuajar en alguna expresión orgánica, pese a los intentos de constituir referentes políticos como Red Liberal o Independientes en Red, espacios informales que buscaron articular independientes de derecha sin trayectorias vinculadas a la dictadura. Una voz relevante en ese trayecto fue el ministro del Interior de Sebastián Piñera, Rodrigo Hinzpeter, militante de Renovación Nacional que buscó la emergencia de una “nueva derecha”, invitando en esa reflexión a jóvenes como Hernán Larraín Matte -hijo de un importante dirigente UDI, convencional constituyente y expresidente de Evópoli-, incorporándolos a las labores de gobierno.

Estaba trabajando en la campaña de Sebastián Piñera. Rodrigo Hinzpeter me invitó a conversar, había leído el artículo y me preguntó, un poquitito, cómo yo veía esa campaña, eh, y le interesó que yo cola, colaborara y se creó como un departamento

de comunicación, marketing y, que me tocó coordinar (...) conocí a Rodrigo Hinzpeter, a Ignacio Rivadeneira y al propio Sebastián Piñera. Colaboré con ellos un año, eh. Gana Sebastián Piñera, me invita a trabajar con él al segundo piso (Hernán Larraín Matte)

Sin embargo, todos esos intentos de un modo u otro fueron frustrados, especialmente por su dificultad en encontrar una expresión orgánica. En palabras de Hernán Larraín Matte, se trataba de una discusión “de salón”, sin capacidad de acción política ni convocatoria.

Como él, cuadros técnicos –vinculados a los *Think tanks* tradicionales de la derecha– y empresariales, varios de ellos jóvenes sin mayor experiencia en política, se sumarían en cargos de distintas relevancias, desde ministerios a espacios de asesorías, influyendo en áreas particularmente relevantes tanto de la dirección política del gobierno como en la implementación de políticas públicas.

En Libertad y Desarrollo, bueno, Cristián Larroulet fue el jefe programático de, de la campaña de Piñera I y, y me pidió ayuda en la elaboración del programa de gobierno. Y ahí, ya empecé a meterme más en un, eh, trabajo, eh, más, más político, quizá no partidista, pero más político que, que era la elaboración de un programa de gobierno. Y cuando Cristian Larroulet asume como ministro secretario general de la presidencia en Piñera I, eh, me lleva de jefe de gabinete y después asumo como jefe de estudios (Gonzalo Blumel, exministro de Interior)

Yo fui gerente de ES BIO (...) y a eso se sumó el terremoto. Al presidente Piñera, lo conocía, porque había trabajado en LAN y él era director en LAN. Cuando fue el terremoto, yo estaba a cargo de, de resolver el tema del agua, sobre todo en el tema de Talcahuano,. Y él fue a visitar, después, cuando ya estaba de presidente, fue a visitar Talcahuano y dijo una cantidad de cosas, respecto de cómo se debía resolver el problema. Entonces, yo lo llamé, pensando que, eh, que, que no me iba a contestar, que habría cambiado el teléfono, que cómo iba a tener el mismo teléfono, y me contestó y de ahí, yo lo empecé a retar, porque la tensión y los nervios de hablar con el presidente, lo empecé a retar (...) Y, y él me preguntó oiga y usted estaría pal servicio público (Pedro Pablo Errázuriz, exministro de Transporte)

Ahora bien, luego de un año de gestión exitosa, el gobierno de Sebastián Piñera enfrentó una serie de movilizaciones sociales. Comenzando con movimientos ambientalistas, el segundo año de gestión estuvo marcado por la irrupción de distintos movimientos sociales de carácter contencioso, capaces de politizar la desigualdad (Donoso & von Bülow, 2017). Particularmente relevante fue la irrupción del movimiento estudiantil, cuya demanda por educación pública y gratuita remeció la arena política, desatando una crisis gubernamental que rápidamente provocó el ingreso de “los políticos” al gobierno, es decir, se produce un desplazamiento de los cuadros independientes y tecnocráticos para incorporar a cuadros relevantes de los partidos políticos de derecha tradicionales, caracterizados por haber tenido puestos de dirección en sus organizaciones y/o desempeñar cargos de representación popular en el pasado. Así, para el entonces joven y desconocido asesor de la SEGPRES Gonzalo Blumel:

Hay dos cambios de gabinete, fundamentales, en el gobierno del presidente Piñera I: en enero del 2011 y en julio del 2011, cuando entran los políticos, entre comillas. Entra primero, eh, la Evelyn Matthei con Andrés Allamand y después entra Andrés Chadwick con Pablo Longueira. En el fondo entran 4 pesos pesados, digamos, o, o panzers de la política, eh, al gobierno, para darle mayor conducción y mayor capacidad política. Porque, cuando uno habla de capacidad política, uno pensaría fundamentalmente, en dos cosas: uno, capacidad de articulación, de conducción, eh, ordenar y cohesionar a los propios y, dos, eh, tener una mirada política, una interpretación de las cosas, tener capacidad de, de procesar, digamos, lo que está pasando en la sociedad y darle un cauce. Eh, y eso, obviamente, el 2010, con un gabinete y un equipo de gobierno muy tecnocrático, obviamente, era imposible. O sea, la desconexión de la realidad y la total incapacidad de darle una conducción relativamente cohesionada a la colación de gobierno, eh, era, era muy fuerte, digamos. Y eso empieza a cambiar cuando entran los políticos, digamos, pero lo, los políticos profesionales, si bien tenían mucha capacidad en lo primero, no eran tan versados en lo segundo (Gonzalo Blumel, exministro de interior)

Más allá del desplazamiento de los cuadros mencionados, el impacto de la coyuntura crítica de 2011 operó como un catalizador en la inconclusa búsqueda por construir un nuevo espacio político al interior de la derecha.

2011 fue un año (...) un año muy potente, porque cambiaron todas las preguntas, ah. El movimiento estudiantil, eh, generó un, un, un, un antes y un después respecto de lo que estábamos, eh, conversando en Chile y, y, y sin duda, visto en perspectiva, fue uno de los puntos de inflexión para poder entender, políticamente, hacia donde fuimos moviéndonos como país. Ehm, y eso, y ese 2011, generó en varios de nosotros (...) Eh, un diagnóstico, que fue decir el proyecto de centro derecha, de la transición, tuvo la posibilidad de ser gobierno y todo y todo, digamos, pero da la impresión de que aquí hay una nueva generación que está haciéndose otras preguntas. Que, que, que da por hecha la democracia y está hablando de derechos sociales, está hablando de nueva constitución, está hablando de fin al lucro. Y sentíamos que habían pocas herramientas políticas e intelectuales, en nuestro sector, para responder a esa, a esas preguntas que estaban surgiendo desde los movimientos sociales (Hernán Larraín Matte).

En la derecha, las interpretaciones fueron bastante pobres, bastante mezquinas y los pocos libros que salieron eran más bien, o apelaban más bien a una suerte, como de razón económica para poder justificar el movimiento estudiantil (...) y ahí se provoca un debate muy fuerte. Y eso, en parte explica el nacimiento de Evópoli, porque Evópoli que es un movimiento, Evópoli es ante todo un conjunto de ideas. Evópoli nace como un movimiento que tiene una declaración de principios fundacional y tiene un cuerpo coherente de ideas, eh, para darle sustento a la acción de Evópoli (Gonzalo Blumel).

En ese sentido, tal como plantean los actores, las movilizaciones de 2011 generan la necesidad de responder ante las nuevas demandas que surgen de la sociedad. Por lo mismo, un primer paso en la dirección para construir esa respuesta fue la formación del centro de estudios Horizontal, un *think tanks* que reunió a varios asesores del gobierno, en gran medida enfocados en elaborar una respuesta programática e ideológica a la agenda

estudiantil. De allí surgirán propuestas como “los niños primero”, enfocadas en defender la focalización del gasto frente al impulso de políticas de corte universalista.

O sea, mientras todo el mundo hablaba de la educación superior, gratuidad, nosotros decíamos "eh, eh, eh, aquí hay otro grupo", imagínate que son los niños, preocupémonos de esa educación, porque ahí, estos recursos que tú estai diciendo a gallos que son inteligentes, quiénes van a la educación superior, los que tienen plata pa pagarse las universidades. O sea, no estamos ayudando realmente a quien... Pero este otro grupo de acá, si invertimos acá, créeme que lo otro se va a dar automático. Entonces empezamos a dar una pelea ideológica (Luz Poblete)

Pero el efecto de la coyuntura, atravesada por las debilidades políticas de la derecha, al cambiar las preguntas, instala la necesidad de responder políticamente a ellas. Lejos de limitarse a la gestación de un espacio intelectual, se instala un mandato de acción frente a la crisis del proyecto Chicago-gremialista, incapaz de impulsar una respuesta política. Para un núcleo de cuadros atravesados por la experiencia del gobierno, ese mandato de acción necesitaba reafirmar al sector sin complejos, aportando a la diversidad del sector sin rupturas radicales. Como plantea su principal líder “entonces, siempre como que había al principio, en el discurso de la nueva derecha el complejo de ser de centro derecha, más que la convicción de que necesitamos una centroderecha distinta” (Felipe Kast).

Para concretar ese mandato, el liderazgo de Felipe Kast jugó un rol central. Así, más allá del centro de estudios, logró reclutar a los actores del mundo empresarial y los cuadros tecnocráticos que participaban del gobierno para fundar el 12 de diciembre de 2012 el movimiento político Evópoli con dos desafíos a la vista. El primero, ya descrito, proveer una interpretación y una respuesta desde la derecha a la creciente conflictividad social. El segundo, constituirse en la proyección del gobierno de Piñera, marcado por la necesidad de dicho segmento de influir políticamente como actividad específica y diferenciada de otros ámbitos. Por lo mismo, se puede afirmar que se trata de un sector que vive un agudo proceso de politización de la mano de la experiencia gubernamental y la crisis del chicago-gremialismo.

Ahora bien, la unidad y las características de la respuesta, así como su desarrollo posterior en ese mismo marco de unidad, requiere algunas referencias a las características sociológicas del núcleo fundante y su relación con el Estado.

B. Un partido unificado y ligado al *core constituencies* derechista.

Como se ha insistido, la experiencia del primer gobierno de Sebastián Piñera atraviesa de forma decisiva al núcleo fundador y conductor del partido. Ahora bien, dicho núcleo no solo comparte la experiencia de gobierno. Junto con una sólida unidad programática -más allá de ciertas diferencias tácticas-, comparten orígenes sociales.

Una breve observación sobre las principales dirigencias del partido muestra una nítida pertenencia a los grupos que definen el *core constituencies* de la derecha. De los seis presidentes que ha tenido el partido, tres son empresarios, cuatro pertenecen a familias relevantes o con raíces en la derecha chilena y tres estudiaron en la Pontificia Universidad Católica, siendo cercanos al Movimiento Gremial, organización política fundada por Jaime Guzmán. La situación se repite al observar los ministros que el partido ha tenido en los distintos gobiernos de Sebastián Piñera. De un total de siete, seis estudiaron en la Universidad Católica, dos son empresarios, seis son de familias importantes de la derecha chilena y tres de ellos están vinculados a *think tanks* cercanos al núcleo Chicago-gremialista, tales como Fundación Jaime Guzmán y el Instituto Libertad y Desarrollo.

Asimismo, el análisis del desempeño electoral del partido muestra buenos resultados en lugares y distritos usualmente vinculados con la derecha chilena. De los seis diputados militantes de Evópoli, uno de ellos es representante del distrito 11 –donde se concentran las comunas más ricas del país– y dos representan al distrito 23, en la región de la Araucanía, bastión histórico de la derecha. El único senador del partido es representante de la región antes mencionada y la única alcaldesa fue electa en Vitacura, una comuna perteneciente al distrito 11.

Se trata de un partido fuertemente relacionado con el *core constituencies* de la derecha. Más allá de las consideraciones descriptivas, las dirigencias del partido mantienen canales permanentes de diálogo con actores empresariales y tecnócratas vinculados a ideas neoliberales. En ello juega un rol fundamental el *think tanks* que antecede la fundación del partido, Horizontal. A través de él logran vehiculizar esa relación pues, por una parte, se

constituye en un espacio para reclutar militantes que se integran a las élites partidarias y, por otra, permite a los sectores sociales antes descritos influir en la toma de decisiones y definiciones de políticas públicas del partido.

Amigos me invitaron a participar en algo que lo encontré muy entretenido, en la Fundación Horizontal y que era una especie de consejo que tenían ahí para desarrollar liderazgos en, en las universidades (...) ahí me empecé a, a meter en este tema, eh, como asesor, después le fui dedicando más tiempo. Y después, en algún momento, eh, en esa, eh, cuento, conocí a Felipe Kast, conocí a Hernán Larraín, conocí a toda la gente que estaba en eso (Ítalo Zunino)

Lejos de ser un resultado fortuito, esta fuerte identificación con las bases sociales tradicionales de la derecha es el resultado de una estrategia, basada en un doble déficit en el sector. Por una parte, la incapacidad de responder desde la derecha y “con orgullo” –al decir de Felipe Kast– a la nueva coyuntura. Por otra, la dificultad de los referentes partidarios para reclutar a una franja de electores de derecha y centro derecha que no se identifican con sus referentes partidarios, especialmente por su vínculo con la dictadura, pero comparten los elementos programáticos del sector. Esa franja se compone principalmente de profesionales de altos ingresos y empresarios, los que fueron reclutados activamente.

Me tocó conocer a Jorge Saint Jean, porque en ese entonces era el presidente del partido. Eh, yo estaba ahí, eh, porque tenía muchas ganas, tenía mucho compromiso y quería dedicarme a la política y quería dedicarme, además, desde un partido que no tuviera el rollo de, eh, del sí y el no, de la dictadura o del pronunciamiento, eh, si no fue tan malo el golpe militar, y que, y que la verdad es que Pinochet mató a poca gente y toda esa típicas idioteces que a mí, no vienen conmigo, para nada (Francisco Undurraga).

El año 2016, Felipe convoca a, por lo menos, 100 profesionales, a que, de derecha, por supuesto, simpatizantes, sin, sin obligación de militar ni mucho menos, a que nos ayudáramos a pensar, a cuidar este, este, esta, este nuevo espacio que se estaba abriendo en la derecha, una derecha de centro y una derecha liberal (Luz Poblete).

Dicha estrategia se vio favorecida, en el análisis de los actores, por el desplazamiento de la Democracia Cristiana en el espectro político. En su interpretación, aquello generó un espacio para un actor político con credenciales democráticas y defensor de las políticas liberales en materia económica. El acercamiento al Partido Comunista, así como el agotamiento propio de la Concertación –cuestión central para entender el triunfo de Piñera en 2009–, abrirían un espacio nítido de crecimiento hacia el centro, sin dejar de defender las ideas centrales de la coalición en materia socioeconómica³. Tal como señalan en su manifiesto fundacional:

Este movimiento, si bien no desconoce su cercanía con el gobierno actual, aspira a convocar una representación más amplia. En un ambiente político más fluido hay espacio para reordenar el espectro político tradicional. Chile ha vivido durante gran parte de su historia democrática un clima polarizado. Los actuales partidos están todavía fuertemente marcados por esa historia. [...] hay un importante espacio político que no es cubierto por los dos partidos de la coalición, es decir hay votantes que se dejan convencer por los candidatos presidenciales de la coalición pero no por sus partidos (Evópoli, 2012)

Por lo mismo, el partido posee una clara orientación programática e ideológica, basado en una fuerte unidad interna. Los propios actores señalan que, lejos de querer ser un partido grande, buscan ser un partido “influyente” y con ideas claras. Para ello, han buscado construir un partido cohesionado y coherente programáticamente, cuestión que aparece como una característica distintiva del partido

Lo que sí teníamos mucha claridad es que creíamos en un conjunto de ideas, que es el liberalismo clásico, es muy antiguo, ni siquiera nosotros lo estábamos inventando. Y ese conjunto de ideas era las que íbamos a llevar a un partido político que fuese predecible. O sea, que cualquier militante, más o menos, supiera que estaba votando por este conjunto de ideas (Felipe Kast).

³ Es ilustrativo de este análisis que 4 de los entrevistados señalarán haber votado por Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

Estamos construyendo un partido con bases sólidas, de largo aliento. El proyecto de 20 años plazo sigue, no te digo, y no quiero crecer rápido, o sea, no nos interesa crecer inorgánicamente, preferimos seguir siendo fieles a que la gente, cuando vote por Evópoli, sepa por quien está votando, aunque seamos menos. Pero no estamos vueltos locos con ser 40 diputados, con ser 20 diputados, no nos interesa. Nos interesa que los militantes de Evópoli, cuando voten por Evópoli, digan ellos votan como yo creí que iban a votar, me interpretan (Felipe Kast)

No nos importa ser los más grandes, pero sí nos importa los más trascendentales. Tener una opinión clara, tener una línea clara, tener nuestros principios claros. Y, y creo que va muy de la mano con lo que hemos hecho y, y es porque tenemos una visión de futuro (María Ignacia Galilea)

Así, junto a la unidad sociológica, el núcleo dirigente posee una fuerte unidad ideológica, basada en un particular diagnóstico sobre la estructura de oportunidades y los desafíos de su sector que le permite constituirse como una respuesta ofensiva. Para ello, también han construido una importante estructura partidaria, compuesta por 20.062 personas de todas las regiones del país, logrando constituirse como partido nacional.

Pese a ello, se trata de un partido donde la acción política se encuentra concentrada en sus dirigentes. De allí que sea posible afirmar que su relación con el Estado y la sociedad se asemeja más a la que caracteriza a los partidos de notables, con una relación fluida con una base social reducida y donde, pese a los incentivos, no predomina la adaptación programática en aras de reproducirse en el Estado. Sin embargo, una conclusión de este tipo requiere continuar investigaciones que profundicen en las dinámicas internas de la militancia en el partido.

Por ello, es posible afirmar que el partido Evópoli emerge como una respuesta ofensiva. Lejos de morigerar sus planteamientos, sus cuadros buscan constituir un espacio capaz de responder a los nuevos desafíos, contribuyendo a diversificar la oferta política de su sector y asegurar al electorado. En palabras de los propios actores

Lo importante es que podamos mostrar la generación de esta tercera fuerza no como suma cero, sino como una nueva tienda que le pueda dar espacio a gente que quiere

tener un nuevo proyecto político: con experiencia de gobierno, liberal y de corte generacional. Aquí habemos (sic) personas que no vivimos la dictadura y que sentimos que tenemos algo que decir (Felipe Kast en La Tercera, 2013).

C. El *aggiornamento* proyectual de Evópoli

¿Qué caracteriza, en términos proyectuales, a Evópoli? Hasta ahora se han hecho referencias a su trayectoria y formación, sin especificar sus características diferenciales en términos de proyecto, en gran medida puesto que sus contenidos se encuentran íntimamente ligados a su propia trayectoria.

En sus orígenes, como respuesta a las movilizaciones estudiantiles de 2011-2012, tanto el centro de estudios Horizontal como el movimiento emergente “Evópoli” enarbolaron la consigna de “los niños primero en la fila”. De esta manera buscaban promover la focalización del gasto público en la primera infancia, específicamente en fortalecer la provisión de educación pre-escolar, ampliando la cobertura del sistema. Más allá de los mecanismos concretos que se articulan en la propuesta, su relevancia emerge en tanto se contraponen a las demandas estudiantiles. Así, mientras las movilizaciones sociales clamaban por la universalización de los derechos sociales, particularmente en lo referido a la educación universitaria.

La primera publicación que se lee de Evópoli en la prensa nacional (...) era los niños primero, pero era como que ningún niño, que ningún niño, eh, al final te explicaba en tres líneas como que, que tu cuna no marque tu destino. Y esto fue el 2012, y el 2011 teníamos a millones y millones de estudiantes marchando por, eh, la gratuidad. Entonces, ahí hay un poco como de, salirte un poco de lo común, como, por qué nosotros como un partido político tenemos (...) estamos levantando como nuestra gran bandera de lucha a los niños (María Ignacia Galilea).

(Yo fui) el único senador que votó en contra de la gratuidad en la educación superior, cosa que tú me digai compadre, eso es un crimen de lesa humanidad en política, porque perdís todos los votos, toda la wea. Sí, pero me van a perdonar, mientras no tengamos arreglado el tema con los niños y con los adultos mayores, yo no voy a destinar 5.000 millones de dólares a la educación superior. Me parece una inmoralidad (Felipe Kast).

Y nosotros sí teníamos relato, que eran los niños. O sea, mientras todo el mundo hablaba de la educación superior, gratuidad, nosotros decíamos "eh, eh, eh, aquí hay otro grupo", imagínate que son los niños, preocupémonos de esa educación, porque ahí, estos recursos que tú estai diciendo a gallos que son inteligentes, quiénes van a la educación superior, los que tienen plata pa pagarse las universidades. O sea, no estamos ayudando realmente a quien... Pero este otro grupo de acá, si invertimos acá, créeme que lo otro se va a dar automático. Entonces empezamos a dar una pelea ideológica, ideológica, que no se daba hace mucho tiempo en la derecha (Luz Poblete)

Aunque la posición se argumentó como una decisión basada en el cálculo propio de cualquier gestión política, atravesada por la necesidad de priorización, la consigna de “los niños primero” trasciende su significado y se ancla en una concepción de justicia de larga tradición en la derecha. La defensa de la focalización como principio de la acción estatal es la expresión en términos de políticas públicas de la particular interpretación de la subsidiariedad que ha caracterizado al núcleo Chicago-gremialista, basada en una noción de la solidaridad como preocupación por los más débiles y excluidos (Cristi, 2011).

Nuevamente, mi padre biológico hizo el primer mapa de la extrema pobreza en Chile. Su, su corta vida, porque murió con 34 años, la dedicó con una intensidad muy fuerte a los temas de pobreza y, y de hecho mucho de los planes sociales, eh, que, que se gestaron posteriormente fueron también trabajados por él. Entonces siempre vi la vinculación de la lucha contra la pobreza como un elemento sustancial de una centro derecha moderna. Eh, y, y de alguna manera, todo el relato, el relato de poder vivir en libertad y con dignidad tiene como condición básica el que no exista pobreza. O sea, la pobreza es un elemento que vulnera la dignidad y la libertad de las personas. Por lo tanto, si tú quieres, bajo cualquier punto de vista, está la lógica, y ahí está la diferencia muy fuerte contra la izquierda de creer que el Estado tiene que tener políticas igualitarias para todos, versus la política que creo, en lo personal, es el Estado tiene que ayudar más al que más lo necesita (Felipe Kast)

En dicha concepción, el problema de la pobreza se disocia de la desigualdad, la que incluso es reconocida como legítima. La pobreza, además de sus consecuencias económicas negativas, es un problema de justicia en tanto constituye una forma de restricción a los proyectos de vida individuales. Por su parte, la desigualdad en el discurso Evópoli se constituye como problema en la medida que genera limitaciones efectivas a dichos proyectos de vida. De allí que la provisión de bienes públicos en términos igualitarios sea combatida por una diferencia normativa, donde la desigualdad y la posibilidad de elección son los principios que orientan a Evópoli. Aquello ha sido particularmente crítico en el contexto de la pandemia que afecta a Chile desde marzo de 2020, pues en varias ocasiones se han opuesto a medidas de carácter universalista para enfrentar las consecuencias del confinamiento, especialmente desde el ministerio de Hacienda, dirigido por el militante y precandidato presidencial del partido, Ignacio Briones.

Dicha visión sobre la desigualdad y la posibilidad de elección, en oposición a las políticas de carácter universalista, se argumenta a partir de una visión en la que el mercado aparece como garantía de libertad y pluralismo. De allí que cualquier restricción a este atente, en última instancia, con la libertad. Este núcleo de creencias aproxima al partido Evópoli a las visiones predominantes dentro de la derecha en Chile. Particularmente ilustrativo fue el debate sobre educación escolar, también desarrollado durante el gobierno de Michelle Bachelet, donde líderes importantes del partido -como el mismo Ignacio Briones- se opusieron abiertamente a las políticas de regulación del cuasi mercado en educación, desarrollando estrategias concertadas con el resto de la derecha para enfrentar dichas políticas (Santa Cruz Grau & Rojas Roa, 2021).

Queremos decirlo en forma clara: se trata de una mala reforma. No solo es técnicamente incorrecta y basada en evidencia no conclusiva, sino que, y más importante aún, es injusta: vulnera la esencia de una sociedad de libertades y responsabilidades, fundada en un concepto de justicia, donde el mérito, la creatividad, el pluralismo y el esfuerzo son componentes clave en el guion que día a día van escribiendo millones de chilenos junto a sus familias (Jorge Acosta, Gonzalo Blumel, Antonio Horvath, Jorge Jaraquemada, Axel Kaiser, Luis Larraín y Hernán Larraín Matte en El Mercurio, 2014).

La educación con fines de lucro es la mayor fuente de educación laica no-estatal de nuestro sistema, y aporta sustancialmente a la diversidad de visiones educativas (Kast & Larraín Matte, 2014)

Ahora bien, más allá de compartir los principios económicos del núcleo Chicago-gremialista, Evópoli introduce algunas innovaciones en términos culturales dentro de la derecha. Pese a contar con una diversidad de posiciones en las denominadas materias “post materiales”, muchas de ellas contradictorias, el partido ha apoyado temas controvertidos para los grupos más conservadores de la derecha, tales como el matrimonio igualitario o la ley de identidad de género, al punto de generar ciertas controversias con el partido de derecha radical liderado por el tío de Felipe Kast.

No es desconocido para la ciudadanía que nosotros tenemos una postura en relación al matrimonio igualitario y vamos a hacer todos los esfuerzos posibles para poder consensuar una posición al interior de la coalición y del Parlamento y ver cómo agilizar ese proyecto de ley (...) A mí me gustaría que el matrimonio igualitario fuera ley en el próximo gobierno, evidentemente (Francisco Undurraga en La Tercera, 2018)

Pese a ello, en temas como el aborto o la paridad de género de cara al proceso constituyente, Evópoli ha tenido posiciones contradictorias en su interior o bien ha rechazado dichas agendas, coincidiendo con los actores conservadores de la derecha.

Capítulo V. La respuesta adaptativa: La emergencia de la “derecha social” en Renovación Nacional.

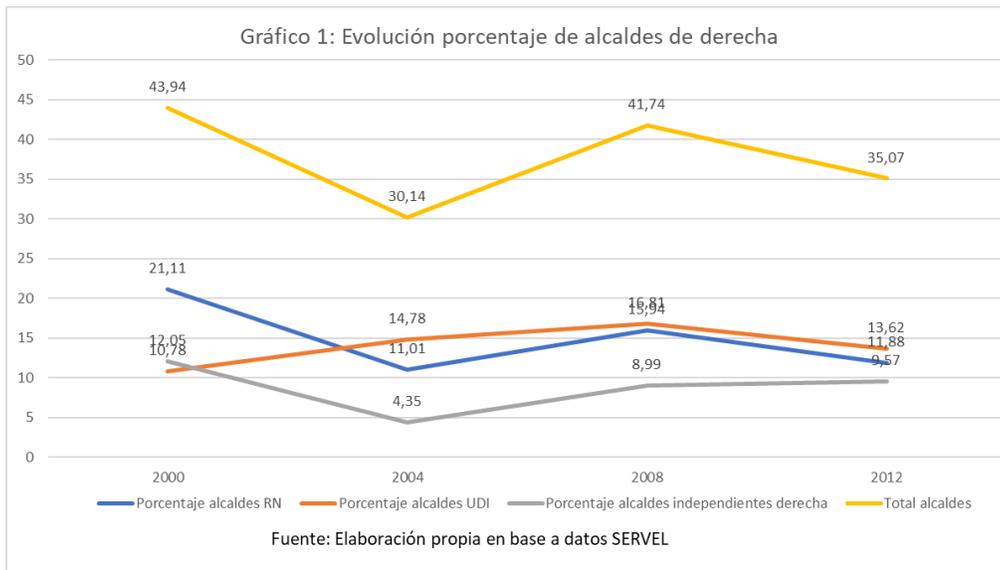
Los orígenes de la denominada “derecha social” al interior de Renovación Nacional se remontan al año 2012, cuando en medio de las movilizaciones estudiantiles un carismático alcalde de Puente Alto, Manuel José Ossandón, militante de dicho partido oficialista, criticaba la conducción del gobierno frente al conflicto estudiantil. El conflicto entre el ejecutivo y el alcalde crecería y se consolidaría con el resultado de las elecciones municipales de ese año y el posterior resultado en las presidenciales y parlamentarias de 2013, abriendo un camino de no retorno para la transformación de Renovación Nacional.

¿Cómo el conflicto entre un alcalde y el gobierno desencadena la emergencia de un nuevo sector de la derecha en Chile? Para comprender el derrotero que da origen a la derecha social como una respuesta adaptativa ante la crisis de legitimidad, hay considerar, en primer lugar, las claves de las derrotas electorales de 2012 y 2013 para la derecha. En segundo lugar, las características de la relación del partido Renovación Nacional con el Estado y la sociedad. En tercer lugar, las características de la vida interna del partido. Finalmente, se caracteriza el inconcluso camino de formación de un proyecto político diferencial. Este capítulo es un esfuerzo por sumergirse en los senderos que explican la emergencia de la “derecha social”.

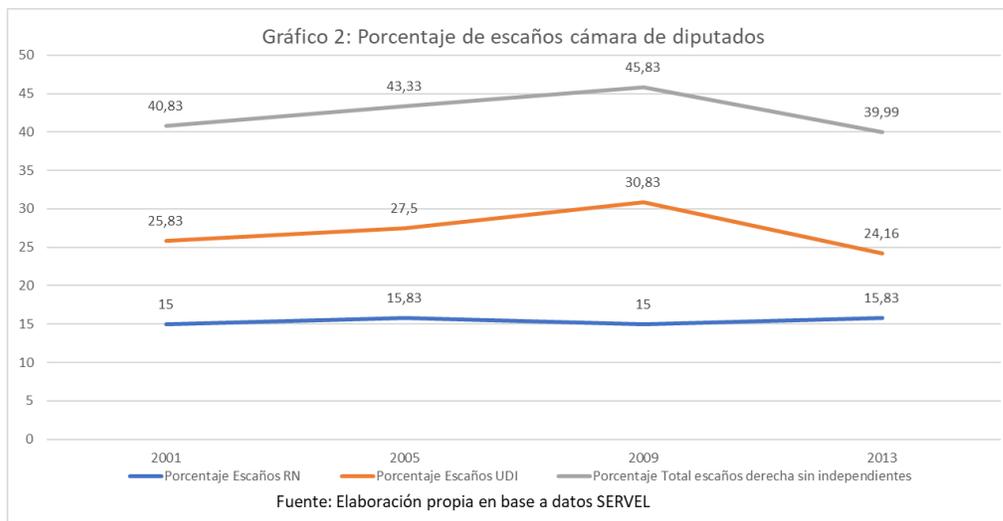
A. La debacle electoral de 2012-2013.

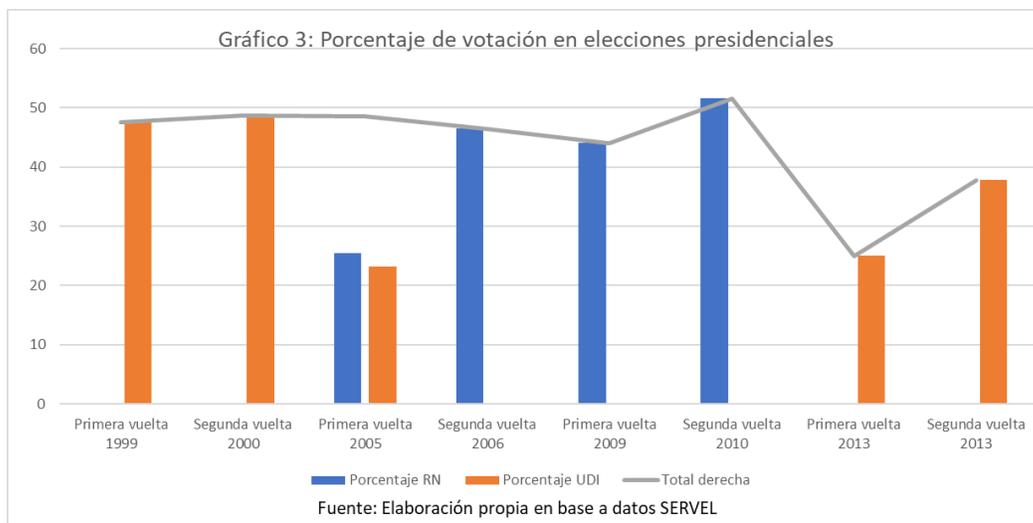
Las elecciones municipales de 2012 marcan un revés importante en una serie de triunfos electorales que llevaron a Sebastián Piñera al gobierno luego de que la derecha pasara 20 años como fuerza opositora. Aunque el resultado de 2012 en términos porcentuales representara solo una disminución de cerca de 3 puntos porcentuales respecto a la elección

de 2008, tal como se observa en el gráfico 1, hay una importante disminución en la cantidad de alcaldes electos.



Posteriormente, en las elecciones parlamentarias y presidenciales del año 2013 la derecha viviría una derrota de mayores proporciones frente al impulso reformista de Michelle Bachelet. En términos de escaños, dichas elecciones los dejarían en una posición similar a la del año 2001 –tal como se aprecia en el gráfico 2– época en la que los senadores designados permitían a la derecha un mayor poder de veto. En el nuevo escenario, se transforman en una minoría significativa, pero con menor capacidad para detener la agenda del ejecutivo. A ello se suma el peor desempeño electoral en primera y segunda vuelta en una década, cuestión que se aprecia con claridad en el gráfico 3.





Aunque el mal resultado municipal se encuentra asociado a distintos factores, la pérdida de alcaldías emblemáticas en el conflicto estudiantil como las comunas de Santiago y Providencia, donde la centroizquierda presentó candidaturas renovadoras y vinculadas con las dirigencias estudiantiles, generó un precedente simbólico que agudizó el conflicto entre las voces disidentes del gobierno al interior de Renovación Nacional. Los posteriores resultados presidenciales y parlamentarios solo agudizaron dicho conflicto, que ya se arrastraba de forma solapada desde inicios del gobierno, incluso antes de la irrupción estudiantil, producto de la exclusión de los partidos políticos en las reparticiones técnicas y una preferencia explícita por perfiles técnicos independientes, provenientes de los círculos empresariales y de los centros de estudios de la derecha.

En ese marco, el año 2014 Renovación Nacional tendrá un Consejo General para analizar los resultados electorales. En él, Manuel José Ossandón, recién electo senador por Santiago Oriente –una de las circunscripciones más populosas del país–, catalogaría la situación de “crítica”, cuestionando la imagen del partido como representante de los grupos empresariales. En ese sentido, Ossandón haría un llamado a dar mayor espacio a los sectores populares al interior del partido, señalando que:

No necesitamos crear un partido que busque penetrar en los sectores populares. Necesitamos incentivar a que nuestros militantes de sectores populares y de la clase media ocupen posiciones de liderazgo en nuestro partido. RN no necesita salir a ganar adeptos en las poblaciones y la clase media. Necesitamos permitir que nuestros

militantes que provienen de los sectores populares y de la clase media ocupen el mismo lugar en la mesa (Ossandón, 2014).

Asimismo, el senador criticaría los déficits políticos de la gestión del ejecutivo, entre ellos la exclusión de cuadros populares en la administración pública. Del mismo modo, valorando los avances del modelo neoliberal –puesto en tela de juicio por las movilizaciones estudiantiles–, el discurso sostiene que la defensa de la vida es también “la defensa de la dignidad de las personas” y agrega que “el abuso y el lucro excesivo atentan contra la defensa de la vida” (Ossandón, 2014). Ambas referencias –abuso y lucro– remiten a las principales consignas que enarbolan los diferentes movimientos sociales en conflicto con la administración Piñera.

Este documento es uno de los primeros textos donde la necesidad de incorporar las nuevas demandas de la ciudadanía aparece con claridad. Lejos de las interpretaciones del conflicto estudiantil que se producen desde la izquierda, donde el reclamo contra el lucro en la educación y la demanda por educación superior gratuita se conciben como parte de una amenaza al modelo⁴, desde este sector de Renovación Nacional se plantea la compatibilidad de la economía de mercado capitalista con las crecientes demandas ciudadanas por derechos. A partir de entonces, el partido comenzará un proceso caracterizado por los actores como de “modernización”.

En términos generales, la modernización del partido buscó actualizar y ajustar las posiciones programáticas y la declaración de principios, basados en una particular interpretación de la situación sociopolítica: la derecha había sido incapaz de adecuarse a los tiempos, quedando atrapada en la defensa irrestricta del legado institucional y socioeconómico de la dictadura, la obra del núcleo Chicago-gremialista.

Un hito que es señalado permanentemente como relevante por los entrevistados es el cambio en la declaración de principios. Dicha declaración –escrita en parte por Jaime Guzmán–, incluía referencias al golpe militar y el rol de las fuerzas armadas, destacando su

⁴ Al respecto, tal vez una de las obras más representativas de esta interpretación sea, precisamente, “El derrumbe del modelo”.

“gesta”. Ahora bien, esa modificación no significa un posicionamiento crítico respecto del golpe o las violaciones de los derechos humanos. Tal como señala una entrevistada

El sacar el 11 de septiembre, que estaba en la declaración de principios de un partido político, (...) y sin desconocer que fue un hecho histórico pero que no tiene por qué estar en una declaración de principios (Paulina Núñez).

Junto a esta modificación, se produce también un distanciamiento respecto del “modelo de Chicago”. En palabras de una entrevistada:

El problema nuestro estuvo en que nos chicaguizamos, porque le dimos todo el crédito al modelo Chicago, que era muy importante para una época, pero nosotros seguimos vene, venerándolo hasta el día de hoy (...) lo teníamos en, eh, en la médula y nos chicaguizamos y no nos dimos cuenta de que el modelo Chicago e, era para un periodo, que sirvió muy bien, que dio los resultados, pero que no había que, no había que quedarse pegado (Ximena Ossandón).

El distanciamiento del “modelo de Chicago” no es presentado como una ruptura radical. Por el contrario, tal como en las referencias a la dictadura militar, el proceso se presenta como una adaptación temporal dentro de un marco virtuoso que aspira a ampliar la diversidad al interior del campo derechista. Ahora bien, aquello resulta posible en la medida que el núcleo hegemónico Chicago-gremialista es puesto en jaque en el proceso político. Las referencias al carácter “medular” del modelo de Chicago o su “veneración” que desarrollan los entrevistados, dan cuenta de la capacidad de hegemonía del núcleo, la cual es parcialmente fracturada.

Ahora bien, el proceso de modernización debe situarse en el marco más amplio de reconfiguración del sistema de partidos a partir de las movilizaciones estudiantiles. Si en el campo de la derecha el efecto más inmediato es la crisis del núcleo hegemónico Chicago-gremialista, en el campo de la centroizquierda y la izquierda el impulso reformista del segundo gobierno de Michele Bachelet se constituye a partir de una modificación de las alianzas que caracterizaron a la Concertación. El bloque constituido por los partidos de centro Democracia Cristiana y Radical Socialdemócrata junto a los partidos de izquierda

Por la Democracia y Socialista ampliaron su arco de alianzas, incorporando al Partido Comunista.

Esta incorporación condujo a la formación de la coalición Nueva Mayoría, en una alianza inédita entre demócratacristianos y comunistas es interpretada como una oportunidad por Renovación Nacional, en cuanto identifican en esa alianza un desplazamiento de la DC hacia la izquierda, dejando un “espacio” vacío en el centro. De este modo, se produce una modificación en la estructura de oportunidades, generando una ventana de oportunidad para mejorar su desempeño electoral. En contraste, las posiciones a la derecha estaban claramente copadas por otros actores, en particular por la Unión Demócrata Independiente, de modo que solo quedaba espacio para crecer hacia el centro.

Aunque la crisis del núcleo Chicago-gremialista y la transformación en la estructura de oportunidad aben la necesidad de una modernización que permita a la derecha adaptarse al nuevo contexto, la respuesta adaptativa –y no otro tipo de respuesta– requiere de ciertas condiciones. Por lo mismo, para entender cómo emerge la derecha social en Renovación Nacional como respuesta adaptativa a la crisis de legitimidad, hay que sumergirse en los vericuetos de su relación con el Estado y la sociedad, para comprender los incentivos y limitaciones de este partido.

B. La relación con el Estado y la sociedad.

Pero las condiciones para la emergencia de la “derecha social” al interior de Renovación Nacional como un actor distinguishable en el conjunto de la derecha en Chile no obedece únicamente a la debacle electoral producida por las movilizaciones estudiantiles. La respuesta adaptativa de Renovación Nacional obedece a condiciones específicas del partido. Una de ellas es la particular relación que establece con el Estado y la sociedad.

Como heredero del Partido Nacional y gracias a la expansión político-orgánica que vivió la derecha bajo la dictadura, Renovación Nacional cuenta con una estructura territorial desplegada a lo largo de buena parte del país. Ya en la década de 1960 el Partido Nacional aspiró a constituirse como un partido de masas, incorporando militantes de extracciones sociales y geográficas diversas, buscando exceder el *core constituencies* oligárquico tradicional de los partidos de derecha y su carácter de partido de notables (Valdivia, 2008). A ello se suma la expansión en dictadura mediante las autoridades

designadas que, si bien fueron menos aprovechadas que por el chicogo-gremialismo, permitió una mayor presencia organizada fuera de los ámbitos tradicionales de acción derechista.

Más allá del éxito o fracaso relativo de esta pretensión, Renovación Nacional cuenta con cuadros y organización fuera de su núcleo de constitución, aunque con bajo nivel de institucionalización (Barozet & Aubry, 2005). Sin embargo, la dirección y definiciones políticas del partido seguían dependiendo del core constituencies tradicional. De este modo, se trataba de una organización fuertemente vinculada a su base social, al punto de confundirse con ella, en un esquema similar al que caracteriza a los partidos oligárquicos.

Luego del fracaso electoral y bajo el impulso modernizador antes descrito, este partido vivirá serias transformaciones internas que tenderán a modificar la relación con sus bases sociales, buscando convertirse en una alternativa competitiva.

Para ello, la nueva dirección del partido buscó ampliar los espacios de competencia, aspirando a diversificar la oferta de candidaturas, tanto en términos de contenidos programáticos como de trayectorias sociales. En palabras de los propios actores, el proceso de reclutamiento de candidaturas fue

Una decisión táctica que ocurrió (...) detalles tan importantes, como, por ejemplo, personas que representaran los distintos mundos en nuestras listas de candidato, o sea, desde evangé, desde sectores evangélicos hasta personas transgénero (Camilo Morán).

Luego, lo más importante, apostar las comunas muy, eh, eh, más sociales, más grandes, bueno, Puente Alto emblemáticamente ha sido nuestra. Pero, dos ejemplos respecto de mi región: Mejillones y Calama (...) Así que, eh, y, eh, la interpretación, el ir a comunas populares (Paulina Núñez)

Entre los resultados de esta estrategia se puede identificar la emergencia de una bancada evangélica en el congreso, así como el fortalecimiento del ala “liberal” en términos culturales de Renovación Nacional, sector que a inicios del gobierno sacó un manifiesto y promovió una agenda de género que, paradójicamente, fue fuertemente resistida por sus propios compañeros de partido, especialmente por los diputados de la bancada evangélica.

Ahora bien, la particularidad del proceso de selección de candidaturas radica en que ella se hizo aceptando la diversidad de posiciones de cada candidato, incluso si entraba en contradicción con planteamientos de otro, puesto que el énfasis fue la búsqueda de competitividad. En ese sentido, la ampliación hacia electorados populares en el contexto señalado implica personalizar la elección y/o modificar los posicionamientos políticos, pues:

El electorado de Manuel José, el mío no tengo idea, pero él es mucho más transversal po. O sea, la gente te dice, yo soy de izquierda, pero voto por Ossandón (...) Porque eso es Puente Alto po. Eso es la zona sur po. Si, si fuera por la zona sur nosotros no salimos en ningún lado po, si la derecha ahí no, no tiene, históricamente, no tiene sus raíces ahí po. Entonces, es un voto más por la persona que por el partido (Ximena Ossandón).

Siempre, eh, fue adverso todas nuestras comunas son comunas populares, donde la votación de la izquierda siempre supera el 50% y es complejo porque eso te ha, nos ha llevado a tener que modernizarnos, necesariamente. A que el tema ideológico no sea la prioridad (Camilo Morán).

Una consecuencia de esta estrategia es la pérdida de relevancia del *core constituencies* tradicional de la derecha en Chile. Así, en este periodo comienza a producirse una distancia respecto de los grandes grupos económicos y sus expresiones políticas -varias de ellas presentes en Renovación Nacional-, lo que en términos de identidad permite la distinción entre una derecha “económica” y otra “social”. Así, la derecha social constituye su identidad a partir precisamente de la independencia del *core constituencies*. En términos de los entrevistados:

Cristián Monckeberg, Mario Desbordes, o sea, si alguien me dice que Mario Desbordes depende del grupo económico, está totalmente loco po. O sea, quedó demostrado que no y es evidente que no. Entonces, eh, no es una guerra contra los grupos económicos, sino que es ampliar la mirada y es evolucionar en la mirada (Andrés Longton)

Cuando hablamos de derecha economicista, eh, es cierta elite del país, ah, de una derecha que, que generalmente seguía, eh, su *modus operandi* de acuerdo a

lineamientos que venían de todos estos grupos, más bien, de centros de pensamientos, financiados también por las grandes empresas del país. Entonces, finalmente, estuvimos mucho tiempo atrapados dentro de una pura mirada y que, que yo creo que hemos logrado en el último tiempo, eh, y gracias, justamente a lo que te digo, a, a, a Ossandón, gracias a Monckeberg y sobre todo gracias a Mario Desbordes, eh, salir desde el anonimato y ser parte hoy día, importante, del partido (Hugo Rey)

Además de la nueva estrategia de reclutamiento, los escándalos de financiamiento de la política introdujeron una modificación importante en la relación de este partido con su *core constituencies* y el estado. Tradicionalmente, Renovación Nacional fue un partido financiado por sectores empresariales. Dados los bajos niveles de institucionalización, los distintos candidatos dependían directamente de su alineación con los intermediarios entre el partido y los grupos empresariales o de su propia capacidad de financiamiento, tal como en el caso de las primeras campañas presidenciales de Sebastián Piñera, las cuales fueron íntegramente financiadas por él.

Más allá de los problemas de institucionalización, los distintos entrevistados señalan que el manejo discrecional del financiamiento de las campañas permite al mundo empresarial mayor control sobre las políticas y los candidatos apoyados. Este poder discrecional se transformará una vez que las nuevas leyes de financiamiento a la política permiten al partido mayor autonomía respecto de sus financistas.

Un evento que influye en el proceso de distanciamiento frente al *core constituencies* tradicional, especialmente en términos de financiamiento, es el alejamiento de la actividad partidaria de Carlos Larraín, histórico dirigente del partido, perteneciente a una de las principales familias oligárquicas del país. Aunque resulta secundario, Larraín fue uno de los más importantes intermediarios con el mundo empresarial, especialmente agrícola. Pero el año 2013, uno de los hijos de este dirigente protagonizaría un accidente automovilístico que alejaría a su padre de la dirigencia partidaria. Con ello, no solo Larraín perdería control sobre el partido, también buena parte de los actores empresariales que lo respaldaron durante sus 10 años en la dirección del partido.

Otro elemento importante que marca una transformación de las relaciones entre Estado y sociedad civil dice relación con la ya mencionada “modernización”. La búsqueda

de un electorado más amplio en un contexto de creciente adversidad lleva al partido a alejarse de las definiciones que los actores empresariales defienden. Como señalan los entrevistados, los nuevos perfiles sociales marcan una ruptura en términos programáticos con los sectores empresariales pues:

Hay un temor muy grande, de algunos, de hacer reformas desde el punto de vista económico, previsional, salud, etc., eh, principalmente sujeto a una política o sujeto a una opinión de estos sectores (empresariales) que, en definitiva, no quieren que nada cambie, o que quiere que cambie en muy pocas cosas, porque existe un temor de que las cosas cambie (Andrés Longton).

Cuando votamos, lo hacemos, eh, desde los principios del partido, pero, pero con un enfoque más bien mirado en la clase media que hoy día lo está pasando mal. Entonces, cuando votamos por el 10%, cuando nos abrimos a, a otro tipo de, de, de idea de política pública que un poco va o, podría ir en contra de lo que generalmente hacía la derecha en el país, es justamente porque, eh, son temas que no van contra los principios (Hugo Rey)

En suma, el cambio en la estrategia de reclutamiento de candidatos, la búsqueda de ampliación de presencia electoral en sectores populares mediante candidaturas competitivas no pertenecientes al *core constituencies*, los cambios en el financiamiento de la política y las consecuencias programáticas de la modernización del partido, llevan a un distanciamiento de la base tradicional del partido, debilitando al *core constituencies*. En su conjunto, los procesos enumerados dan cuenta de una creciente cartelización de Renovación Nacional. En ese sentido, sin ser un partido cartel completamente, su nueva dinámica interna tiende a asimilarlo a este tipo de partidos, más que a los partidos de masa o de notables.

La cartelización del partido transforma parcialmente sus roles. Si bien la definición de partido político tiende a señalar la importancia de la búsqueda del poder político como característica central, en el caso de los partidos cartel esta dimensión adquiere una relevancia mayor por encima de otras dimensiones de los partidos como agregar preferencias o expresar políticamente a ciertos sectores de la sociedad. Como señala claramente un entrevistado:

Los partidos políticos no son, eh, no tienen muchas diferencias con una organización de otro tipo, con un club deportivo, con un centro de adulto mayor, donde pueden converger las mismas voluntades, pero los partidos políticos sobreviven en torno a la votación que sacan (Camilo Morán)

La tendencia a la cartelización entrega a los partidos mayor flexibilidad programática e ideológica. Por lo mismo, es una variable institucional central para entender el tipo de respuesta adaptativa que se desarrolla mediante Renovación Nacional frente a la crisis de legitimidad de la dominación. Sin embargo, esta variable tampoco es suficiente para explicar cómo emerge una derecha social y su papel en el conjunto de las estrategias con que los sectores dominantes enfrentan la crisis. Para ello, es necesario abordar una última dimensión: las características internas del partido, en particular sus formas de faccionalismo.

C. Las tendencias al fraccionalismo en Renovación Nacional.

Como ya se ha señalado, Renovación Nacional es un partido que históricamente ha tenido bajos niveles de institucionalización. En su interior tienden a predominar los caciques locales y los liderazgos caudillistas, construyendo lealtades en torno a determinados líderes antes que a determinadas tendencias u opiniones. A esto se suma un bajo nivel de profesionalización y una escasa participación de la militancia en la toma de decisiones, pese a que tempranamente incorporó mecanismos de voto universal para las elecciones internas (Barozet & Aubry, 2005).

Esta característica de su vida interna se puede rastrear desde los partidos oligárquicos del sistema de partidos del siglo XIX, cuando un grupo de notables parlamentarios fuertemente imbricados con la oligarquía dominaban la arena política. Esa característica persistió buena parte del siglo XX, pese al intento ya mencionado del Partido Nacional por construir un partido de masas. Lo cierto es que la vida parlamentaria del PN siguió contando en su interior con figuras y prácticas asociadas a los viejos partidos derechistas (Valdivia, 2008).

Durante la dictadura militar, la proliferación de grupos de derecha sin articulación orgánica, así como los desplazamientos de sectores de centro hacia la derecha, tendió a acentuar la existencia de facciones, cuestión que se consolidó con el retorno a la

democracia, especialmente en Renovación Nacional, partido menos cohesionado ideológicamente que la UDI, donde tendieron a confluír la mayor parte de los grupos que no se identifican con el chicago-gremialismo, más allá de compartir en lo medular la defensa del legado dictatorial.

En términos generales, el fraccionalismo ha sido descrito, tanto por la prensa como por los análisis académicos, en términos de “liberales” y “conservadores”. Dicha división refiere especialmente a las concepciones de la democracia de cada uno de los sectores, de modo que más que referirse a la agenda post material, describe la tendencia a aceptar modificaciones en el diseño institucional de la dictadura. Pese a ello, los sectores liberales tendieron a ser proclives a ciertas reformas en el plano valórico, particularmente en temas como el divorcio.

Pero partir de estas distinciones para sumergirse en la abigarrada vida interna de Renovación Nacional oscurece más de lo que ilumina. Las dinámicas regionales y la importancia de los caudillos locales, así como la proliferación de pequeños grupos de opinión complejizan el panorama interno. Lejos de ordenarse como facciones con cierta coherencia ideológica, al interior de RN convergen fracciones que se articulan de modo contingente.

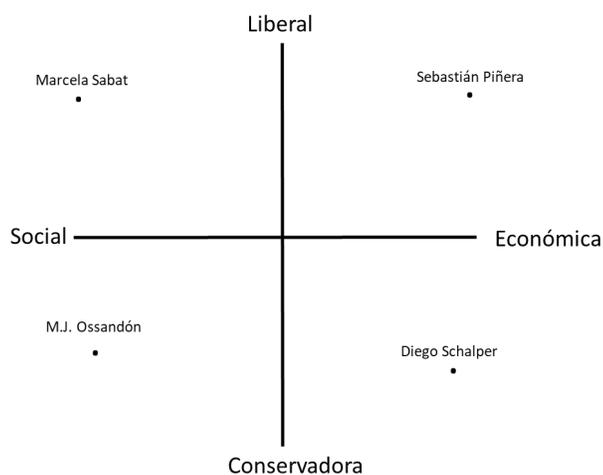
No sabría decirte exactamente cuáles son las cosas que nos separan porque, de un tiempo a esta parte, antiguamente, a nosotros nos separaban los liberales y los conservadores (...) esa era nuestra división histórica. Pero de un tiempo a esta parte, eh, hay ciertos caudillos que son los que dividen ciertos, eh, liderazgos y esos liderazgos son los que van moviendo las distintas masas dentro del partido, eh y eso es un poco, es un poco como más personal, digamos. Así es como se ha ido moviendo últimamente, pero yo te diría que, de un tiempo a esta parte, el apruebo y el rechazo y también esta derecha moderna y eh, eh, o el RN moderno y el RN antiguo (Camilo Morán)

El fraccionalismo y la debilidad de los vínculos ideológicos en el ordenamiento interno de RN permiten, por una parte, la coexistencia de grupos derechistas fuertemente vinculados a las clases dominantes, sin disposición a modernizarse, junto a las nuevas sensibilidades emergentes. Por otra parte, permiten a sensibilidades de muy distinto tipo

articularse en torno a determinados liderazgos, especialmente cuando aquello permite mayor espacio en el partido.

De este modo, es posible identificar entre 2013 y 2021 una serie de movimientos internos que permiten e impulsan la “modernización” del partido, posibilitando una respuesta adaptativa sin perder totalmente la vinculación con el *core constituencies* de la derecha. En ese contexto, los principales liderazgos orgánicos de la “derecha social”, Cristián Monckeberg y Mario Desbordes, así como su líder público, el senador Ossandón, se alejaron del histórico líder conservador Carlos Larraín y fueron capaces de tender puentes con los sectores liberales que permanecieron en el partido. El resultado de la alianza fue una particular articulación entre grupos liberales y conservadores, unidos bajo el imperativo de “modernizar” el partido. De ese modo, figuras como Marcela Sabat, abiertamente a favor de causas como el aborto o el matrimonio homosexual, quedan articuladas con los hermanos Ossandón, católicos vinculados a los sectores más conservadores de la iglesia católica, redefiniendo el mapa interior sobre la base de la distinción central entre derecha “social” y “económica” y una distinción complementaria entre “liberales” y “conservadores”, tal como se grafica en el cuadro 5.

Cuadro 5: Esquema del fraccionalismo interno.



Fuente: Elaboración propia.

Así, gracias a la flexibilidad de la vida interna, caracterizada por fracciones que operan de modo contingente, principalmente en torno a los beneficios que reporta para

determinadas figuras o caudillos, la respuesta adaptativa frente a la crisis de legitimidad encontró un espacio orgánico donde afincarse. Junto a la “modernización” que desata la crisis de hegemonía del núcleo chicho gremialista, la oportunidad de crecer hacia un centro político huérfano y la tendencia a la cartelización de Renovación Nacional explican cómo se produce una respuesta adaptativa que da origen a la denominada “derecha social”. Ahora bien ¿Qué caracteriza a la derecha social?

D. La inconclusa formación de un proyecto

Si bien ya se ha aclarado, a grandes rasgos, los elementos que le dan origen, su débil constitución como un actor en el marco de la derecha no obedece únicamente a las características del fraccionalismo interno de Renovación Nacional. Más allá de esta condición de emergencia, el carácter adaptativo obedece a la inconclusa formación de un proyecto político propio.

Aunque se trata de una fuerza relevante en la diversificación del perfil del partido, su figuración pública es limitada hasta la coyuntura presidencial de 2017, donde el candidato desafiante, el senador Manuel José Ossandón, utiliza el calificativo para distinguirse de Sebastián Piñera. En ese entonces, un vacilante candidato presidencial ofrecía su trayectoria fuera del *core constituencies* derechista como principal marca de identidad. Sin embargo, en términos programáticos su énfasis estaba puesto en incorporar algunos de las demandas emergidas de las movilizaciones estudiantiles e implementadas por el gobierno de la Nueva Mayoría –como la gratuidad universitaria–, excluyendo las reformas estructurales que acompañaban dichas políticas, tales como la reforma tributaria o la ley de inclusión que buscó terminar con la selección, el lucro y el copago en educación escolar, del mismo modo que se manifestó en contra de la ley que terminaba con la gestión municipal de la educación. De allí que la lógica que operaba en su discurso es la de agregación, sin considerar los elementos internamente conflictivos de su propuesta.

Ahora bien, en paralelo a los planteamientos de Ossandón, otros grupos integrantes de la denominada derecha social desarrollan una visión republicana de la política. Este planteamiento se puede ver formulado en el manifiesto inicial de la coalición Chile Vamos, donde intelectuales identificados con la “derecha social”, el conservadurismo y el socialcristianismo tienen gran influencia. Dicho manifiesto señala la importancia de la

producción intersubjetiva de la legitimidad, así como el papel central de las instituciones y la ciudadanía en la producción de la comunidad política

La política es la tarea cotidiana, humilde y ponderada de todas las personas comunes y corrientes que quieren lo mejor para su país y para los suyos. Es el medio por el cual nos hacemos dignos del título de ciudadanos: el título más importante que nos entrega la república, y que nos unge como depositarios de la confianza de nuestros compatriotas para sacar adelante a nuestra patria (“Manifiesto para la República y el buen gobierno”, Hernán Larraín Fernández, Andrés Allamand, Ramiro Mendoza, Joaquín García-Huidobro, Hugo Herrera y Pablo Ortúzar)

Sin embargo, dicha reflexión se encuentra lejos de las prioridades programáticas del sector, tendiendo a predominar el discurso tradicional de derecha a lo largo de la campaña presidencial, con el énfasis en la gestión económica y el combate a la delincuencia.

Será recién en el marco de la coyuntura crítica de 2019 donde la derecha “social” volverá a tener algún tipo de protagonismo que permita identificar un lineamiento proyectual con mayor claridad. Durante el segundo año de gobierno, el 18 de octubre de 2019 se desatan una serie de movilizaciones y protestas con un amplio repertorio de acción, incluyendo la quema del transporte público, en una dinámica contenciosa frente al sistema político. La respuesta oficial del gobierno confrontó las movilizaciones, recurriendo al Estado de excepción constitucional, disponiendo de las fuerzas armadas para la represión de las movilizaciones y restauración del orden público.

Pese a ello, un sector de la derecha buscó desmarcarse de la posición predominante y generar un acercamiento con la oposición. Progresivamente, en un proceso que todavía queda por dilucidar, la mayor parte de los actores políticos consensuaron un proceso de cambio constitucional, el cual incluye un plebiscito para aprobar o rechazar una nueva constitución, en el cuál también se dirime el tipo de órgano a cargo de redactar el nuevo texto, donde las opciones fueron un cuerpo colegiado 100% electo por votación popular o uno donde el 50% se elegía entre los parlamentarios en ejercicio, mientras el otro 50% se elegía por votación popular. El nuevo texto sería escrito a partir de una “hoja en blanco” y sería plebiscitado al terminar el proceso. Mario Desbordes, uno de los principales líderes de

la derecha social, se manifestó orgulloso del acuerdo, al punto que su entonces jefe de gabinete y ahora diputado lo señala como uno de los actores decisivos en el proceso

Mario fue clave, porque era como garante de un buen diálogo. Mira, sin ir más lejos y ponerle fanatismo al desbordismo, acuérdate que cuando llega Mario, al otro día de haberse firmado el acuerdo, en el hemiciclo lo aplaudieron (Camilo Morán)

Este mismo sector participaría del plebiscito constitucional a favor de la opción apruebo, dividiendo a Renovación Nacional entre los partidarios y los retractores de la nueva constitución. Curiosamente, no todos los grupos que se identifican con la derecha social participaron de la opción apruebo, pese a que sus principales liderazgos lo hicieran.

El respaldo tanto al acuerdo como a la opción apruebo está mediado por la necesidad de producir legitimidad institucional. Para este sector, la economía es en sí misma incapaz de producir las bases para la convivencia, de modo que se requiere de la política para la incorporación de los actores. Por lo mismo, producir legitimidad institucional es clave, incluso si aquello pone en riesgo otros ámbitos, como el crecimiento económico. En ese sentido, un elemento proyectual relativamente novedoso respecto del núcleo chicago-gremialista es la primacía de la política por sobre la economía.

El apruebo en RN, tiene que ver con la oportunidad, eh, la oportunidad que tiene que ver con que nos pongamos de acuerdo como país pa tener un, una ruta común, eh, la oportunidad para poder validar a las instituciones y la desafección que hoy día existe, eh, terminar con esa desafección que existe hoy día entre la ciudadanía y las distintas instituciones políticas (Hugo Rey)

Sin embargo, ella se entiende en una clave adaptativa: hay que aceptar las reformas en tanto permiten mantener el esquema de dominación, incluso si afectan los márgenes de utilidad.

Pese al privilegio que este sector le otorga a la legitimidad, su compromiso con el proceso constituyente también posee una dimensión instrumental. Como un aprendizaje del frustrado programa reformista de Michelle Bachelet, la derecha “social” identifica la necesidad de adaptarse y sumarse a los cambios antes de que sea “demasiado tarde”. Es decir, la coyuntura crítica genera un aprendizaje para los actores, en la medida que al

aplazar los cambios se produce un reforzamiento de las demandas por reformas, aumentando su intensidad y profundidad, cuestión patente en el estallido social de 2019, describiendo un proceso de acumulación histórica propio de las coyunturas críticas. Este proceso de aprendizaje, por tanto, lleva a esta derecha a generar una tendencia adaptativa: es mejor adaptarse a los cambios, puesto que al aplazarlos aumenta la intensidad de las demandas y se pone en riesgo el orden social.

Yo hago un *mea culpa* desde Renovación Nacional (...) Imagina que era reforma constitucional, ni siquiera hablaba de nueva constitución, o sea, era una nueva constitución, pero ellos lograron ingresar un proyecto de reforma constitucional, muy profundo, pero de reforma constitucional. Era el congreso y era solo con un plebiscito, eh, ratificatorio, de salida. Imagínate en lo que terminamos, pero mira en lo que terminamos, uno podría exagerarlo de esa forma. Con un plebiscito de entrada, una convención constitucional, con un plebiscito de salida y un año discutiendo esta cuestión, un organismo paralelo al congreso. O sea, era, en ese minuto, si te lo hubieran dicho, usted qué prefiere, esto o esto, claro, hubiéramos estado ahí a full. Entonces, qué hicimos ahora, y por eso habemos muchos por el apruebo y por al convención constitucional ahora, a secas, que es que, o lo hacemos ahora, o ya, ya, ya em, repetiríamos el error por segunda vez (Paulina Núñez)

En ese sentido, la derecha “social” emerge como un esfuerzo por modernizar Renovación Nacional, expandiendo el partido por fuera del *core constituencies* tradicional de la derecha. Dicho esfuerzo nace por efecto de la coyuntura crítica de 2011-2012 que amenaza la legitimidad del modelo socioeconómico e institucional gestado en dictadura por el núcleo Chicago-gremialista. Para ello, aprovechan tanto el legado histórico de militantes externos al *core constituencies*, como la reconfiguración del campo político a partir de la conformación de la Nueva Mayoría. El alcance de esta derecha social es, sin embargo, limitado, tanto por la propia dinámica interna de Renovación Nacional, donde tiende a producirse un fraccionalismo de muy poca estructuración –operando más bien como identidades–, como por su debilidad proyectual. Sin embargo, aquello no puede impedir destacar la importancia de la producción de legitimidad como un sello distintivo en el concierto de las derechas en Chile, las que tienden a asumirla como un derivado del buen

funcionamiento de la economía o de la eficiencia en la gestión estatal. Se trata, en última instancia, de una derecha adaptativa en la medida que su posición busca limitar el alcance de las transformaciones, en vez de proponer una agenda propia de cambios profundos que generen nuevos principios de legitimidad en el ámbito político, cultural y económico.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, se ha buscado explicar la emergencia de nuevos actores de derecha en Chile como respuestas diferenciales frente a coyunturas críticas que entrañan amenazas a la dominación. A partir de un análisis de la interacción entre el legado de las coyunturas críticas y las particulares condiciones de la derecha chilena, especialmente aquellas referidas a su relación con el Estado y la sociedad, la estructura de oportunidades políticas y sus características proyectuales. Para ello, se analizó la emergencia de la “derecha social” en Renovación Nacional y del partido Evolución Política.

La derecha social emerge como una respuesta adaptativa ante las movilizaciones. Ante la crisis de legitimidad que afecta al modelo socioeconómico y a la institucionalidad política a partir de 2011, un sector de Renovación Nacional busca “modernizar” el partido, tomando distancia de los vínculos más explícitos con la dictadura y apelando a una mayor inserción en los sectores populares como clave para recuperarse del legado más costoso de la coyuntura crítica para el partido: la debacle electoral.

Dicho proceso de “modernización” se ve facilitado por dos grandes características de Renovación Nacional. La primera es su tendencia a la cartelización. Aunque se trata de un partido con una larga trayectoria con características de partido de notable, la carencia de coherencia ideológica, la escasa relevancia de la militancia en los procesos de tomas de decisiones y, sobre todo, la pérdida creciente de influencia del *core constituencies* sobre el partido, tienden a configurarlo con mayor proximidad a los partidos carteles. Así, en aras de aumentar la competitividad del partido, se promovieron candidaturas de distintos orígenes sociales y en comunas de diverso tipo, bajo un discurso de diversidad que tendió a difuminar los componentes ideológicos y programáticos del partido. Se trata, en última

instancia, de un partido distante de su *core constituencies*, más próximo al Estado que a la sociedad civil y, por lo mismo, menos alineado con el actual esquema de dominación.

El segundo factor importante que contribuye a la gestación de una respuesta adaptativa es el fraccionalismo interno. Renovación Nacional es un partido históricamente dividido en sensibilidades sin mayor estructuración interna. Aunque heredero de una pretensión unitaria propia del Partido Nacional, desde su fundación que RN ha estado atravesado por fracciones, sensibilidades con grados dispares de organización que se alinean de modo contingente y principalmente en torno a figuras y liderazgos caudillistas, especialmente en regiones. Aquello indudablemente contribuyó a facilitar la emergencia de la derecha social, en la medida que permitió el ascenso de los sectores que promovieron la modernización del partido, construyendo una coalición de sensibilidades de distintos orígenes políticos y sociales al interior de Renovación Nacional: liberales y conservadores, evangélicos, empresarios agrícolas y profesionales de origen popular se articularon en aras de dar una dirección que impulse la diversidad interna y “modernice” el partido.

En gran medida gracias a la heterogeneidad que da origen a la derecha social es que ella no logra perfilarse ni orgánica ni proyectualmente. Al no tratarse de una facción ideológica y organizada, no comparten planteamientos en áreas relevantes como el rol del Estado en economía o en los denominados temas post materiales. Aunque inconclusa, es importante reconocer que comparten una novedad proyectual respecto de la hegemonía Chicago-gremialista: la importancia de la legitimidad de las instituciones y la acción política. A diferencia de buena parte de la derecha nacida luego de la dictadura, la legitimidad no se entiende como un mero resultado del funcionamiento de la economía ni de la virtud de quienes participan en ella. Al contrario, la legitimidad de la política pasa, en gran medida, por la construcción de instituciones capaces de integrar a la ciudadanía en ella. De allí su apoyo al proceso constituyente o su tendencia a postergar la “economía” en aras de la política.

Aunque se trata de un sector con importancia en el proceso político reciente, conviene señalar que sigue siendo una sensibilidad minoritaria incluso dentro de Renovación Nacional. La reciente doble derrota de Mario Desbordes, tanto en las primarias presidenciales como en la elección interna del partido dan cuenta de aquello. Sin embargo,

han sido parte de la exitosa estrategia de RN por convertirse en el actor con mayor influencia dentro de la derecha, sobre la base de diversificar sus actores internos con representación parlamentaria, fortaleciendo la tendencia a la cartelización. Aquello ha permitido a sectores tradicionalmente periféricos en la derecha obtener posiciones relevantes de poder.

Por lo mismo, conviene interrogar si, de seguir esta tendencia, sería posible la emergencia de una especie de rebelión del electorado periférico, que permita la consolidación de una derecha con menos gravitación del *core constituencies* tradicional. En ese sentido ¿sería esta una derecha que vive su propia “ruptura” con su base social tradicional, vale decir, las clases dominantes? Hasta ahora los resultados no han sido favorables para una interpretación de este tipo, especialmente por el reciente triunfo en las elecciones primarias de Sebastián Sichel, candidato ampliamente apoyado por los sectores de Renovación Nacional de corte más tradicional, fuertemente vinculados al mundo empresarial.

Por su parte, Evópoli surge ante la necesidad de dar nuevas respuestas ante las movilizaciones de 2011. Atravesados por la experiencia de gobierno, una serie de cuadros fuertemente incrustados en el *core constituencies* de la derecha buscan enfrentarse con las demandas y planteamientos del movimiento estudiantil, especialmente con las propuestas de corte universalista en materia de derechos sociales.

De allí que Evópoli se configure como una respuesta ofensiva. A diferencia de Renovación Nacional, se trata de un partido con fuerte cohesión ideológica y estrictamente incrustado al *core constituencies* tradicional de la derecha, así como al núcleo hegemónico que sostuvo el proyecto Chicago-gremialista. Sus redes y espacios de elaboración política están ligados al mundo empresarial y a los centros de pensamiento tradicionales de la derecha en Chile, en particular a los centros de estudio Libertad y Desarrollo y Fundación Jaime Guzmán.

El impacto de las movilizaciones se traduce principalmente en un mandato de acción política, capaz de responder frente a los desafíos –y amenazas– que implica el discurso universalista del movimiento estudiantil y, en un sentido más amplio, el proyecto refundacional que encarna. Por lo mismo, Evópoli busca ser una derecha orgullosa de sí

misma, capaz de defender ideas fundamentales para el sector como la focalización del gasto, las políticas subsidiarias en general y la primacía del mercado como asignador de recursos, incluso en el ámbito de las políticas sociales.

Sin embargo, esta emergencia no puede entenderse completamente al margen de la transformación en la estructura de oportunidades. La identificación del centro como un espacio disponible a partir de la constitución de la Nueva Mayoría y, en general, el reconocimiento de una franja de cuadros y electores distantes con el legado autoritario y conservador de la derecha contribuye a la emergencia de este partido. De allí que se produzca un cierto *aggiornamiento* ideológico, incorporando elementos fragmentarios de una agenda post material. Con ello, Evópoli diseña una nueva estrategia de ampliación de la base electoral de los partidos de derecha, tradicionalmente condicionados por ser representantes de las clases dominantes, en general minoritarias en los países. También espera diluir el principal clivaje que dio forma al sistema de partidos en la post transición, a saber, la división entre dictadura y democracia.

En ese sentido, aunque se comparten algunas premisas del trabajo de Alenda *et al* (2021), en tanto se identifica en el ámbito post material una cierta innovación del partido, este trabajo plantea que la emergencia de Evópoli y la derecha social de RN son parte de una misma dinámica. Concretamente, la observación del proceso político y las condiciones en que se ha desarrollado el conflicto social en los últimos 10 años aporta elementos cruciales para entender la transformación de la derecha en Chile. En ese sentido, las movilizaciones sociales contenciosas, la exitosa politización de la desigualdad, las demandas por prestaciones sociales de carácter universalista y, de modo general, sin la amenaza a la legitimidad de la dominación, no solo son elementos de contexto, sino que constituyen una variable central para comprender la emergencia de nuevos actores. Por lo mismo, el análisis de la estructura de oportunidades a partir de la transformación “cultural” del electorado y el desplazamiento de la concertación hacia la izquierda es un resultado posterior a una primera necesidad identificada: la de construir una respuesta a las “nuevas preguntas”.

En ese sentido, aun reconociendo la incorporación de ciertos elementos programáticos novedosos de parte de Evópoli, la explicación generacional que se ha

construido asociada a ella, como una forma de recambio de élites que recogen efectivamente un cambio cultural vinculado a los nuevos sectores juveniles, requiere ser complementada con las variables que producen un mandato de acción, movilizándolo efectivamente a la conformación de un partido. Los análisis que han puesto el énfasis en el problema generacional han obviado la importancia de la constitución de las generaciones como fenómeno identitario y estructural, tendiendo a biologizar el enfoque, por lo que han subestimado la importancia de las coyunturas críticas como marcas históricas que anuncian nuevas problemáticas y mueven a los actores a tomar decisiones que alteran sus trayectorias.

Más allá de la particularidad de cada caso, la visión de conjunto pone de relieve la necesidad de responder a la crisis de legitimidad que golpea a la obra del sector. El tipo de respuesta varía principalmente en función de la relación de cada partido con el *core constituencies* de la derecha, de allí que mientras Renovación Nacional, un partido con tendencia a la cartelización, responda de manera adaptativa, buscando la contención mediante la participación en las reformas, Evópoli constituya una respuesta ofensiva, buscando ampliar la base electoral de las ideas tradicionales de la derecha en términos económicos.

Pese a ser respuestas de distinto tipo, ambas comparten el análisis sobre la estructura de oportunidades políticas, pero aquello aparece solo como un elemento secundario que facilita la entrada de los actores en la escena. Por lo mismo, no juega un rol crucial para explicar las diferencias entre un tipo u otro de respuesta.

En una mirada global, la emergencia de nuevos actores de derecha se relaciona con la crisis de “la obra”. Tanto las movilizaciones de 2011 como las de 2019 constituyen amenazas a la legitimidad de la dominación, cuestión claramente puesta de manifiesto en el proceso constituyente iniciado a partir del estallido social. Aunque es indudable que otros factores contribuyeron también a la situación crítica de la derecha, es claro que las crisis a partir de las cuales surgieron los actores aquí analizados están estrechamente ligadas a la crisis del propio esquema de dominación, cuestión que ratifica la fortaleza analítica de una estrategia de corte sociológico en el estudio de las derechas en Chile. También abre interrogantes acerca de las formas de relación entre clases dominantes y hegemonía política

que se abren hacia el futuro. Si durante los últimos 48 años había predominado en líneas generales la herencia del proyecto Chicago-gremialista –pese a los 20 años de gobiernos de la Concertación–, el nuevo proceso político que se abre encuentra a las clases dominantes sin un proyecto de transformación capaz de enfrentar las crecientes demandas sociales y políticas ¿Será un nuevo periodo de “dominación sin hegemonía” como planteó Moulian para caracterizar el periodo nacional-popular?

Por supuesto, este análisis no se puede hacer al margen de los recientes resultados electorales. Tanto la elección de convencionales como la primaria presidencial mostró que ninguna de las dos respuestas ha resultado altamente efectiva en ampliar el espacio de la derecha. Más allá de los problemas coyunturales de cada grupo, indudablemente importantes para el análisis electoral, hay elementos estructurales que pesan en los resultados. Entre otros, las debilidades orgánicas –especialmente en Renovación Nacional– y la compleja relación con el mundo empresarial en ambos casos, aunque en modos claramente diferenciados. Así, mientras desde la derecha social se apuntó al distanciamiento abierto frente a la derecha empresarial, para Evópoli el problema radicó en la apuesta empresarial independiente, al margen de los partidos, atravesados por una crisis importante de legitimidad como forma de agregación de preferencias.

El recurso a un actor independiente perteneciente a los círculos empresariales no representa una novedad en el repertorio de las derechas en Chile. Al contrario, es un elemento de continuidad desde inicios del siglo XX y ha reportado buenos resultados electorales. Sin embargo, a la larga puede tener efectos negativos sobre una de las principales peculiaridades de la derecha chilena: su estructuración en vehículos electorales partidarios. Aquello es particularmente crítico si se toma en consideración la crisis que atraviesa a los partidos en general. Por lo mismo, quedará para nuevas investigaciones abordar los efectos de la nueva candidatura presidencial independiente sobre los partidos de derecha.

Así, entre la adaptación y la ofensiva, las movilizaciones sociales de la última década produjeron un inesperado legado: la diversificación de los actores de derecha. Queda todavía por dilucidar cuál será la estrategia que será capaz de imponerse al conjunto del campo, en caso de que logren sobreponerse a las posiciones –acá no incluidas– de los

actores tradicionales que se han centrado en la defensa de su “obra”. Por ahora, es el tiempo el que tiene la palabra.

Bibliografía

- Acosta, J., Blumel, G., Horvath, A., Jaraquemada, J., Kaiser, A., Larraín, L., & Larraín Matte, H. (26 de Mayo de 2014). Reforma educacional de Bachelet: Menos libertad, menos justicia. *El Mercurio*.
- Alenda, S. (2016). Derechas del siglo XXI: marco analítico para comprender su reconfiguración a partir del caso chileno. *Paraná Eleitoral: revista brasileira de direito eleitoral e ciência política*.
- Alenda, S., Gartenlaub, A., & Fischer, K. (2020). "Ganar la batalla de las ideas": El rol de los think tanks en la configuración de la nueva centro-derecha chilena. En S. Alenda, *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio* (págs. 119-156). Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Alenda, S., Le Foulon, C., & Del Hoyo, S. (2020). Evolución Política y la renovación liberal en Chile. En S. Alenda, *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio* (págs. 157-189). Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Atria, F. (2013). *La constitución tramposa*. Santiago: LOM.
- Barozet, E., & Aubry, M. (2005). De las reformas internas a la candidatura presidencial autónoma: los nuevos caminos institucionales de Renovación Nacional. *Política*(45), 165-196.
- Bassa, J. (2014). Proceso constituyente en Chile: símbolos, mecanismos, contenidos. En E. Chia, & F. Quezada, *Propuestas para una nueva constitución (originada en democracia)* (págs. 69-82). Santiago, Chile: Ediciones FES-Instituto Igualdad.

- Bellolio, C. (2019). Juego de generaciones. Apuntes sobre el nuevo paisaje político chileno. *Estudios Públicos*.
- Bobbio, N. (1996). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.
- Bril-Mascarenhas, T., Maillet, A., & Mayaux, P.-L. (2017). Process tracing: Inducción, deducción e inferencia causal. *Revista de Ciencia Política*, 37(3), 659-684.
- Bunker, K. (2018). La elección de 2017 y el fraccionamiento del sistema de partidos en Chile. *Revista chilena de derecho y ciencia política*, 204-209.
- Capoccia, G., & Kelemen, D. (2007). The study of critical junctures. Theory, narrative, and counterfactuals in Historical Institutionalism. *World Politics* (59), 341-369.
- Collier, D. (2011). Understanding process tracing. *PS: Political Science and politics*, 44(4), 823-830.
- Collier, D., & Munck, G. (30 de Junio de 2019). *Research on Critical Junctures: Template, Examples, Best Practices*. Obtenido de Critical Juncture Project: <http://www.critical-juncture.net/>
- Collier, R., & Collier, S. (2002). *Shaping the political Arena. Critical junctures, the labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- Correa Sutil, S. (2005). *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Cristi, R. (2011). *El pensamiento político de Jaime Guzmán*. Santiago: LOM.
- Donoso, S., & von Bülow, M. (2017). Introduction: Social Movements in Contemporary Chile. En S. Donoso, & M. von Bülow, *Social movements in Chile. Organization, trajectories, and political consequences* (págs. 3-28). New York: Palgrave macmillan.
- Evópoli. (12 de 12 de 2012). *Evópoli*. Obtenido de La Evolución Política: por un Chile más libertario, inclusivo y justo: <https://www.evopoli.cl/wp-content/uploads/2016/02/manifiesto.pdf>
- Falleti, T., & Lynch, J. (2009). Context and causal mechanisms in political analysis. *Comparative Political Studies*, 1143-1166.
- Fernández, J., & Rumie, S. (2020). Las transformaciones de la derecha chilena. En S. Alenda, *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio* (págs. 43-85). Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Fleet, N. (2011). Movimiento estudiantil y transformaciones sociales en Chile: una perspectiva sociológica. *Polis. Revista Latinoamericana*, En Línea.
- Fraser, N. (2006). Reinventar la justicia en un mundo globalizado. *New Left Review*, 31-50.
- Gamboa, R., López, M. Á., & Baeza, J. (2013). La evolución programática de los partidos chilenos 1970-2009: De la polarización al consenso. *Revista de Ciencia Política*, 443-467.

- Garcés, M. (2019). October 2019: Social Uprising in Neoliberal Chile. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 483-491.
- Garretón, M. (1983). *El proceso político chileno*. Santiago: FLACSO.
- Garretón, M. (2000). Atavism and Democratic Ambiguity in the Chilean Right. En K. Middlebrook, *Conservative parties, the Right, and democracy in Latin America* (págs. 53-79). Baltimore: John Hopkins University Press.
- Garretón, M. (2001). *Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina*. Santiago: CEPAL.
- Garretón, M. A. (2012). *Neoliberalismo corregido, progresismo limitado: los gobiernos de la concertación en Chile*. Santiago: Ediciones El Desconcierto.
- Garretón, M. A. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina: Estudios sobre transformaciones socio-políticas y movimiento social*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Garretón, M. A. (2016). La ruptura entre política y sociedad. En M. Garretón, E. Barozet, G. Martner, C. Ruiz, & G. Delamaza, *La gran ruptura* (págs. 11-20). Santiago: LOM.
- Garretón, M. A., & Selamé, N. (2020). Social Structure. En D. Berg-Schlosser, B. Badie, & L. Morlino, *Sage Handbook of Political Science*. SAGE publications.
- Garretón, M., & Garretón, R. (2010). La democracia incompleta en Chile: la realidad tras los rankings internacionales. *Revista de Ciencia Política*, 115-148.
- Garretón, M., & Moulian, T. (1993). *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. Santiago: LOM.
- Gartenlaub, A. (2018). *Trayectorias, permanencias y continuidades de la competencia política y de los perfiles ideológicos de los partidos de derecha chilenos en la posdictadura*. Tesis para optar al grado de Doctora en Ciencias Sociales. Universidad de Chile.
- Gerring, J. (2004). What is a case study and what is it good for? *American political science review*, 341-354.
- Gibson, E. (1996). *Class and Conservative parties: Argentina in comparative perspectives*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Gonzales Cangas, Y. (2020). *Los más ordenaditos. Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet*. Santiago: Hueders.
- Gramsci, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado Moderno*. Madrid: Ediciones Nueva Visión.
- Hayek, F. (2007). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza editorial.
- Joignant, A., & Navia, P. (2003). De la política de individuos a los hombres del partido. Socialización, competencia política y penetración electoral de la UDI (1989-2001). *Estudios Públicos*, 89, 130-171.

- Kast, F., & Larrain Matte, H. (19 de Mayo de 2014). Lucro: Libertad versus duopolio. *El Mercurio*, pág. 2.
- Katz, R., & Mair, P. (1995). Changing models of party organization and party democracy. *Party Politics*, 5-28.
- Kosselleck, R. (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.
- La Tercera. (22 de Diciembre de 2013). Felipe Kast: "El talón de Aquiles de la derecha no es su respaldo a Pinochet, sino su falta de diversidad". *La Tercera*.
- La Tercera. (2 de Febrero de 2018). Presidente de Evópoli, Francisco Undurraga: "Me gustaría que el matrimonio igualitario fuera ley en el próximo gobierno". *La Tercera*.
- Lechner, N. (1985). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: FLACSO.
- Lechner, N. (2014). El sistema de partidos en Chile: Una continuidad problemática. En N. Lechner, *Obras III. Democracia y utopía: la tensión permanente* (págs. 231-270). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, N. (2014). Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política. En N. Lechner, *Obras III. Democracia y utopía: la tensión permanente* (págs. 117-230). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Lipset, S., & Rokkan, S. (1967). *Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments*. New York: Free Press.
- Lucardie, P. (2000). Prophets, purifiers and prolocutors. *Party Politics*, 175-185.
- Luna, J. P., & Rovira Kaltwasser, C. (2014). *The resilience of the Latin American Right*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Merkel, W. (2014). Is capitalism compatible with democracy? *Z Vgl Polit Wiss*, 8(2), 109-108. doi:10.1007/s12286-014-0199-4
- Middlebrook, K. (2000). *Conservatives parties, the Right, and democracy in Latin America*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Moulian, T. (2006). *Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende*. Santiago: LOM.
- Moulian, T., & Bravo, G. (1981). *La debilidad hegemónica de los partidos de derecha en el Estado de compromiso*. Santiago: Documento de trabajo FLACSO.
- Moulian, T., & Torres Dujisin, I. (1988b). La reorganización de los partidos de derecha entre 1983 y 1988. *Documento de trabajo*, 1-88.
- Moulian, T., & Torres, I. (1989). Sistema de partidos en la década del sesenta: Antecedentes históricos. *Documentos de trabajo FLACSO*, 1-48.
- Muñoz Tamayo, V. (2016). *Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973-2013)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Ossandón, M. J. (2014). Los Valores y la defensa de RN. *Consejo General Renovación Nacional*, (págs. 1-10). Santiago.

- Romero, J. (1970). *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires: Paidós.
- Rovira, C. (2019). La (sobre)adaptación programática de la derecha chilena y la irrupción de la derecha populista radical. *Colombia internacional*, 29-61.
- Rovira, C. (2020). El error de diagnóstico de la derecha chilena y su encrucijada actual. *Estudios Públicos*, 158, 31-59.
- Santa Cruz Grau, E., & Rojas Roa, G. (2021). Los medios de prensa como lugar de articulación de redes discursivas: el caso de la Ley de Inclusión en Chile. *Foro de Educación*, 29-54.
- Sartori, G. (2005). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Siavelis, P. (2014). The Right's Evolution from Democracy to Authoritarianism and Back Again. En J. Luna, & C. Rovira Kaltwasser, *The Resilience of the Latin American Right* (págs. 242-267). Baltimore: John Hopkins University Press.
- Sikk, A. (2011). Newness as a winning formula for a new political parties. *Party Politics*, 465-486.
- Somma, N., Bargsted, M., Disi Pavlic, R., & Medel, R. (2020). No water in the oasis: the Chilean Spring of 2019-2020. *Social Movements Studies*. doi:10.1080/14742837.2020.1727737
- Streeck, W. (2015). Comment on Wolfgang Merkel "Is capitalism compatible with democracy?". *Z Vgl Polit Wiss*, 9(2), 49-60.
- Svampa, M. (2019). Posprogresismo, polarización y democracia en Argentina y Brasil. *Nueva Sociedad*, 121-134.
- Tavits, M. (2006). Party System Change: Testing a model of new party entry. *Party Politics*, 99-119.
- Valdivia, V. (2003). *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980*. Santiago: LOM.
- Valdivia, V. (2008). *Nacionales y gremialistas: el parto de la nueva derecha política , 1964-1973*. Santiago: LOM.
- Valenzuela, A. (1978). *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago: FLACSO.
- Varas, A. (2013). *El gobierno de Piñera (2010-2014)*. Santiago: Catalonia.
- Vommaro, G. (2014). "Meterse en política": La construcción de PRO y la renovación de la centroderecha argentina. *Nueva Sociedad*, 57-72.
- White, J. (2005). What is a Political Party? En R. Katz, & W. Crotty, *Handbook of Party Politics* (págs. 5-15). Londres: SAGE Publications.